ZAHORA

Revista de Tradiciones Populares

Número 18

dedicado a

ROBERTO MOLINA

UU.PP. DIPUTACION PROVINCIAL DE ALBACETE

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ZAHORA Nº18

Roberto Molina, 1883-1958 (ALFONSO)

DEDICADO A ROBERTO MOLINA

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ZAHORA. REVISTA DE TRADICIONES POPULARES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALBACETE
REDACCIÓN: PASEO DE LA LIBERTAD, 5. 02001 ALBACETE

Director: José García Lanciano.
Consejo de redacción: Antonio M. Soriano Pérez.
Flora Molina Pantiga.
Juan Luis García del Rey.
Rosa Candel Tárraga.
Javier Hidalgo Romero.
José Reina Martínez.
Colaboran: Mª José Guijarro Hernández.
Mª Ángeles García Cabello.
Tratamiento de textos, secretaría y distribución: Fernando Roblizo Colmenero.
Diseño y portada: Candelario Gómez Flores.
Maquetación: Gabinete de Publicaciones.
Impresión: Gráficas Colomer.
I.S.S.N.: 1132-7030.
Depósito legal: AB-78/1993 *Nueva Epoca*
Impreso en España.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Sumario

Roberto Molina y el cuadro de costumbres	9
Resumen bio-bibliográfico	13
Alcaraz y su sierra	17
La ciudad de Alcaraz y su santuario de "Cortes"	21
Ignoradas ciudades con historia: Alcaraz	27
A la ermita del santo	31
El honor del pueblo	35
Dulces de Pascua	41
Ajo de pringue	47
Los "mayos"	53
Lo típico de Albacete	57
La venta de Julianón	63
La Pepona. El cuento de los duendes	71
A orillas del Mundo. El muchacho de Liétor	75
La mula perdida	79
El Alcaraz de Roberto Molina fotografiado por Román	105

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Dichosos los pueblos que tienen tradición.

ROBERTO MOLINA

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

El presente número de Zahora *consta de trece relatos, relativos a tradiciones populares de la sierra de Alcaraz, que ha sido posible recuperar de entre los trabajos del ilustre alcaraceño Roberto Molina (Premio Nacional de Literatura 1924).*

La edición de estas páginas que él mismo estaba preparando cuando murió, en 1958, llevaba por título Sierra de Alcaraz, narraciones. *La publicación de las mismas no llegó a realizarse y la Diputación de Albacete ha querido concluir esta tarea en la medida en que ha resultado posible.*

Ello, gracias a la colaboración de Elvira Valero, Adolfo Palop, Roberto Molina (hijo) y el Ayuntamiento de Alcaraz, que se han prestado amablemente para facilitarnos las cosas. A todos, nuestro sincero agradecimiento.

J. G. Lanciano

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ROBERTO MOLINA Y EL CUADRO DE COSTUMBRES

Cultivó Roberto Molina prácticamente todos los géneros literarios de su época, desde la crónica periodística y el cuadro de costumbres, hasta el teatro, el cuento, la novela y el ensayo. Si bien, donde destacó fue en el artículo costumbrista y en la novela corta, géneros ambos que habían tenido su esplendor en las últimas décadas del siglo pasado.

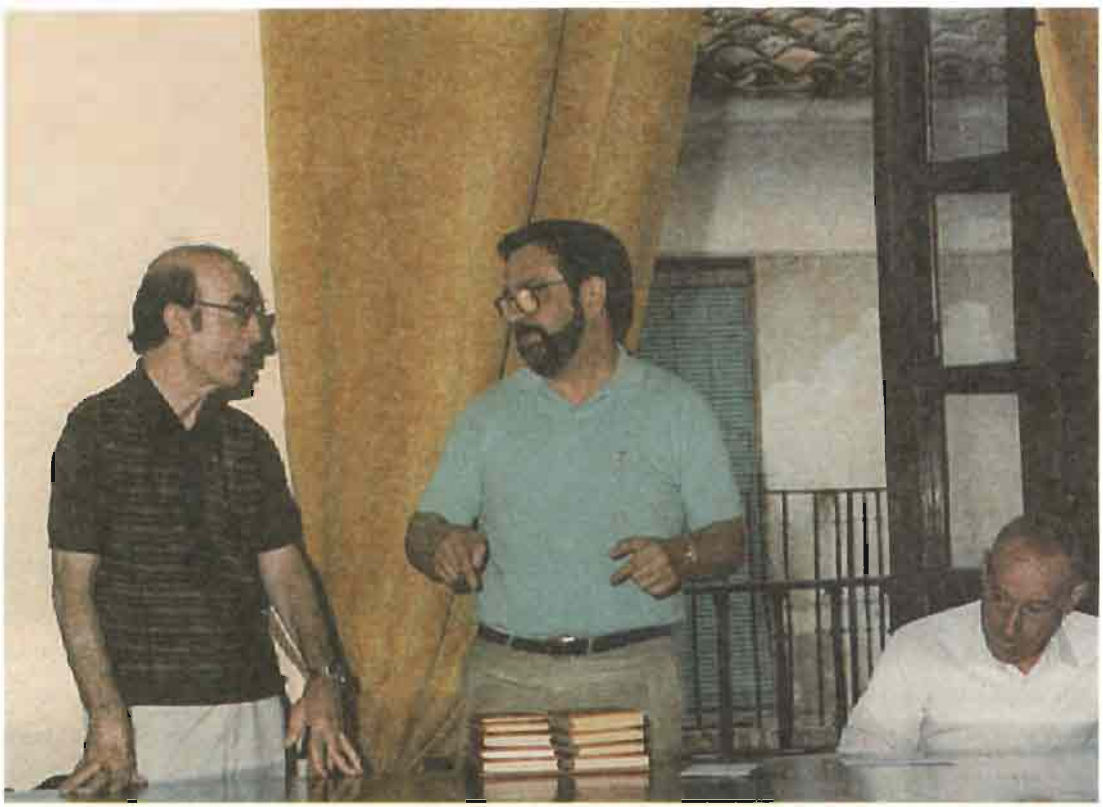
Tal vez esta predilección se deba a la formación autodidacta del escritor. Sabemos que Roberto Molina era un admirador de Benito Pérez Galdós, máximo representante del realismo, que leyó todas sus obras en la rebotica de la farmacia donde trabajaba en sus años de juventud, y cuyo dueño era un galdosiano apasionado. Y que en Valencia, durante su servicio militar, se sintió deslumbrado por la elocuencia de Blasco Ibáñez, el más claro exponente del naturalismo español.

En el discurso de ingreso de Benito P. Galdós en la Real Academia Española, expone éste su visión teórica de lo que debe ser la novela con estas palabras: « imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea y el lenguaje que es la marca de la raza, y las viviendas que son el signo de la familia [...] todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción.»

Esta definición, si bien se queda corta con respecto a sus creaciones, sí puede servir para reseñar las características de algunas de las novelas más famosas de Roberto Molina, aquellas que más justa fama le han dado, como Un veterano *y* Dolor de juventud.

Podríamos seguir hablando de la labor novelística de Roberto Molina, pero lo dejaremos esbozado en estas líneas, ya que la publicación que nos ocupa se encarga exclusivamente de sus relatos cortos: cuentos, cuadros de costumbres y artículos

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



EN EL VERANO DE 1988, EL HIJO DE ROBERTO MOLINA (A LA IZQUIERDA) HIZO DONACIÓN AL AYUNTAMIENTO DE ALCARAZ, REPRESENTADO POR SU ALCALDE (EN EL CENTRO), DE LA OBRA LITERARIA DE SU PADRE.

periodísticos en los que el autor habla de su tierra, de Alcaraz, su sierra y Albacete, la provincia.

Roberto Molina hace del artículo periodístico una obra de arte personal e inconfundible, escribe con un estilo depurado y de cierta clasicidad, así lo corroboran sus contemporáneos al juzgar su obra. Don Julio Casares, secretario perpetuo de la Real Academia Española, califica su prosa como correcta y elegante, castiza sin afectación, con gran riqueza de pensamientos y multitud de observaciones originales acerca de personas y cosas.

En los artículos y cuentos dedicados a su tierra, se trasluce el amor del escritor por la naturaleza y por su pueblo, pero sin idealización campestre, con una visión plenamente realista de su tierra, del campo. Como constante en los artículos que tratan de Alcaraz, encontramos una evocación nostálgica del esplendor pasado, una visión real y en cierto modo triste del presente, y una esperanzadora ilusión de futuro

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

—recordemos los artículos en los que habla del ferrocarril Baeza-Utiel como una de las esperanzas para sacar a Alcaraz de su letargo y de su pobreza.

En sus artículos de costumbres demuestra su capacidad de gran observador, y a la observación se une la cualidad de síntesis para encerrar en breve espacio cuadros complejos y completos. Ésta es una de las cualidades que deben distinguir a los escritores de costumbres y que en Roberto Molina se une a la gracia con que nos describe los paisajes, con dinamismo, exhaustividad y profundidad, al igual que en sus cuentos, donde acierta plenamente reproduciendo el habla coloquial de los personajes y la psicología general de los individuos tipificados tal y como aparecen en Chuscos, matones y bandidos.

Siempre se ha considerado la pintura de las costumbres como una actitud enraizada en nuestra literatura de manera básica y primaria, y en los cuadros costumbristas de Roberto Molina, como A la ermita del Santo, Lo típico de Albacete, Ajo pringue, *etc., hay una nostalgia de tradiciones pasadas, ancladas en los pueblos, que están a punto de desaparecer, frente a los cambios sociales que trae consigo el progreso y los nuevos usos, con lo que se acarrea la desaparición de los anteriores y el deterioro de la tradición costumbrista; así lo dice el propio autor en la introducción a uno de sus artículos: « lo característico, lo tradicional, lo folklórico de cada país va desapareciendo [...]»*

En suma, el homenaje que se le hace a Roberto Molina en esta publicación es un justo reconocimiento a su labor como escritor polifacético y como gran conocedor, divulgador y amante de las costumbres populares de su tierra; gracias a estos escritos conocemos la realidad de la sierra, sus usos y tradiciones a principios de siglo, y también gracias a ellos el nombre de Alcaraz tuvo difusión nacional a través de las páginas de los más importantes periódicos y revistas de la época.

ELVIRA VALERO DE LA ROSA

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

RESUMEN BIO-BIBLIOGRÁFICO

Roberto Molina Espinosa nace en Alcaraz (Albacete) el 22 de marzo de 1883. Estudia el bachillerato al tiempo que trabaja en una farmacia del pueblo, examinándose por libre en Albacete. Desde muy pronto se manifiesta en él una fuerte vocación literaria. Cuando apenas tiene catorce años cae en sus manos un tomo de Calderón. Lo devora. Y tanto le impresiona, tal inspiración encuentra en sus páginas, que en tres noches escribe un drama en tres actos y en verso.

A los diecisiete años se traslada a Madrid, donde alterna el trabajo de auxiliar de farmacia con el estudio —comienza, pero no termina, la carrera de Farmacia— y la lectura. En sus horas libres acude a la Biblioteca Nacional y lee cuanto puede.

Permanece en la capital de España hasta llegado el momento de hacer el servicio militar. Es destinado a Sanidad, en Valencia. Y es en los periódicos de esa ciudad donde comienza a publicar sus primeros trabajos literarios. Y también en La Publicidad, *de Barcelona, diario en el que colaboraban Unamuno, Guimerá, Maragall y otras ilustres firmas del momento.*

Una vez licenciado, y tras una breve estancia en Alcaraz, regresa a Madrid y hace oposiciones al Cuerpo de Telégrafos. Ingresa en este organismo y es enviado a Barcelona, continuando allí su colaboración en La Publicidad. *En 1913 la revista* El Libro Popular, *publicación literaria de gran prestigio en la que escribían la Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Zamacois y Eugenio Noel, entre otras figuras de renombre, convoca un concurso de novelas cortas. El jurado lo componen Dicenta, Linares Rivas y Pérez de Ayala. Con el recuerdo de las escenas presenciadas en sus tiempos de sanitario en el hospital de Valencia, Roberto Molina construye su novela* Un veterano *y la presenta al certamen, obteniendo el primer premio. Este éxito le hace popular en Barcelona. La revista publica la novela (en 1931 será reeditada por Novelas y Cuentos), realizando una tirada de sesenta y cinco mil ejemplares que se agota en unas semanas.*

En 1914 Roberto Molina establece en Madrid su residencia definitiva y prosigue hasta el final de su vida una intensa labor literaria. Su firma aparece en libros, revistas y diarios.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

En 1922 la editorial Biblioteca Patria le concede el premio Justa Sundheim de Doetsch por su novela corta El suceso de Montevalle, *que Novelas y Cuentos reeditaría años después.*

Con Dolor de juventud *— la primera novela larga que escribe — es Premio Nacional de Literatura en 1924. La obra es editada por Pueyo y será reeditada en 1990 por la Diputación de Albacete.*

A las obras citadas hay que añadir, entre su dilatada bibliografía, otros títulos, como La víctima, Maternidad, Los demonios en Potranco, El perro de presa, Noche de inocentes, Un novio de carrera, El enemigo, Las mismas palabras, El factor negativo, La primera novia, La voz misteriosa, Los invisibles hilos del destino, La mula perdida, Tinieblas, Colocación en Madrid *(novelas cortas);* La infeliz aventura, Peñarrisca, Aventura de juventud *(novelas largas);* Chuscos, matones y bandidos *(colección de narraciones) y* Capacidad de sufrimiento en los espíritus superiores *(ensayos).*

Publica centenares de cuentos y artículos en las revistas Blanco y Negro, La Esfera, Estampa, Nuevo Mundo, Semana, Letras y en Síntesis, *editada ésta en Buenos Aires.*

Es asiduo colaborador de revistas exclusivamente literarias, como El Cuento Semanal, La Novela Corta, Los Contemporáneos, La Novela para Todos, El Cuento Literario, La Novela de Bolsillo, La Novela Semanal, La Novela del Sábado, *la ya citada* El Libro Popular *y otras.*

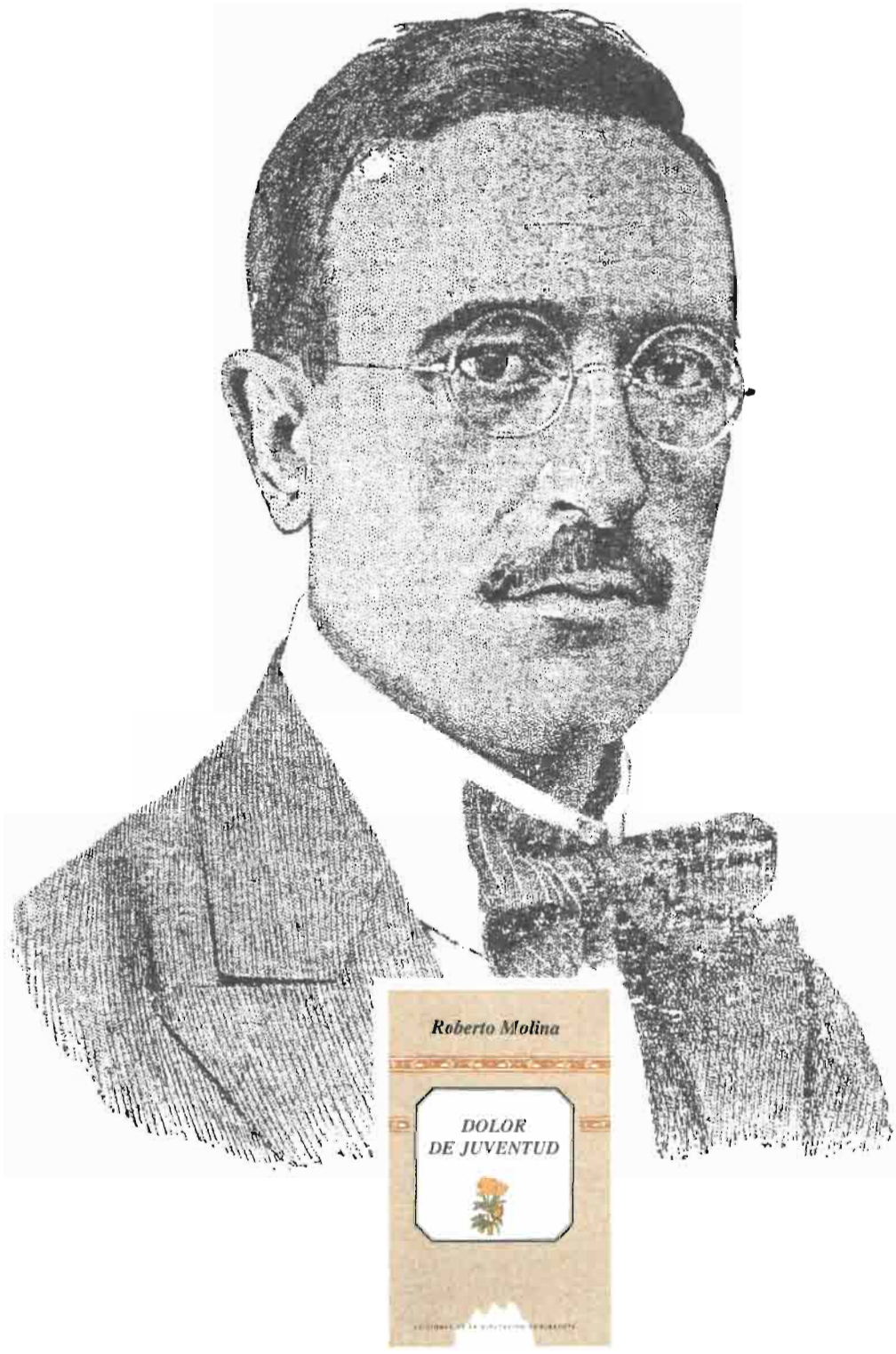
También colabora en los diarios El Imparcial, La Libertad, La Voz, El Sol, ABC, Informaciones, Ahora y Madrid, *entre otros.*

Atraído fuertemente por el teatro, escribe comedias y dramas. Pero ninguna de sus obras es estrenada.

Roberto Molina muere en Madrid el 21 de junio de 1958, dejando una abundante obra inédita y no pocos proyectos literarios.

E. V. de la R.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

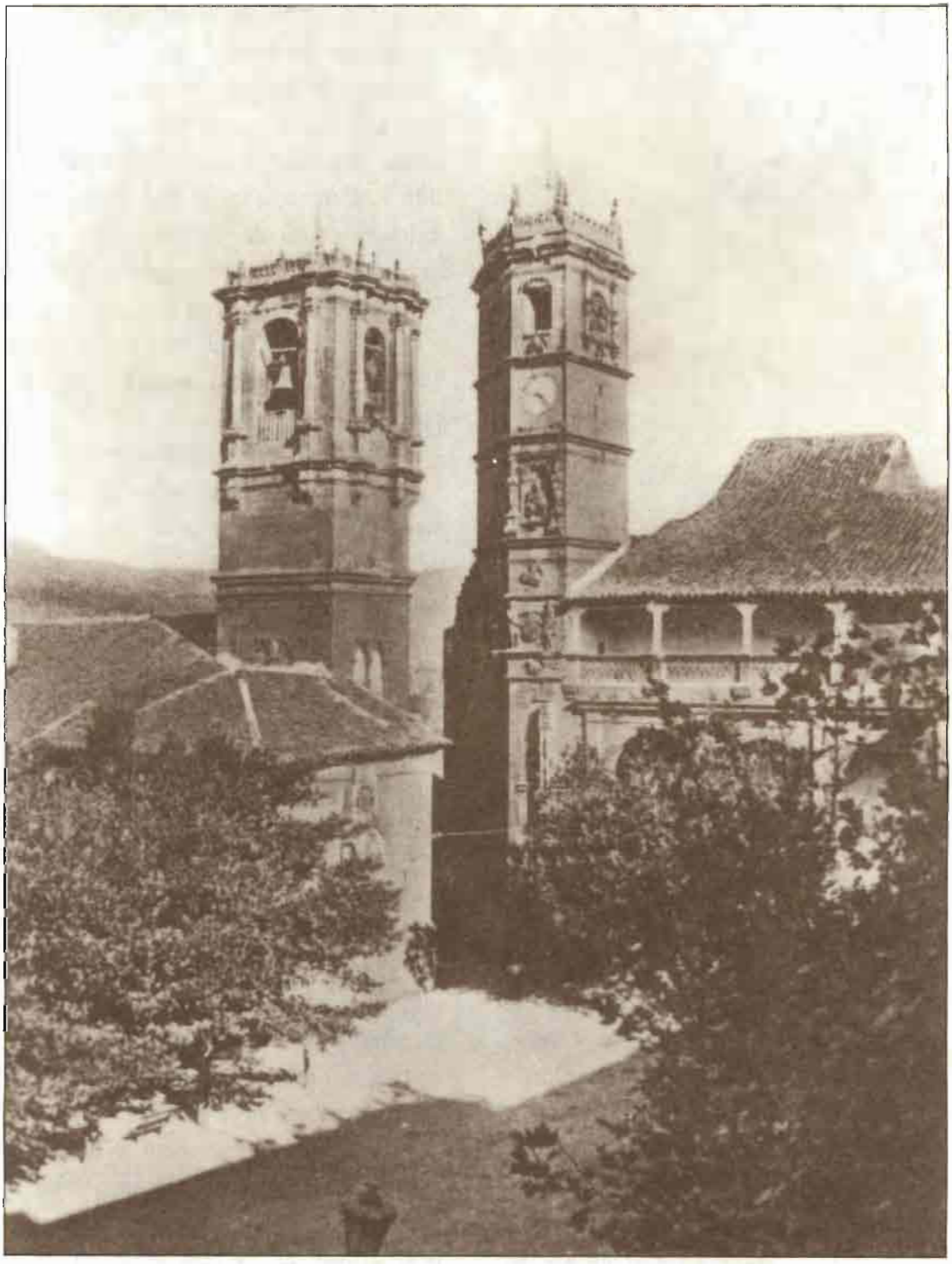
Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ALCARAZ Y SU SIERRA

Yendo una mañana en coche por la sierra del Agua, en la ruta de Alcaraz a las antiquísimas fábricas metalúrgicas de San Juan, hubimos de detenernos ante un rústico habitáculo, especie de cortijo pobre alzado junto a la carretera. Nuestro conductor tenía que dar un recado, y vímonos sorprendidos por una escena tristísima de gemidos y lágrimas. Mostrábannos las pobres mujeres plañideras unos trapos y unos ensangrentados huesos, restos hallados de un nietecillo de once años a quien la noche anterior habían devorado los lobos. Parece que, como otros días, habíanlo enviado a cierta aldehuela inmediata, y como retardado o distraído le sorprendiera la noche, pagó su lentitud o su descuido con el feroz ataque del carnicero animal, terror de pastores.

La trágica escena define bien el paisaje de esta estribación de la famosa sierra de Alcaraz, de espeso bosque, cuya densidad de ramaje detiene la llamarada solar, y en donde una potente vida zoológica, tanto de alimañas como de miríadas de insectos, canta su sinfonía de rumores en la hora caliente de la siesta. Y si en el helado invierno penetramos en la turbia riqueza vegetal de esta sierra para auscultar sus latidos, una medrosa sensación de angustia nos sobrecoge. El furioso viento sinfónico —masa de fuerzas invisibles— remueve y ciñe con potente abrazo este que nos parece inmenso muro verde, con sus miríadas de árboles de vario nombre y talla. Mas a pesar del frío y del cerco de nieve que castiga y abate la muralla de pinos, de chopos y álamos, resisten al hielo el ave carnicera de luctuoso plumaje, toda la variedad de arácnidos, alacranes y sierpes, y también el acechante intrépido lobo saltador, que horada la tiniebla con

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Alcaraz. Torres del Tardón y la Trinidad. (ROMÁN)

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

sus ojos de fósforo.

Y si de este paisaje de monte descendemos, haciendo rumbo a la histórica ciudad que conquistara Alfonso VIII —Alcaraz, la altiva y fuerte en tiempos, y hoy abandonada hasta de sus hijos—, Alcaraz, la de la maravillosa puerta de la Aduana y la plaza Monumental, nos habremos hundido en la tenebrosidad vertical de la Historia, sintiéndonos ya tan viejos como aquellas piedras, aquellos arcos que fueron acueducto, y los torreones levantados por la morisma para defenderse de las avanzadas cristianas. Y si, ya en los alrededores de Alcaraz, nos aproximamos a los paralizados túneles de un ramal de ferrocarril, hoy en colapso de olvido, la desolación y el terror nos invaden, y parece que de un momento a otro todo va a fenecer, derrumbándose la agrupación de palacios y viviendas modestas para caer desde la inclinada ladera, donde alzáranlas los siglos, a la hondonada solar, donde los días limpios calientan su pobreza y sus hambres racimos de ancianas y de miserables chiquillos.

¡Oh, la despaciosa y muda muerte de algunas urbes antaño señoriales! Van ya siendo sólo eco de siglos. Pero si Alcaraz, tan apartada de las famosas rutas que el pregonero turismo jerarquiza, se viese halagada con la terminación de esa cinta férrea, eslabón de la cadena del ferrocarril Baeza-Utiel, su suerte cambiaría. El aislamiento, que a las naturalezas viriles fortalece, es mortal para las agrupaciones urbanas. Sus vitales arterias son los muchos caminos, el rumor incesante de viajeros: viva corriente que transporta gentes y mercaderías, músicas y voces. A la ciudad aislada viénele el vivificante oxígeno por las calzadas, veredas, sendas y carreteras que la visitan, que de lejos la llaman y acércanse apresuradas hasta ceñirla en saludable y potente abrazo.

Y si Alcaraz siente un día que tocan su contorno las paralelas sierpes de acero del interrumpido camino de hierro, no será ya, como hoy, eco sólo de hazañas cuya gesta consta en los apergaminados cronicones. Parecerá entonces, en su nuevo surgir, que han vuelto a oírse los gritos de aquellos caballeros que asaltaron sus muros un día 25 de Mayo de 1213: los Díaz de Bustamante, los Claramontes, Vizcayas, Benavides, Montieles, Rodríguez de Molina... Y como resultante posible de esta nueva ascensión de Alcaraz, habrían de cumplirse los propósitos de reconstrucción de una plaza que un día fue declarada monumento nacional.

> **El *aislamiento, que a las naturalezas viriles fortalece, es mortal para las agrupaciones urbanas.***

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Desaparecerían de ella esos feos puntales de madera que socorren el amenazado derrumbe de sus arcos. Impediríase también bajo severas penas que la inculta codicia de constructores vaya arrancándole sillares al imponente acueducto de soberana belleza y a su inmediata esbelta columna, tan profanada y herida hoy por manos rapaces.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LA CIUDAD DE ALCARAZ Y SU SANTUARIO DE «CORTES»

Al ofrecerse, de pronto, a nuestra vista estas fotografías de conocidísimos y bellos lugares y paisajes que amamos, ¿no nos traen, con la caricia de su saludo, un recuerdo de juventud? Estas calles estrechas y moriscas, estos horizontes, estas colinas se hacen ahora presentes.

Retrocedemos en el pasado, damos un salto de quince o veinte años, y ya estamos en ese momento juvenil que la fotografía nos evoca; retrocedemos cinco, diez, doce siglos, buscando en las páginas escritas por Fray Esteban Pérez de Pareja los orígenes de esta ciudad milenaria, y, tras las arrugas de su decrepitud y ruinas actuales, en los cimientos de sus pedazos de muralla, de su grande y hermoso acueducto, de sus palacios que fueron, hallaremos a la antigua y célebre Al-Carrach, la poderosa fortaleza defendida por los millares de moros que manda Aben-Hamet, emir de Al-Carrach, la que resiste el cerco de varios Reyes cristianos, y cae al fin, en 1213, en poder de Alfonso VIII, el vencedor en Navas de Tolosa.

Si ocho siglos de dominación musulmana han dejado en muchas ciudades españolas (y en el idioma y costumbres) huellas profundas, modificadas luego y aún borradas por la acción renovadora de otras influencias posteriores, en Alcaraz, por su especial situación e incomunicación, causa de su ruina y pobreza actuales, se ha conservado, en cambio, y se mantiene aquel regusto y color moriscos que se echa de ver en sus edificios, en sus callejones, en el lenguaje, en la docilidad femenina y la masculina braveza, en la luminosa y dolorida poesía de sus cantos populares, en su duro fanatismo

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Alcaraz. Calle Llana. (ROMÁN)

hoy católico y su no menos duro fatalismo, y hasta en el ruidoso y violento culto de la pólvora. Las viejas plañideras, sarmentosas, enlutadas, tapado en gran parte por un pañolón el marchito rostro, y el campesino rústico, que cubre su cabeza con pañuelo a modo de turbante, ¡que semejanza tienen con los descendientes de aquél grande y fanático pueblo arrojado de la Península! Sentado al sol, el campesino viejo permanece largas horas inmóvil, con la mirada perdida en un horizonte invisible. En sus setenta u ochenta años, nunca salió de Alcaraz. Suspicaz y receloso, es, sin embargo, en momentos, sencillo, imaginativo, crédulo e inocente como un niño.

¡Noches de Alcaraz en el invierno duro! ¡Obscuras noches de Enero bajo las nubes amenazantes! Por las negras, largas y estrechísimas calles ulula el viento frío con una quejumbre de angustia. Todo el dolor que guardan los siglos parece oírse en ese lamento profundo y lastimero. Las sangrientas batallas, las hambres, el espanto de las visiones y apariciones sobrenaturales, toda la historia trágica y la leyenda triste, todo el pasado dramático de este viejo pueblo se presiente en ese alarido hondo y trémulo aprisionado en las alas del viento que se abate furioso a lo largo de las estrechísimas callejas moriscas, en las noches negras y frías bajo el cielo amenazante.

¡Noches claras de estío bajo la luna blanca! Canta la guitarra y suspira la copla. El aire fresco remueve la fron-

> **Todo el monte de Cortes es un vasto campamento la noche del día 7. Enciéndense luminarias, se disparan cohetes, se canta...**

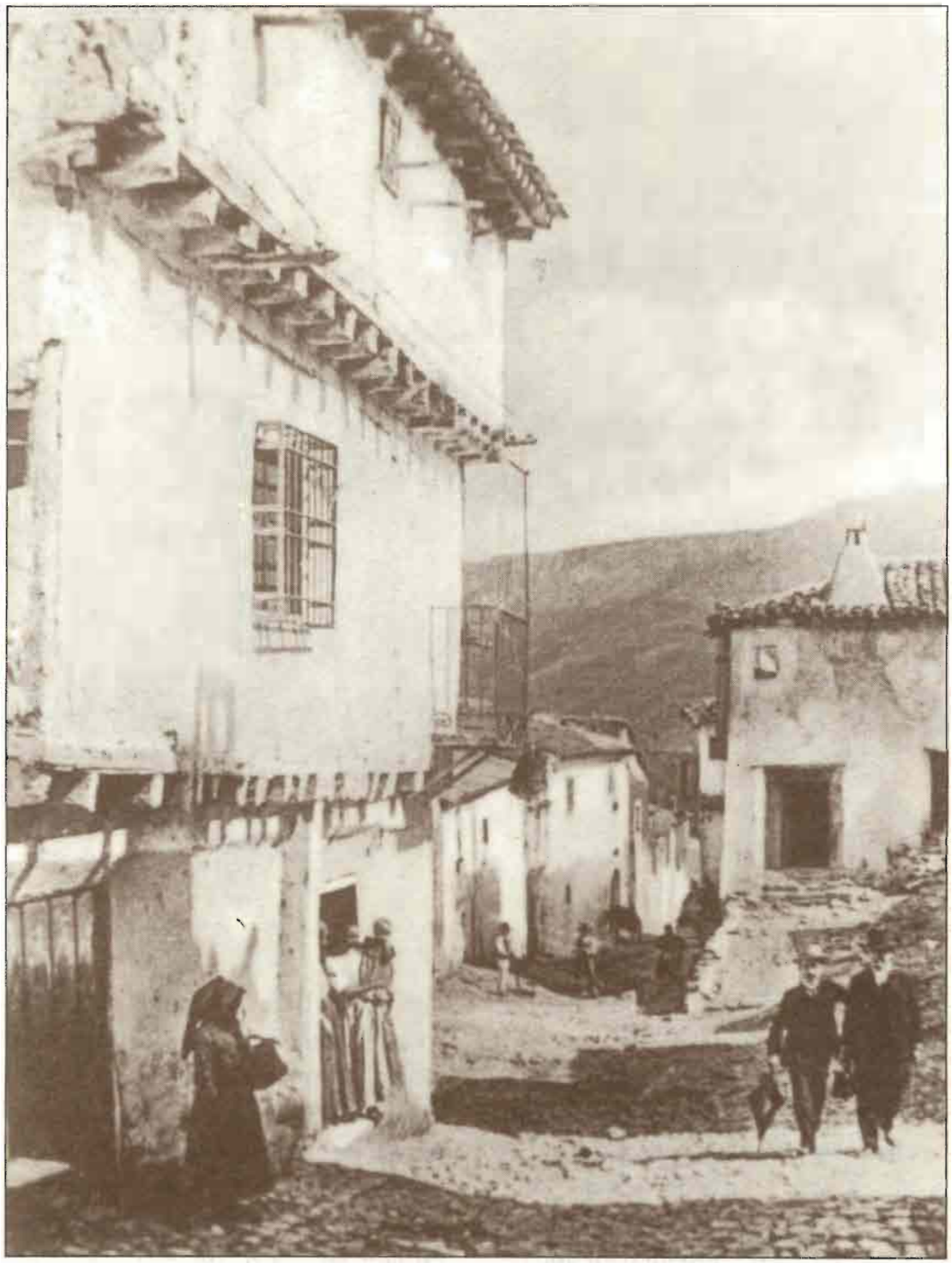
da, y de la parte del río llega al pueblo, en el silencio, un murmullo jubiloso. Ventanales abiertos, risas, rumor alegre en las calles. Brisa apasionada y suave

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Ermita de Cortes. (ROMÁN)

estremece la cortina florida de las macetas en las rejas de todas las novias. Bajo los arcos, en los escondidos rincones de las hornacinas y por los estrechos portales, la claridad lunar se acerca, avanza y lo señorea todo. Pasa de pronto por la calle blanca y solitaria el tropel aturdido y juvenil de la ronda, y deja a su paso, como flotando en el aire, unos compases armoniosos, claros, cristalinos, de las pequeñas cítaras. Se aleja la ronda, se aleja, y va dejando una estela de notas. Cae de nuevo sobre la calle el silencio blando. Y las fachadas blancas de cal, que relumbran rabiosamente al sol por el día, ponen en la noche lunar, sobre la calle estrecha y clara, un matiz pálido, poético y

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Alcaraz. Calle de Las Torres. (ROMÁN)

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

alegre.

El año 1213, antes de la toma de Alcaraz por Alfonso VIII, celebró éste Cortes en una fortaleza ganada a los moros, que dista de Alcaraz cuatro kilómetros, y adonde acudieron los Reyes D. Pedro de Aragón y D. Sancho de Navarra con su comitiva de caballeros. En este lugar, que ha conservado el nombre de Cortes, se alza el santuario de su nombre, donde se venera una imagen de la Virgen, aparecida, según piadosa leyenda, el día 1º de Mayo de 1222, en el tronco de una encina y en este mismo lugar, a un pastor llamado Francisco Alvarez.

Merece ser mencionada y vista la famosa romería de Septiembre, que se celebra en Cortes el día de la Virgen, y acuden de diferentes puntos de toda la Península millares de devotos. Por todo el monte y en la carretera, en una extensión de tres kilómetros, acampan, desde la víspera, innumerables familias que llegan procedentes de Murcia, de Jaén, de Alicante y hasta de Córdoba y otras provincias del Sur. La mayoría —gente campesina, que ha preparado este viaje durante todo el verano— llega en grandes carros, arrastrados por mulas. Todo el monte de Cortes es un vasto campamento la noche del día 7. Enciéndense luminarias, se disparan cohetes, se canta... Todos velan. Sólo las mujeres, a medianoche, cobíjanse dentro del carro, donde los niños duermen; y al amanecer despierta a todos la pólvora y el jubiloso griterío, y los vivas a la Virgen, que desde Alcaraz viene a hombros de cuatro fuertes mozos.

¡Amanecer de Cortes, bajo el sol de Septiembre! ¡Alegría de 30 ó 40.000 personas que gritan, bullen, corren, ríen o lloran emocionadas! ¡Maravillosa nota de color! ¡Piedad sencilla de los romeros que acuden vistiendo una mortaja, que entregarán luego a la Virgen, con su limosna! ¡Martirio de las devotas mujeres, que suben de rodillas, sangrantes, por el camino más pendiente y áspero!

A la hora del recogido de limosnas, se precipitan con fanático empuje los donantes. La Guardia Civil pone orden. La limosna se hace en dinero, reses, granos... Cuéntanse, a este propósito, edificantes, ejemplares anécdotas. Una vez acercóse a la mesa un caballero. Sacó de su cartera varios billetes de cien y de quinientas pesetas. Era, pues, una espléndida limosna. El caballero no aparentaba, sin embargo, ser hombre adinerado. Numerosos detalles acusaban en él, más bien, la pobreza. Tenía el rostro grave, pálido. Edad, sobre la cuarentena. Luego de entregar los billetes, sacó de sus bolsillos unas monedas. Parecía hacer donación de sus últimos recursos. Mirábanle todos con curiosidad y respeto. Los depositarios de las limosnas le ofrecían medallas, y

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tomó sólo una. Como insistieran en el deseo de corresponder de algún modo a la cuantía de su donativo, dijo el hombre en voz baja:

—Prefiero que ahora me den ustedes a mí, de limosna también, lo indispensable para costearme el viaje de regreso a mi país, porque he dado para la Virgen todo lo que tenía...

Fue, desde luego, socorrido como deseaba. Invitáronlo a comer. Marchó después. Nadie supo nunca quién era ni de dónde venía.

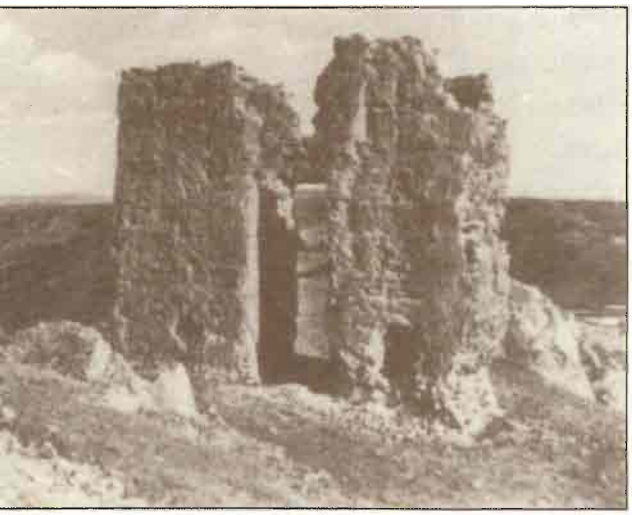
Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

IGNORADAS CIUDADES CON HISTORIA: ALCARAZ

Hay para ciertas ciudades con historia una suerte de belleza vinculada a su propia antigüedad. Su principal hermosura no reside en los ensanches, paseos y edificios que van creando las nuevas necesidades urbanas y las exigencias de sus comunicaciones, sino en aquellos restos de murallas, palacios, castillos y en el eco milenario de su profunda y agitada historia: su conquista o su reconquista y el recuerdo de sus hombres ilustres: los santos, prelados, guerreros, juristas, oradores, filósofos, artistas y sabios que allí hubieron su cuna. Toda esta riqueza en hombres, monumentos y gestas constituye el orgullo y la honra de las viejas ciudades con historia; y no cambiaran el honor de este pasado por toda la magnificencia de una «Quinta Avenida», como no cambiara Roma su Coliseo, ni su Alhambra Granada, ni Toledo su catedral. Hay ciudades cuya grandeza reside en aquello mismo que las ha empobrecido: en sus ruinas, cuando éstas se llaman el «Partenón»; en el renombre ganado por algún heroico y militar episodio, Bailén, Numancia, o por haber sido cuna de algún gran hombre, Alcalá de Henares.

Pero sin detenernos a considerar esta grandeza en ruinas monumentales y de universal conocimiento, hallamos en el área peninsular interesante riqueza arqueológica y artística de menor fama por la onda corta de su resonancia, a causa de su apartamiento de las grandes arterias de comunicaciones, lo que les permite mantenerse en aquel punto que las dignifica y les promete la alabanza y sorpresa del erudito viajero rebuscador de cosas viejas y nobles. Vendrá después el trazado de un ramal de vía férrea o el establecimiento de una línea regular de autobuses a sacar

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Ruinas del castillo árabe. (ROMÁN)

Torre de las Cigüeñas. (ROMÁN)

de su orgulloso y áspero aislamiento a la aludida ciudad o aldea y veremos entonces cómo en pocos años, y a causa de esa misma comunicación, se borra o adultera el primitivo carácter. El contacto con nuevas gentes influirá en las patriarcales costumbres, debilitando también la definida y clara personalidad de los aborígenes.

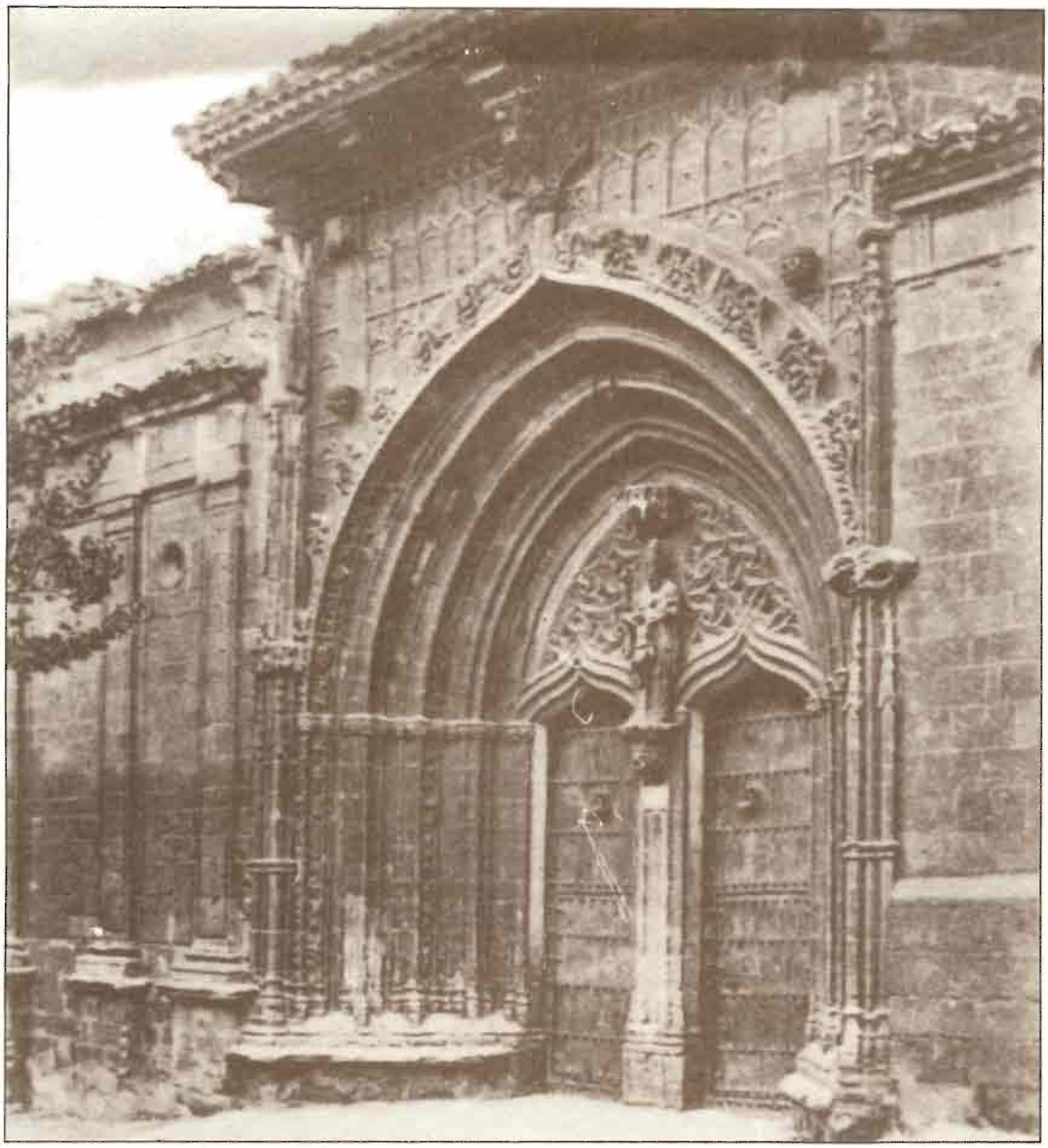
Tal, entre otras, la ciudad de Alcaraz, que da nombre a su sierra y de cuyas ruinas ya sólo quedan pobres restos de su hermoso acueducto, pedazos de murallas, cimientos de castillos, arruinados palacios y unos pergaminos en su archivo, donde leeremos el asalto de las tropas de Alfonso VIII, arrebatando a los moros esta entonces populosa urbe amurallada, donde reinaba el belicoso rey independiente Aben Hamed.

> ***Hay ciudades cuya grandeza reside en aquello mismo que las ha empobrecido: en sus ruinas.***

Alcaraz se rindió al rey Alfonso VIII al anochecer del «día 25 de mayo de 1213, víspera de la Ascensión del Señor», dice el ilustre cronista de la ciudad don Jesús Carrascosa, erudito profesor galardonado con la medallas de Alfonso el Sabio y a cuya constante campaña de divulgación artística se debe la ordenada restauración de su plaza Mayor, de herreriana traza, que ha sido recientemente declarada monumento nacional.

Plaza de Alcaraz, con sus bellísimas torres, que admira el viajero desde una curva de la carretera; Arco de la Zapatería,

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Alcaraz. Portada de la iglesia de la Trinidad. (ROMÁN)

Portada de la Aduana, soberbias ruinas del acueducto... Debería ser respetado este espléndido arco del acueducto, protegido contra la rapacidad de quienes le arrebatan sillares para su empleo en otras edificaciones, vigilado y cuidado para la posible conservación de esta bella y elevada y elegante ruina que de lejos sorprende al visitante de Alcaraz, ciudad de fino gusto aristocrático en

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

mejores días.

¿Quiénes han sido sus hombres ilustres? Sin mencionar a los hidalgos que allí se establecieron después de la conquista: los Claramonte, Bustamante, Benavide, Nogueroles, etc., asiento de grandes casas de la nobleza, ¿quién ignora a Fray Esteban Pérez de Pareja? ¿Y al humanista Pedro Simón Abril? ¿Y a los Valdelvira, arquitectos? ¿Y a la célebre doña Oliva Sabuco, hija del Bachiller de este nombre y al cual las modernas investigaciones otorgan aquella gloria y renombre que durante siglos se atribuyera a su hija?

Rincones de arte, lugares de leyenda y de historia alejados de las rutas del gran turismo, si sentís el orgullo de vuestra personalidad in-contaminada, permaneced en la dulce ignorancia, lejos del estruendo diabólico, amparados en la humildad de vuestro retiro y bajo su silencio protector.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

A LA ERMITA DEL SANTO

I

La feria del pueblo coincide precisamente con la fiesta del Patrón. Tiene lugar allá para Septiembre, cuando se han recogido las cosechas y antes de comenzar las vendimias. Ha pasado el verano tórrido que hacía crujir la mies bajo la trilla y abrasaba las muñecas del segador. Han pasado los últimos días de Agosto, «los de frío en rostro», según reza el dicho serrano, y ya las muchachas, soñando con las próximas fiestas, previenen sus mejores galas, y los comerciantes disponen su tienda para la feria, adornándola con profusión de cintas, mantones de Manila en las paredes y, en la puerta, farolillos a la veneciana, y los ganaderos, en grave coloquio con sus pastores y gañanes, ojean las reses que han de llevar al mercado y hacen lentamente sus cálculos de «memoria», sin auxilio aritmético ni ayuda de papel ni lápiz.

La gente moza aguarda la fiesta con la alegría de su propia juventud, siempre orientada hacia la más bella esperanza, y la gente madura no cuenta por años los de su edad, sino por el número de fiestas que recuerdan y de visitas hechas a la ermita del Santo en el día memorable. Porque, si bien comienza la fiesta en el pueblo, su mayor esplendor lo adquiere el día del Patrón en las cercanías de la ermita, adonde se traslada el pueblo entero, y son transportados en pintoresca procesión de mulos y de carros los tenderetes de quincalla y los puestos de paños, manteletas, batistas y otros atavíos y menesteres femeniles.

Y en aquel último día de fiestas, la animación culmina y para los mercados es decisivo día, porque el perezoso y tacaño retraimiento de los lugareños

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

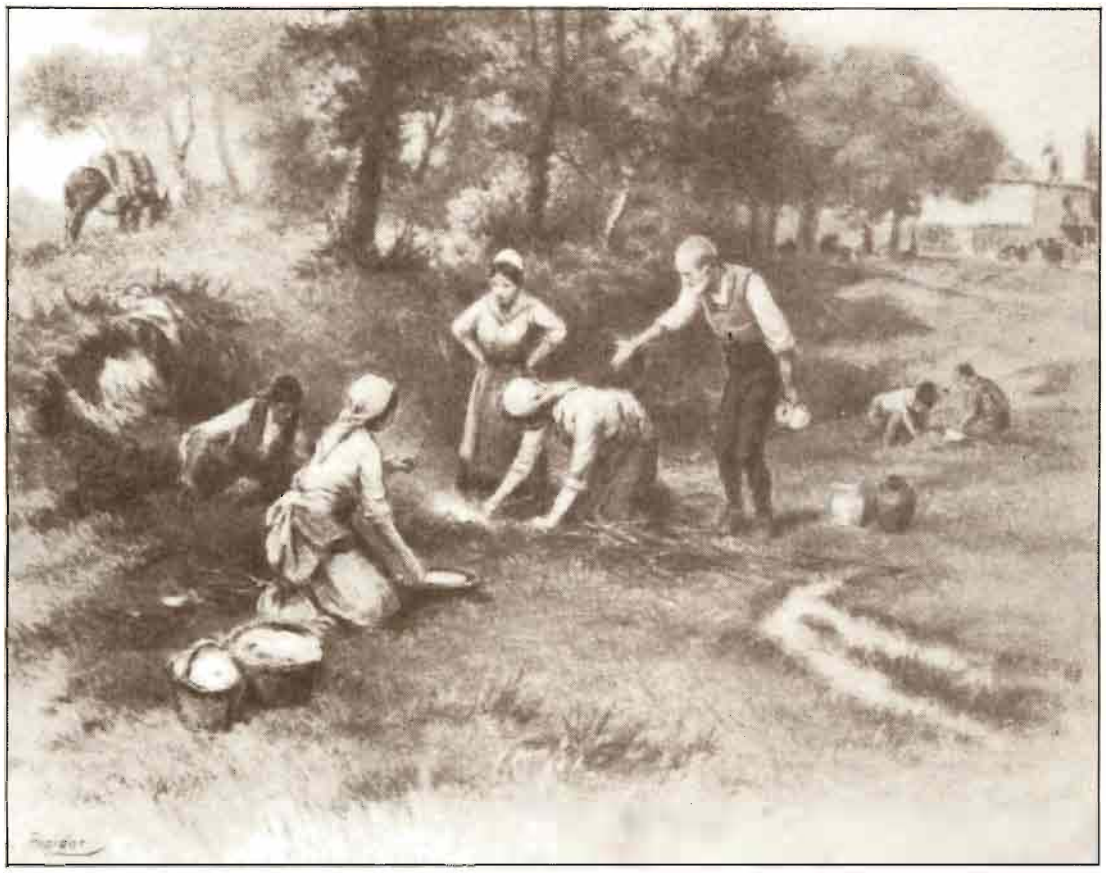
(REGIDOR)

toma resolución entonces y decídense a adquirir éste la yegua, aquél la pareja de bueyes, quién un cerdo destetado para engordarlo en casa, quién el cobertor para la cama, o una toquilla, o uno de esos recios y poderosos refajos amarillos de duración incalculable.

II

La romería tiene, juntamente con el religioso estímulo que la anima, un colorido característico que la singulariza. Son muchos los vecinos de las aldeas próximas que acuden al santuario la víspera del gran día y duermen allí, al pie de las encinas, bajo el cobijo de improvisadas barracas, y otros parten la madrugada del siguiente, en el momento en que amanece, animados por la diana que toca la banda municipal recorriendo todas las calles, antes de partir hacia la ermita. Es digno de ver el camino, apenas bañado por los primeros rayos del sol, cubierto de gente, todos con sus mejores galas, que parecen como una cinta multicolor, ondulante, viva y alegre; todo un pue-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



(REGIDOR)

blo, una suma de gentes de toda condición, las aldeas, caseríos y cortijos vaciados sobre aquel camino secular que tantas y tantas generaciones han cruzado en el mismo día y con idéntico propósito.

Allí se oye misa, se escucha el sermón, se visita la capilla, se besan las vestiduras del Santo. Luego desparrámase el gentío por el monte y, mientras unos improvisan juegos, preparan otros la lumbre para la comida, y se hace sobre las ascuas vivas la torta de pastor amasada allí mismo.

Ya se ha comido. Ya la gente, dejando los rústicos asientos de piedra, se alza, se agrupa, y aquí puntea uno la guitarra y canta, allá se improvisa un baile, acullá los mozos ejercítanse en juegos de agilidad y fuerza, y las muchachas curiosean los vistosos tenderetes. ¡Qué variedad de tonos y matices!

Así pasa la tarde y se acerca la noche. Con el crepúsculo se levanta un vientecillo que ya barrunta el otoño. Las nubes, altas, densas, van cruzando despacio el camino sin fin del firmamento. Sobre el azul purísimo, la nota manchada, blanquecina y parda de las nu-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

bes, como sucio vellón de lana, apresura el crepúsculo.

Las diversiones acaban. Se alzan las tiendas, los ganados se recogen para marchar a otra feria, los romeros arrodíllanse unos minutos en la ermita y parten. Queda otra vez en soledad y silencio el monte. Por los caminos va —un tanto melancólica, pero bulliciosa y ruidosa— la numerosa caravana multicolor.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

EL HONOR DEL PUEBLO

Todavía en el siglo presente algunas villas que alcanzan la fortuna de que el ferrocarril pase arrastrándose junto a sus chozas y hasta se detenga un punto (y con esto parece como que adquieren repentinamente un cierto aire de modernidad y señorío), todavía, digo, estas villas suelen conservar alguna bárbara costumbre antigua, alguna tradición brutal. Y no es lo doloroso que subsistan tales costumbres, reminiscencias de los tiempos prehistóricos, sino que precisamente en sus añejos recuerdos, modalidades y pragmáticas suelen afirmar su personalidad estos poblados, y su mayor timbre de gloria es recordarlas siempre y mantener en todo momento vivo en la memoria popular el espíritu de la tradición, siempre sagrado para ellos.

Era costumbre de la gente moza en la villa de Talamos no consentir que hombre alguno de otro lugar tuviese amores con muchacha talamosina si antes, y con las formalidades de rigor, no cumplía el precepto inevitable y humillante de pagar la patente, especie de almojarifazgo, cédula de consentimiento y contribución que le era impuesta, ya por los talamosinos mozos de labranza, ya por los horteras y jóvenes de otros oficios, bien por los señoritos de la villa, según era la calidad y condición social de la muchacha cortejada.

Por la noche, al acercarse a la reja el rondador, la novia era la primera en prevenirle:

—Vendrán a pedirte «la patente», puesto que eres forastero.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntaba el mozo.

—Dales lo que te parezca. Cinco pesetas, diez pesetas... Lo que puedas. Es costumbre del pueblo.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Efectivamente, al poco rato se aproximaba un grupo de alegres rondadores, y uno de ellos, comisionado para parlamentar, se destacaba:

—Venimos a cobrar «la patante».

—No llevo más que un duro. ¿Es bastante?

—Está bien. Buenas noches.

Y se marchaba la ronda, sin que en adelante molestasen de nuevo al adevenedizo enamorado.

Acontecía que alguna vez uno de estos novios «de importación» se negaba redonda y ásperamente a satisfacer el obligado y tradicional tributo, y entonces, sin miramiento alguno, lo cogían entre todos y lo sacaban al campo para zambullirlo en la acequia, estrecho y cenagoso riachuelo. Dar unas zapatetas dentro del turbio líquido era también pagar «la patente», pero en su forma dura y de castigo, como si dijéramos en su «forma penal». Al otro día, por toda la villa se comentaba el acontecimiento.

—Dionisio el de Vallemiedo, se bañó anoche en la acequia —decían.

—El se tiene la culpa —contestaban todos con naturalidad.

¿Quién le manda a él rebelarse contra una costumbre tan antigua?

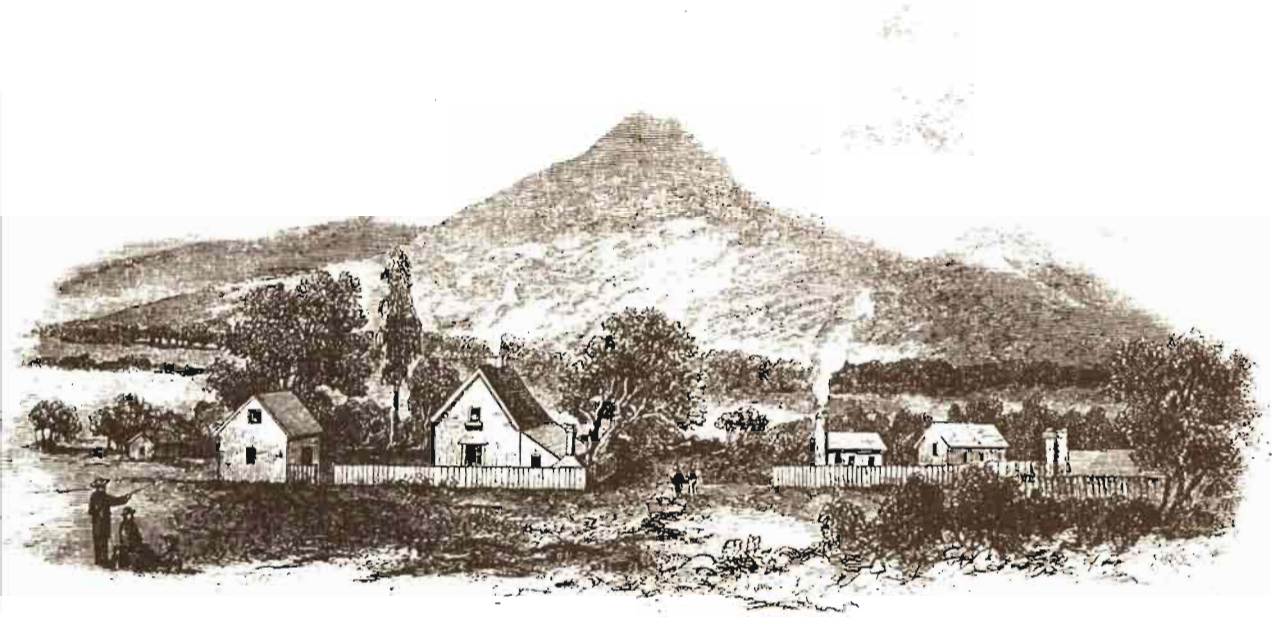
***

Y lo que aconteció a Dionisio el de Vallemiedo y a otros muchos jóvenes de diferentes lugares vecinos que acudían a la floreciente villa de Talamos, llevaba camino de acontecerle también a Raimundo Quirós, por haberse dejado decir en plena plaza un domingo, a la salida de misa, que él no pagaba la patente, y que semejante y brutal costumbre desaparecería en cuanto un hombre de valor hiciese con los envalentonados mozalbetes talamosinos un enérgico y doloroso escarmiento.

Era Raimundo un muchachote noble, franco y alegre, un poco rudo de mollera y bastante pagado de su propio extraordinario vigor y fortaleza, porque acompañaban a la estatura aventajada el ancho tórax, las recias piernas firmes como aceradas columnas flexibles, y los brazos robustos, rematados en unas gruesas manazas de herrero, como acostumbradas al yunque y al martillo. Apenas era conocido en Talamos, que visitaba invariablemente los domingos

> ***Y no es lo doloroso que subsistan tales costumbres, reminiscencias de los tiempos prehistóricos, sino que precisamente en sus añejos recuerdos, modalidades y pragmáticas suelen afirmar su personalidad estos poblados.***

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



para ver a su novia, permaneciendo junto a la reja hasta la madrugada, hora en que tomaba el tren de regreso a su pueblo. Corrían de boca en boca las palabras que pronunciara Raimundo en plena plaza, como un reto lanzado a toda la zagalería del lugar, y también como un escarnio que de tan venerada costumbre pretendiese hacer un hombre extraño, advenedizo desagradecido, que así pagaba el favor de que se le permitiera pasear libremente por las honradas calles de la villa. Los jóvenes, estupefactos, iracundos y un tanto inquietos, reuniéronse por la tarde para discutir y acordar por mayoría la petición de patente para aquella misma noche, y, si mantenía la negativa, zambullirlo dentro de la acequia; pero de tal manera, que el escarmiento acrecentase más todavía la fama de Talamos, y de entonces en adelante ya no osara nadie rebelarse contra la soberanía de todo un pueblo que sabe honrar sus tradiciones, y lejos de abolirlas por brutales, las mantiene como sagrado recuerdo, como heráldico escudo que sirve de sostén a la floreciente existencia de hoy y es el cimiento histórico de la futura grandeza comercial de mañana. Algunos viejos, de aquellos más ancianos que eran como la crónica viviente de la población, depositarios de las más remotas leyendas, ardientes enemigos de toda novedad, celosas de lo que era muy suyo y enamorados de las primeras vides que se plantaron por sus manos y de las primeras peñas y las chozas primeras del lugar (de más gloriosa estirpe que las nuevas viviendas de otro estilo y las nuevas fachadas rojas y amarillas), aquellos decrépitos y balbucientes ancianos apretaron también los puños y las seniles encías

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

huecas, y dijeron a los jóvenes: «¡A ver cómo quedáis esta noche, si estimáis en algo la honra del pueblo! ¡Me caso en leñe!... En nuestro tiempo habíase de decir eso en plena plaza... ¡Me caso en leñe!... Si os falta valor, aquí estamos nosotros. ¡Que no se diga nunca que dejó de pagar la patente un forastero!. ¡¡Que no se diga nunca!! La honra del pueblo está en vuestras manos.

Llegó la noche, que era muy obscura, con el cielo encapotado y como en barruntos de tormenta, y el pueblo, sin alumbrado público ni otra luz que la que dejaban escapar las entreabiertas puertas y ventanas de las viviendas. La novia de Raimundo había estado toda la tarde gimiendo y suplicándole que no opusiera resistencia a la demanda de los mozos, y por la noche, en cuanto Quirós acercóse a la reja, halló en ella a Matilde y a su anciana madre, y le rogaron, casi con lágrimas, que escapase inmediatamente, sin aguardar al tren de la madrugada, porque estaban afligidas y temerosas de que pudiera acontecer algo malo; y para obligarle mejor, le despidieron a toda prisa, cerrando la reja, porque ya sabían ellas cómo por diferentes bocacalles, entradas, salidas, travesías y recodos estaban apostados y armados convenientemente los ofendidos jóvenes talamosinos. Despedido así tan sin preámbulos, el confiado y enamorado forastero quedóse un punto embobado y quieto frente a la cerrada reja de su novia, y en este instante vio cómo dos bultos se le acercaban, y hallándose de él a una distancia como de cuatro pasos, uno de ellos dijo:

—Venimos a cobrar «la patente».

—Es el caso —respondió Quirós con flema—, es el caso que no tengo ahora cuartos sueltos... Como no queráis que vayamos hasta la acequia..., a ver si me cambiáis allí un duro que llevo...

Y echó delante por una calleja que daba al campo, y los demandantes le siguieron en silencio y despacio, y asimismo, por distintas salidas, fueron encaminándose hasta la celebérrima acequia todos los demás conjurados mozos.

¡Válgame Dios y qué soberbia ensalada de bofetadas, estacazos y tiros hubo aquella noche! Todavía hoy, cuando los belicosos vecinos de Talamos, comentando alguno de los episodios de la guerra, quieren poner un ejemplo de resistencia heroica, exclaman:

—¡Eso habrá sido algo así como la defensa de Quirós!

Porque Raimundo Quirós no pudo vencer a los treinta y cinco valientes que presentáronle batalla; pero murió como un bravo, y antes de caer acatarró a unos cuantos por obligarles a tocar el fondo del húmedo arroyo cenagoso, y dejó asimismo definitivamente fuera de combate a Ricardo Moro, un mozo

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

de prendas y de onzas, hijo de uno de los más acaudalados personajes del lugar, heredero de extensos trigales y nutridísimos viñedos. ¡Pobre Ricardo Moro y pobre Raimundo Quirós! ¡Los más gallardos ejemplares de aquella juventud tan lozana!

—Como eran los mejores, por eso se los ha llevado Dios —decían las viejas.

No puedo detenerme a contar ahora cómo dio principio la contienda, ni quién acometió primero, porque esto es cosa que no ha podido saberse todavía. Se cuenta que en los quince minutos de duración que tuvo, Raimundo hízose lugar desde los primeros empujes y garrotazos, y sabe Dios qué de hazañas no hubiese realizado de no caer muerto de un tiro. En cuanto viéronle inmóvil, con admiración y con terror lo rodearon todos. Había algunos heridos, y unos pasos más allá del grupo vieron a otro que estaba tendido y quieto. Era Ricardo Moro.

Consternados y enmudecidos por el sangriento fin de la escaramuza, determinaron disolverse inmediatamente, y en el momento de escapar, uno lanzó la voz y los detuvo diciendo:

—¡Muchachos, falta algo que hacer todavía! ¡Hay que meter a este hombre dentro de la acequia, que para eso hemos venido!

—¡Es verdad! —exclamaron todos, cumplimentando el aviso.

El siguiente día fue de luto y consternación en todo el pueblo. En casa de Antolín Moro, padre de Ricardo, vela-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

ban el cadáver todos los amigos y camaradas de la víspera. Habíanle comentado ampliamente los incidentes de la batalla nocturna, y cuando se hizo el silencio alzóse de la silla el viejo Antolín, padre del difunto, y con gesto fiero, apretado el puño, en alto el brazo como en actitud de acometida o amenaza, exclamó:

—Es mi hijo, y bien sabe Dios que con perderlo a él lo pierdo todo y ya no quiero vivir; pero tengo la satisfacción de saber que si es verdad que él ha muerto, «también es verdad que se ha salvado el honor del pueblo».

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

DULCES DE PASCUA

Las dos de la madrugada serían ya cuando Julián se despidió de sus amigos. Era la víspera de Pascua y estaba la noche serena y fría. El helado viento, que de la vecina sierra traía partículas de nieve, cuajaba el agua de lluvia, que había dejado en las calles pequeños charcos y minúsculo arroyos. Al llegar a la puerta de su casa, Julián se detuvo un instante, como si meditara una excusa en justificación de su tardanza. Marta, la esposa, le aguardaba todas las noches sin acostarse.

—Me he dejado la llave —dijo Julián buscando en sus bolsillos; y dio un golpe con el llamador de bronce, que en la solitaria y obscura calleja resonó como un disparo.

El trasnochador pensó un instante en su mujer, que, estremecida de terror, saldría de la cocina alumbrándose con un candil y bajaría luego, soñolienta y miedosa, por la empinada escalera del caserón, y asimismo la veía atravesar el ancho patio, toda arrebujada en el recio mantón, guiñando los ojos, que parpadeaban medrosos como la llama vacilante. Pasó un rato, y como no respondiese Marta ni se advirtiera rumor de pasos ni ruido alguno, Julián repitió el golpe, duplicado y enérgico. Rodeóse bien al cuello el embozo de la capa y taconeó impaciente y nervioso. Sin duda que ella no había oído el primer aldabonazo, entretenida en la grata y laboriosa tarea de hacer las mantecadas y dulces de Pascua. Julián apoyaba la mano sobre la puerta, pareciéndole oír ya los pasos de Marta. El viento, ahora más ligero y más frío, arrastraba unas nubecillas blancas y tenues como gasas. Julián percibía claramente en el silencio todos los ruidos de la noche: el ladrido de un perro, el rumor del campo, el eco de una voz

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

lejana...

Marta no acudía. Él tuvo un estremecimiento de cólera y aporraceó las gruesas maderas con la pesada anilla del llamador. Resonaron los golpes como violento batir de puertas, cerradas de pronto por la furia de un ciclón. Dos casas más arriba abrióse discretamente un ventanillo. Era Lucas, vecino de Julián, que velaba a su mujer, enferma por aquellos días.

—¿Eres tú, Julián?

—¡Hola! ¿Cómo está la Tomasa?

—Así, así... Con calentura.

—Hace mucho frío.

—Un aire que corta.

Un aullido distante, procedente de los apartados arrabales, llegó hasta ellos. El aire, ahora saturado de humedad, hacía tiritar. Lucas dijo:

—¿Has oído? Es el lobo. Rara es la noche que no se lleva un cordero.

Julián se agitó un instante, tal vez por el frío intenso de aquella madrugada invernal, quién sabe si invadido de cierto terror. Reciente estaba el crimen de Portolés y el robo de don Emeterio. ¡Era tanta el hambre de aquel invierno! Decíase que el monte albergaba en sus encrucijadas y en sus cuevas una partida de audaces bandoleros. Él no tenía miedo a nadie; pero ¿y si en ausencia suya se atreviesen...? Eran recién casados, y en el pueblo se les tenía por ricos. El silencio de Marta le inquietó.

—¿Se habrá dormido esta mujer?— dijo en alta voz a Lucas, como para tranquilizarse. —Es extraño, porque siempre me aguarda. Esta noche me dejé olvidada la llave...

—Ya es raro que no conteste —replicó el vecino. —Los golpes que das son para despertar a un muerto.

Y en aquel momento Julián dio hasta una docena de aldabonazos tan soberbios, que parecía que iba a crujir la puerta. A los golpes saltó del lecho otro vecino que tenía el sueño ligero. Un mozo de mulas, que echaba el primer pienso a los animales, asomó también por los portones la jeta soñolienta.

—Es raro —dijo Lucas—. ¿Es posible que la Marta tenga el sueño tan duro?

—No sé que pensar —contestó Julián muy azorado—. Alguna desgracia le ha ocurrido.

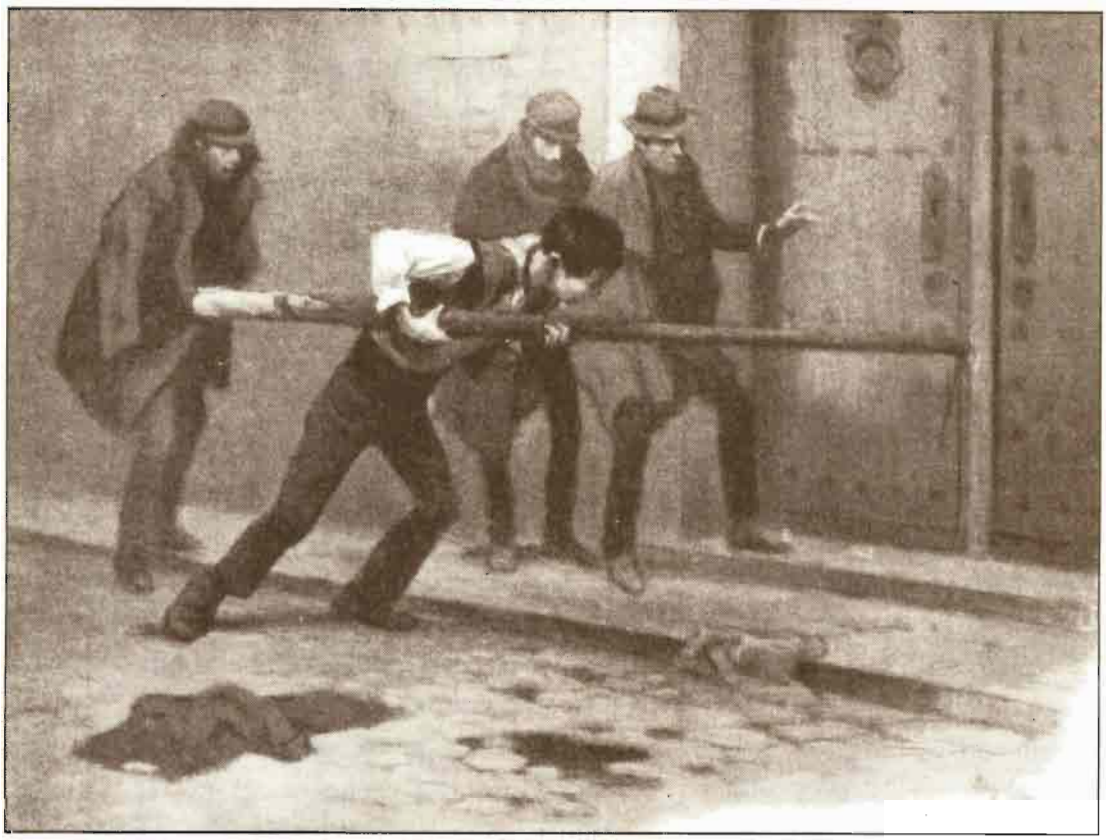
—¡Quita allá, hombre! —dijo Lucas—. Está en lo mejor del sueño.

—No lo creo, Lucas. Si pudiera, descerrajaría la puerta...

Y pensaba que los bandidos de la comarca habían sorprendido y asesinado a su mujer, y este pensamiento, que le angustiaba, adquiría en su cerebro unas proporciones tales, tan claras, tan definidas, tan lógicas, que Julián, ante la certeza de la sospecha, tuvo como una congoja y sintió un ansia de pedir auxilio, de llamar gente...

El otro vecino, Andrés, preguntó a Julián desde la ventana si había nove-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



(REGIDOR)

dad, y el mozo de mulas, que había oído la conversación, hostigado por la curiosidad, se acercó.

—¿Quiere usted que salte la cerraja?

—Mejor sería avisar a la pareja —dijeron Andrés y Lucas, saliendo de sus casas.

—Si quieren ustés que traiga la galga del carro, la traigo. En dos topetazos salta el picaporte y hasta la casa, si es menester— exclamó el mozo de mulas, con un gesto de bruto decidido, accionando con ambos brazos como si empentase contra las puertas.

Julián, a pesar de que le fortalecía la presencia de aquellos vecinos, estaba perplejo.

—¿Pensáis vosotros que habrá sucedido algo? ¿Habéis oído gritos?

—Yo, como este sueño tan condenao, no he sentío nada —dijo el mozo—; pero miren ustés lo que les digo: la noche del robo de don Emeterio tampoco sentí nada, y fue a sesenta pasos de aquí, como ustés saben. Son gente mu mala y mu ladina esos bandidos.

Los tres hombres rodeaban a Julián, que estaba como alelado, presa de un

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

terror invencible. El mozo empujó la puerta con sus manazas, como tanteando la resistencia. Julián aplicó el oído a la cerradura y exclamó:

—¡Marta! ¿Eres tú, Marta? Abre, que soy yo.

Callaron todos un instante. Nadie respondía. Andrés acercóse a la puerta, escuchando.

—No se oye nada —dijo—. Lo mejor es saltar la cerraja. ¡Vamos, muchacho!

Y el mozo, armado de la gruesa estaca como una lanza, se hizo atrás unos pasos y arremetió a las puertas con tan violenta furia, que se abrieron de par en par. Precipitáronse los cuatro en el obscuro zaguán, cruzando luego el húmedo patio, hasta dar con la escalera. Tomaron ésta, y Julián, que iba delante, cuando estaba ya próximo a la cocina, voceó:

—¡Marta, Marta!

—¡Cállate! —dijo Lucas—. Si acaso está dormida, la asustarás con esos gritos.

—¡Hay luz! —exclamó Julián—. Aguardaos un instante.

Y corrió la cortina para mirar. Tuvo entonces un estremecimiento y como un comienzo de disnea que le privó del uso de la palabra. Quedóse un instante detenido en el dintel, y Andrés avanzó también y dijo en voz baja a los otros:

—Está dormida. No hagáis ruido, que el susto sería peligroso. ¡Bendito sea Dios, qué sueño!

Julián, algo repuesto ya, entró pisando fuerte para despertarla:

—¡Marta! Muchacha, ¿te has dormido? ¡Marta!

Despertó. Habíase dormido, sentada, aguardándole. Sobre la mesa había unas mantecadas recién hechas todavía calientes.

—¿Es muy tarde? —preguntó ella— Haces mal en dejarme sola. ¡Tengo un miedo por las noches! Haces mal, Julián. ¿Qué hora es? No me quieres. Eso no está bien.

Julián le contó brevemente todo lo acontecido y mandó a los amigos que pasaran. Marta estaba confusa y avergonzada.

—Vamos, Marta, ¡que buen susto nos has hecho pasar!

—¡Vaya un sueñecico, Marta! —dijo Andrés.

—Jesús, María y José! —exclamó la mujer—. No sé como me he dormido tan profundamente. ¿Viene alguien más? ¡Bendito sea Dios!

—Bendito y alabao —dijo el brutote, entrando—. Yo y esta galga hemos podío abrir, gracias a Dios. ¡Y que no he tenío que arrempujar de veras...! Como que del refuerzo pienso yo que me va a salir un golondrino en este sobaco...

Riéronse todos. En el hogar había unos leños casi apagados. Julián les ofreció sillas.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

(REGIDOR)

—Es muy tarde ya, y la Tomasa se quedó sola.

—¿No está mejor?— preguntó Marta.

—Así, así... No se le quitan esas calenturas.

—Bien se conoce que mañana es Pascua— dijo el mozo, mirando golosamente las mantecadas.

Julián estaba un poco aturdido, como si acabara de salvar un peligro muy grave, y se prometía aprovechar la lección y no abandonar su casa por las noches, cuando más necesaria era su presencia para amparo de su mujer y por el buen nombre de sí mismo.

—¿Hace mala noche? —preguntó Marta—. ¡Qué Semana Santa de agua hemos tenido! ¡Válgame Dios!

—El agua es bendición pa las siembras —contestó el mozo, que miraba a la mesa con sus ojillos relucientes y glotones-. ¡Si no fuera por la helada...!

—Probar esto, amigos —dijo Julián.

—No es hora de comer— contestó

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Andrés.

—¡Vamos, hombre! Ya que os habéis molestado... Toma tú, muchacho.

—Yo sí, señor —dijo el mozo—. No me gusta desairar, y menos cuando es cosa rica. Así como así, mi trabajico me cuestan.

Y con el mismo ahinco y furia que arremetió contra las puertas, hasta no dejar uno acometió asimismo a la indefensa tropa de los riquísimos bollos mantecosos, blandos y tibios, cubiertos con una blanca y fina capa de azúcar.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

AJO DE PRINGUE

«Por San Andrés mata la res», dice una locución popular. Y esto se cumple en casi todos los pueblos españoles, pero muy particularmente en las provincias de Albacete y Ciudad Real para San Andrés ya han hecho los vecinos su matanza, sacrificio de cerdos cebados, por lo general criados en el propio hogar con los desperdicios de casa, mimados con cuidado egoísta, revueltos con la chiquillería, sin ascos ni temores a contratiempos desagradables. El cerdo, que viene a ser uno más de la familia, será mañana el alimento y sostén de la misma.

Está mediado noviembre, sopla el viento de la Sierra y ronda en las cercanías del pueblo el lobo por las noches, arrojado de su cubil por las nieves del monte y por el hambre. Da frío mirar al campo, pelado y cubierto de crujiente escarcha, y a los árboles, con sus ramas escuetas, secas, sin sombra de una hoja; y al río, que a trechos, por aquellas sangrías que vierten el agua para los riegos por las acequias cenagosas, el agua tiene —como un reluciente tablero de cristal— una delgada capa de hielo. Da frío tender la vista por la llanura y por el valle. Los gordos troncos se hacen ascua lentamente bajo la chimenea, entre el crujido chisporroteante de los sarmientos resecos. Amós, el hacendado más poderoso y rico del pueblo, se frota las manos paseando por la cocina, bien provista y amplia. Hay un trajín de criadas que machacan pimienta y otras especias en los almireces. Hay, sobre grandes trébedes colocadas en la lumbre, una enorme caldera, donde se cuecen las cebollas que han de servir luego para hacer las morcillas.

Son las seis de la tarde. Pende del techo y de unos clavos sendos candiles de aceite. Ya más de una hora que

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

anocheció, y están las calles como boca de lobo. Ladran los perros en los corrales, gruñen los cerdos en la pocilga. La cocina es amplia. La fogata es enorme. En el vasar hay siempre un gran jarro de vino para obsequiar a los visitantes. Entran y salen los criados, vecinos, amigos, mujeres. La señora, atareadísima, dirige el complicado concierto de tanto preparativo. La matanza del amo Amós goza de justa fama. ¿Cuántos cerdos se sacrifican? ¿Son seis, ocho, diez? Son gordos, de mucho peso. Son en número y calidad como corresponde a la fortuna de Amós,

> **Ha *concluido la primera parte de la matanza.* Por *Oriente pinta el día.***

como es menester para dar alimento a tanto mozo, mulero, labrador, mayoral y la numerosa caterva de pastores. Porque Amós es rumboso. Se come bien en su casa, es la paga segura, la ocupación también segura. No le ahorcan, no, por cincuenta mil duros. Y no lo parece. Viste una recia zamarra de pañete grueso, pantalón de pana y fuertes botas de campo.

Aquella noche se duerme. Los matadores vendrán a las cuatro de la madrugada. En torno de la inmensa lumbre que caldea la cocina hacen rueda todos. Se asan patatas al fuego, cuéntanse anécdotas picantes, se pasa el jarro de mano en mano. Van lentamente las horas ascendiendo en la noche. Canta el sereno las once, las doce, la una. El sueño, con poder irresistible, apodérase de algunos, que lo descabezan sentados. Momento cómico. Éste tizna la cara de aquél que ronca. El otro, haciendo de la mano hisopo, rocía el rostro de un dormilón. Tal moza de buen humor cose a la silla las faldas de la otra, que se ha dormido. Se les despierta de improviso y estalla la risa. Éste bromea, aquél maldice, uno amenaza y otro, cachazudo y bonachón, aguanta de buen talante. Todos se espabilan. La noche se hace eterna, la madrugada avanza. Han sonado las dos en el reloj de la plaza. Hace mucho frío. ¡Más leña al fuego! ¡Más vino al jarro! ¡Animo!

Largo silencio. Las dos y media. ¿Qué ha sido eso? ¿Habéis oído? Todos callan, medrosos. En las cámaras se oyen pasos; después, unos golpes como de martillo. El amo Amós se levanta. ¿Qué será? Todos se preparan, y ábrense las puertas de las cámaras. ¡Oh, sorpresa! Uno de los gatos maulla y bufa, con la cabeza metida en un puchero de pringue. Risa general.

Está preparada la rústica mesa de madera para el sacrificio. Los matadores van a llegar. Son una cuadrilla sacrificadora de cerdos, profesionales antiguos y acreditados. Hay sus categorías y di-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

(HUERTAS)

versos empleos entre ellos. Este ata el hocico; aquél, las patas; el otro da la cuchillada. En el corral hay hacinadas numerosas gavillas de retama seca para el chuscarrado de las víctimas. Ha sonado la hora. Los matadores llegan. Son puntuales.

Ya están en el corral todos. La luz de los candiles oscila y proyecta fantásticas sombras en el muro. El cielo, sereno y estrellado. El aire corta. Del campo llega un rumor lejano y profundo, como de selva. Por encima de la pequeña tapia la obscuridad lo envuelve todo. El campo es una pincelada negra, misteriosa. El pueblo es una serie de manchones obscuros.

Fuertes gruñidos, zozobra, pelea. Cuatro hombres sujetan a uno de los cerdos, al primero que echan mano. Ya lo alzan, ya lo tienden sobre la mesa y le amarran fuertemente. Una mujer, valiente y dispuesta, con los brazos arremangados y provista de un enorme lebrillo, se acerca. Empieza el sacrificio. Es operación breve y trabajosa.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Uno, dos, tres, cuatro... Todos los cerdos muertos. Sobre las losas del corral se enciende la retama, que abrasa la pelambre dura y áspera del animal. Hacia el cielo suben las llamaradas y densa columna de humo. Despiertan las gallinas y canta el gallo. El amo Amós da la segunda ronda de aguardiente. Se hace un cigarro. Alguno tose.

—Buena helada.

—No se prepara mal este año.

—¿Va usté a sembrar mucho? —pregunta uno.

—Toda la cañada del Paredón, la huerta Calva y el pedazo de los Hocicares.

—La tierra, con estas escarchas, está dura de trabajar.

—Tú, dame lumbre.

Enciende el cigarro. Luego raspan con cuchillos la piel de los cerdos, los lavan y los abren en canal. Ha concluido la primera parte de la matanza. Por Oriente pinta el día.

II

Y ahora comienza el verdadero trajín de la casa. Unas mujeres llevan en canastas al río los menudos para lavarlos, y otras se disponen a preparar el ajo de pringue. ¿Cuántos son los convidados? En casa del amo Amós, innumerables. Los mozos, los amigos, los vecinos, los parientes. ¿Son veinte, son cuarenta, son sesenta? No se pueden contar. La matanza del amo Amós es una fiesta del pueblo. Los pobres saben que no les faltará su ración. A nadie se niega, nada se escasea. Circula el vino, abundan las tajadas, humean los platos de ajo y las innumerables sartenes.

Son ya las diez de la mañana. El ajo se cuece en la lumbre. Cuida de él la Benita, que tiene especial virtud para hacerlo. Otra criada va repartiendo cortezas de pan. La miga, muy desmenuzada, constituye, con el hígado frito y picado, los elementos más importantes de esta comida. El ajo, humeante, espeso, dorado por la pringue, esparce su grato olorcillo característico. El amo Amós entra y sale de la cocina a la sala, de la sala baja al portal; entra en las habitaciones, en el corral; lo vigila todo; lo observa; bromea con todos. Está contento el amo Amós.

> ***El ajo, humeante, espeso, dorado por la pringue, esparce su grato olorcillo característico.***

—Que no falte nadie. ¿Habéis avisado al señor Cura? ¿Y a don Andrés? ¿Y a los Martínez? Que no falte nadie. Que sobre ajo para todos. Que pongan la pita en la tinaja nueva.

Ya salen de la cocina las criadas con

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

(HUERTAS)

sartenes y platos. Se han improvisado mesas con tablas sobre sillas. Hay mesas en el comedor, en la sala, en la antesala, en el patio, en el corral, en toda la casa. Van llegando los comensales. Se colocan en tropel, donde pueden, como pueden. Antes de comenzar, el amo Amós pregunta:

—¿Ha venido don Miguel? ¿Y don Antonio? ¿Y los abuelos dónde están?

Todo lo recorre. A las personas de viso las coloca en los sitios de distinción. Y ordenando en lo posible aquel numeroso concurso, el amo Amós saca la navaja y pincha la primera tajada.

—¡En el nombre del Padre...!

Primer cuarto de hora: un rumor apagado, isócrono. Todos callan y mastican. Luego se alza el silencio, rompe la charla general, se grita, se ríe, se juega disparando proyectiles de pan, se bebe hasta emborracharse. En un rincón, un gañán muy bruto quiere sorprender con una gracia, y muge como un toro. Luego otro gañán, más bruto, rebuzna. Las muchachas se pellizcan, retozan y lanzan chillidos agudísimos. ¡Qué desconcierto, qué algazara, qué comilona! La matanza del amo Amós

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

goza de gran renombre en el pueblo y fuera de él. El amo Amós, en la mesa presidencial, acompañado de los principales personajes del pueblo, no cabe en sí de satisfacción. Está orgulloso de que honren su casa tantas personas. Recuerda esta escena el patriarcado antiguo, y él, por un momento, imagínase ser el patriarca y señor de todos. A veces, queriendo hacer una gracia, dice una barbaridad: lo advierte, y, al enmendarlo, suelta una tontería. Indudablemente está también borracho.

El almuerzo toca a su fin. En este momento el amo Amós abre una puertezuela que da a un cuartito pequeño, y empuja hacia él a don Antonio, don Miguel, don Andrés y otros propietarios que han compartido el puesto de honor. En aquel cuarto tiene dispuesta una mesita con dulces, botellas y cigarros.

Sorpresa general y palmadas de aplauso para el anfitrión. Todos se tambalean un poco. Beben, charlan, encienden los cigarros. Hay luego una pausa que acusa el cansancio. Los vientres se dilatan, los chalecos se desabrochan, se entornan ligeramente los ojos.

Amós aprovecha esta pausa para dejar la broma y entrar en el terreno de los asuntos.

—Vamos a ver, don Antonio, si hacemos trato con la huerta del Tomillar. En tres mil pesetas me parece que está bien. No puedo más. El año ha sido mediano. Además le hago a usted un favor, porque la tiene usted tan abandonada, que cada día valdrá menos...

—Bueno, hombre; lo que tú quieras —replica don Antonio, tartamudeando.

—¿Trato hecho? Los señores son testigos. ¿Trato hecho?

—Palabra de hombre. Trato hecho- contesta don Antonio.

Amós se frota las manos. Un buen negocio. Está contento. De pronto óyese ruido afuera. Es la señora que grita.

—¿Qué sucede, mujer? —pregunta el amo.

—Los condenados gatos, que los voy a matar. Estaban en el patio, sobre los cerdos, comiéndose los lomos.

—Déjalos que coman, mujer; déjalos, que para todos hay —replica Amós, con cachaza...

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LOS «MAYOS»

Estamos a treinta
del Abril cumplido.
Mañana entra Mayo,
de flores vestido.

¡Qué alegría la alegría de las muchachas de la sierra cuando se acerca el mes de Mayo!

Está finalizando Abril, «el de las lluvias mil», que alterna con los aguaceros de sus días grises los otros días lluviosos, verdaderamente primaverales, en que el viento tibio trae, como una ofrenda de poesía, un olor a tomillo, a rosas tempranas, a lilas y a violetas.

Las muchachas, preparándose para la nocturna fiesta de fin de mes, cosen a toda prisa sus vestidos claros, esos vestidos de una transparencia de gasa, la fina batista, los encajes, la vuela, que, mejor que los pesados abrigos invernales (los refajos azules y rojos, bastotes, de recia lana), permiten la admiración de los encantos femeninos. ¡Oh, las niñas núbiles, con sus faldas claras, ligeras, apretadas en el talle, y las blusas delicadas, casi impalpables, ajustadas al busto estrechamente, amorosamente...!

En las rejas, como artística cortina multicolor, juegan y trepan las enredaderas, las campanillas, los tiestos de albahaca. El perfume de estas plantas sencillas se confunde con el aliento de la novia, cuya alcoba, junto a la reja, se oculta pudorosamente tras la cortina exterior de flores y la blanca cortina interior de batista.

Concluye Abril y acaba con alegría, porque Mayo, como promesa de amor, con su cielo azul, sol, músicas y suspiros, llegará pletórico de gérmenes, fecundo en realidades felices.

Ya ha concluido la cena; ya se han vestido las muchachas, y ha comenzado a tocar la música en la plaza. Los

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

zagales, jocundos y vigorosos, con toda su briosa juventud, que refulge en los ojos ingenuos y brillantes, acércanse a las mozas, que se retraen, trémulas, vacilantes, dichosas.

¿Qué cantan los mozos en esta noche blanca? ¿Qué preludian los niños bajo la claridad estelar, a coro, sobre la amplia plaza del pueblo? ¿Qué maravilla de armonía invade los ámbitos? Los instrumentos, por lo general torpemente acordados; la masa coral, compuesta de niños no educados para la fiesta... ¡Y sin embargo...! ¿Cómo de aquel concierto pueden brotar tales melodías que agitan los espíritus, trémulos de emoción?

Cantan los niños:

Estamos a treinta
del Abril cumplido.
Mañana entra Mayo,
de flores vestido.

El aire se puebla de rosas, de pájaros y de perfumes. Trina el ruiseñor, canta el cuco, croa la rana, sueña el agua limpia de las fuentes, murmura el río, y los altos álamos baten y remueven su ramaje. Todo vibra, todo canta, todo suspira...

Y a compás de la música, que repite la misma canción, «los Mayos», siempre varios e iguales, a compás de este concierto nocturno, con rumor de faldas almidonadas que crujen y un murmullo de promesas y súplicas de los galanes, en la noche tibia y semiobscura, en la plaza sin alumbrado, tienen los negros ojos de las muchachas pueblerinas un resplandor de felicidad, un fulgor luminoso, dichoso y casto.

Noche de fiesta, velada primaveral que se prolonga hasta después de las doce para saludar la aparición de Mayo.

Mañana entra Mayo,
de flores vestido...

¿Qué significan para aquellas sencillas gentes estas breves palabras?

Mayo, mes jocundo, henchido de promesas, pletórico de amores. Las muchachas que tienen novio se casan antes de San Juan. Las que no lo tienen y han pasado los meses invernales como en un largo sueño, presentimiento vago de amor, en esta noche augusta se inician y aman: se hacen novias.

Cierto que vendrá luego el verano con su cosecha de frutos, y el otoño, estación en que se almacena en la troje el trigo, y en el lagar la uva, y en la casita el marido.

El invierno, ¡oh!, triste estación para los lugareños, cuyas viviendas crujirán bajo el peso de las nieves y por el empuje de las ventiscas. Mas, detrás de los vidrios empañados, las caritas rosadas, que contemplan con ojos extáticos la desolada llanura bajo la fría escarcha y el hielo, sonríen y sueñan, por-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Reja de Alcaraz. (A. PALOP)

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

que aguardan siempre un nuevo Abril, en cuyo último día han de cantar los «Mayos» en la plaza y estrenarán la fina blusa de batista, y con el alma estremecida, saturada de misteriosas ansias, brillará en sus ojos un relámpago de amor al acercarse el mozo, ya tímido, ya resuelto, audaz o apocado, pero trémulo de emoción y de amor.

Y entre tanto, los niños y las niñas, aquéllos que todavía no sienten el maravilloso influjo de la primavera, cantan en la plaza:

Estamos a treinta
del Abril cumplido.
Mañana entra Mayo,
de flores vestido.

Y bajo la luna blanca, eterna solitaria de la noche y dulce amiga de los amantes, las niñas que visten de corto sueñan; sueñan también, con añoranzas ya lejanas, las mujeres maduras, y sueñan y sonríen los novios...

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LO TÍPICO DE ALBACETE

Muchacha de Alcaraz. (ROMÁN)

Lo característico, lo tradicional, lo folklórico de cada país va desapareciendo. Vivimos en un momento de incesante comunicación, de intercambio, de curiosidad por conocerlo todo, por saberlo todo. El progreso de la ciencia moderna y de la moderna industria favorece esta fiebre comunicativa que borra las fronteras: el telégrafo, el teléfono, la radio, en un orden, y en otro, los grandes expresos, los servicios rápidos de automóviles, los viajes en aeroplano.

La tradición de cada país es obra de siglos; se ha ido creando, elaborando lentamente. Lo peculiar y definido de una región, lo típico de la misma, aquello que imprime carácter a sus costumbres y establece una muy acusa-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Llegada de la patrona a su santuario de Cortes. (ROMÁN)

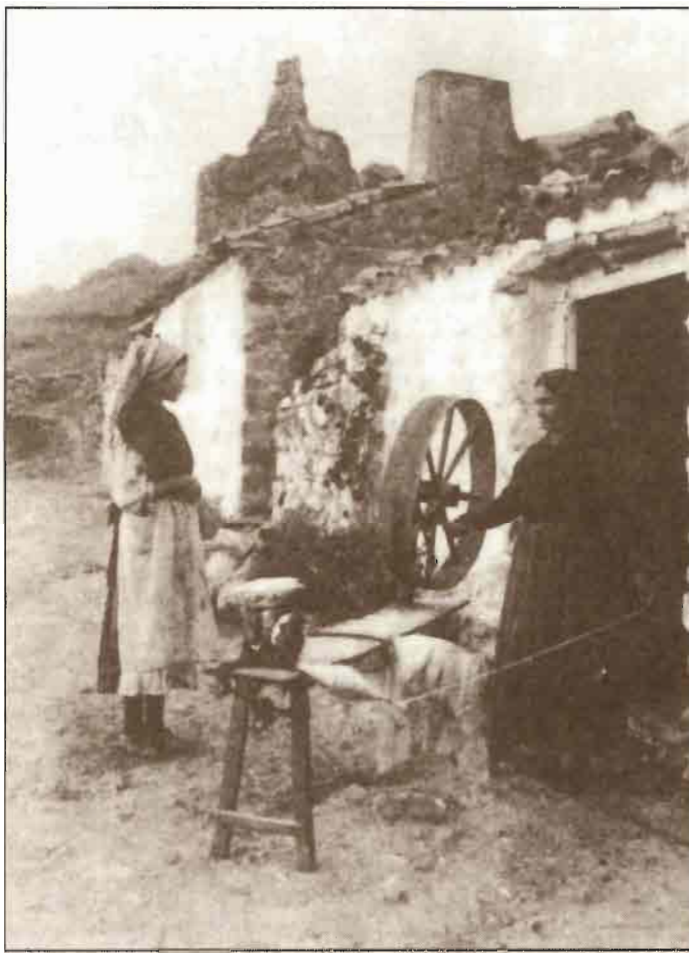
da diferencia con los otros que la limitan, no es obra personal, individual, sino creación de todo un pueblo. Generaciones y generaciones han colaborado en esa cosa única que da nombre, presta fisonomía propia, imprime personalidad destacada, definida, a un país. Dichosos los pueblos que tienen tradición. Ellos serán llamados viejos, pero tienen historia; ellos conservarán recuerdos dolorosos, descalabros terribles, fastos sangrientos, pero tienen un pasado. Un pasado para un país es una riqueza. No ser moderno, no ser joven, no es precisamente para el hombre un motivo de alegría ni una ejecutoria brillante; al contrario de lo que ocurre con esa masa humana confusa, apasionada y voluble, que es un pueblo. Su antigüedad es su belleza; su tradición, su riqueza; su longevidad, su gloria. Y toda esta riqueza se conserva, se perpetúa en el aislamiento y es destruida en el intercambio activo de las modernas comunicaciones. No desaparecen con este intercambio, por ejemplo, las obras de arte que ha creado un siglo; pero sí se van esfumando, disolviendo con los aires de fuera, determinadas costumbres que a los ojos de la historia tienen un valor enorme, porque descubren el espíritu de un país y hasta de un lugar en determinado momento. El ansia suprema de las poderosas nacionalidades novísimas es fabricarse precipitadamente una tradición, una historia. Cosa es ésta que no se logra ciertamente a fuerza de millones, ni aunque con ellos se adquieran las más bellas pinturas de los maestros antiguos.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Una tradición, un pasado es, por sí mismo ya, una riqueza; pero así como un bosque de cedros centenarios no puede ser improvisado por el soplo áureo de los millones, la Historia, obra de los siglos y que va tejida con los dolores más crueles, tampoco se improvisa ni es mercadería que pueda hallarse, de pronto, en la lonja internacional de contratación.

Albacete posee una tradición y una riqueza, pero de mayor bulto ésta que aquélla. Lo peculiar, lo típico de Albacete no es una cosa fácilmente perceptible a primera vista. A primera vista, lo que al viajero le entra de pronto por los ojos —sus navajas, los vendedores de navajas— no es ciertamente la única ni la mejor prueba de su riqueza. Albacete prospera, se ensancha, aspira a ser algo, a ser mucho. Se edifica con gusto y lujo, se crean industrias, se organizan negocios. Lo típico de Albacete es la feria, cuya importancia irradia a toda la Península. Lo típico de Albacete (fuera de la época de feria) es su calle Mayor, la animación y luminosidad de esa hermosa calle al anochecer, donde se pasea, se charla, se intriga, se murmura, se ríe, se sueña y se planean proyectos, se engendran esperanzas. Porque difícilmente hallaremos otra capital con mayor riqueza de esperanzas. Esperanzas que, en fuerza de voluntad y entusiasmo, se trocarán en realidades. Y éste es otro aspecto de esta ciudad esperanzada.

Porque lo típico, pintoresco, lo colorista, lo que tiene mucho de leyenda o de conseja hay que buscarlo en los pueblos de la provincia. Cuanto más



Hilanderas de Alcaraz. (ROMÁN)

alejados del ferrocarril, se ofrecerán con una fisonomía más personal.

Ved esta danza que se celebra todos los años por Pascuas en Chinchilla, y se recaudan limosnas a beneficio del

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Alcaraz. Antigua casa señorial. (ROMÁN)

hospital. Es un baile característico, propio de aquella ciudad. ¿Qué antigüedad tiene esta danza que parece un combate? ¿Era así la danza pírrica? Imposible dar una idea de ese juego de agilidad, de precisión en los saltos, del manejo de las varas que parecen espadas. Estos hombres han de ser precisamente jornaleros, habitantes precisamente de un determinado barrio de la población. Indispensables detalles éstos que importan mucho para sostener en toda su pureza tradicional este extraño, armónico, pintoresco y agilísimo baile.

¿Y Hellín? Lo típico de Hellín son sus mujeres. No es hipérbole. ¿Veis estas muchachas vestidas con el atavío tradicional, popular? Ciertamente, su Semana Santa es también famosa, como las rondas de mozos, que van de parranda por las calles, de noche, tocando la guitarra, y las bandadas de muchachas, como palomas, cuando recogen la rosa del azafrán y cantan —solamente con este motivo y en esta época del año— aquella seguidilla que dice:

Cómo quieres que vaya
de noche a verte,
si le temo a la zorra
más que a la muerte.

¿Y Alcaraz? Su propio aislamiento guarda sus tradiciones. Ved esa mujer que hila el copo de lana como las hilanderas de Velázquez, y esa muchacha que viene del río con su canasta de ropa. Si nos fuera posible alzar el velo de los siglos, veríamos a la tatarabuela de esta niña y de esta anciana, semejantes a ellas, vestidas como ellas y entregadas a las mismas tareas humildes de lavar en el río e hilar la lana que, pasando luego a los rústicos telares, dará ese paño burdo y fuerte que usa el campesino de aquella alcaracense sierra. Niñas como ésta son las que en la noche del 30 de Abril cantan «Los Mayos», típica fiesta nocturna de Alcaraz en la fecha indicada.

Estamos a treinta
del Abril cumplido.
Mañana entra Mayo
de flores vestido.

Se recibe con cánticos a la primavera. Y son voces de niños —centenares de niños— las que saludan, bajo la noche estrellada de fin de Abril, la apa-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Procesión del Corpus en Alcaraz. (ROMÁN)

rición de Mayo. Y otra fiesta típica, peculiarísima, es la romería de Cortes, en Septiembre. Llevan los mozos a hombros la imagen de la Virgen desde Alcaraz hasta el santuario de Cortes. En derredor del santuario se congregan millares de personas, gentes sencillas, creyentes, que proceden de todo el partido y hasta de otras provincias. Han llegado allí la tarde del día 7, y pernoctan al aire libre, bajo tiendecillas improvisadas. La mañana del día 8 hace su entrada la Virgen. En la ermita hay sermón. Afuera, entre el gentío que se recrea, discurre o comercia, suele verse algún ejemplar masculino vestido al uso tradicional, con sus medias blancas, pantalón hasta la rodilla, ancha y vistosa faja, chaleco rameado con grandes botones de plata, blanquísima camisa y montera de terciopelo negro, cónica, de grande y curvada ala redonda.

—¿Ande va el amigo? —exclama, saludando un mulero de Bienservida o un porquerizo de Villapalacios o un gitano que ha venido desde el Puente

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

de Génave.

—Otro año más, y la afición y gusto de venir a Cortes no se apaga —responde el endomingado labriego.

Suenan músicas, estallan cohetes, risas, gritos, disparos de pistola... Calienta el sol, y sobre la verde colina de Cortes se remueve y bulle el multicolor enjambre de millares y millares de romeros.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LA VENTA DE JULIANÓN

A Victoria Gotor.

I

Queda el coche en la carretera y descendemos por una sendita junto a unos chopos altísimos, de poderoso tronco surcado de arrugas. A unos veinte metros está la fuente. Agua fresquísima, abundante, brota en surtidor entre un lecho de fina arena de cristal. El agua se escurre y salta por unas pedrezuelas blancas y lisas que en esta hora de sol parecen gordos diamantes. Luego se forma el arroyo, se remansa más lejos en un depósito hondo, ovalado, donde los sucios muchachos juegan, y después, distribuida por estrechos canales, se empapa en los bancales de hortalizas. Cerca de aquí, el río —con su eterno murmurio— , el pequeño río sin nombre que se alimenta de numerosos manantiales, discurre y avanza en su camino, sometido a la fuerza que lo crea, que lo empuja, lo ensancha en las crecidas primaverales y lo reseca en el estío hasta reducirlo a un delgado arroyo inofensivo.

Todo este paisaje penetra en la retina, forma su imagen y despierta memorias antiguas. La avena, la cebada y el trigo crecen y maduran en los cuadriláteros de tierra laborable. Entre ellos se acusa en distintos lugares la solitaria higuera y algún matorral de espinos o zarzales. Y sobre esta verde planicie destacan —centinelas bondadosos— los chopos vecinos del río a la derecha, y a la izquierda, los paredones amarillos, gritados, trágicamente ruinosos, de «la venta de Julianón»: la venta, que fue, cuando el automóvil —su verdadero asesino— era una simple idea,

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

agazapada y activa, trabajando en el cerebro de su inventor. Recuerdo bien su amplísima cocina, sus criados, su trajín, la potente fogata bajo la gran chimenea.

Todos los días la diligencia portadora del correo hacía el viaje hasta la capital, y en casa de Julianón paraba media hora para desenganchar los sudorosos caballos. El cambio de tiro se aprovechaba para comer apresuradamente un soberbio trozo de jamón con huevos fritos o un arroz con pollo, guisado limpia y apresuradamente por una de aquellas maritornes ágiles y amables, tan diferentes de la heroína clásica.

Nunca faltaban los arrieros mercaderes de aceite que iban o venían de Andalucía, ni los vinateros de la Mancha, los tratantes de ganado y acaso unos húngaros barbudos y andrajosos que en un apartado rincón de los corrales se acomodaban bajo una tienda de lona, con la compañía dócil del oso anciano, la mona comida de pulgas y los inteligentes perros guardianes...

A veces hacía también alto en la venta una pareja de guardias que iba de servicio y se detenía para calentarse a la lumbre. Su aparición creaba entre los presentes un soplo de temeroso recelo en unos, y en los más, una sensación de alivio, de confiada seguridad.

Como novedades salientes, acaso únicas en este paisaje que contemplamos, se acusa hoy (en contraste con los caminos espantables de antaño, con sus profundos hoyos, su barrizal o su asfixiante polvo) la carretera sin baches, de piso limpio y liso, y a la izquierda, en este mismo sitio que en otro tiempo era obligada parada de coches para el relevo, las ruinas de la venta mentada, que fue una de las más conocidas, frecuentadas y celebradas ventas clásicas. Las paredes altas, amarillas de sol, resisten al vendaval, aguantan las tenaces lluvias y sueñan en las prolongadas noches de invierno. En estío hacen allí su nido las cigüeñas, y se va enrojeciendo la piedra al fuego tenaz del sol en su calentura de agosto.

Detrás de esas paredes estaba la espaciosa cocina, habitación principal donde los viajeros descansaban, calentábanse a la lumbre o hacían su comida. Al fondo se abría el paso a los inmensos corrales y las cuadras, y en el piso segundo, siete anchos dormitorios ofrecían descanso a los transeúntes a quienes la noche sorprendía en el camino. Un trajín de mozos, de criadas, de perros, caballos, arrieros, peatones y gitanos animaba la venta, y sus gritos, risas, cantos, llamadas, reniegos y cóleras alzaban una ola de escándalo y de vida donde ahora se fatiga el silencio en la ingrata compañía del huidizo reptil. Y en esta venta, una noche de diciembre sucedió...

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

"A unos veinte metros está la fuente..."

II

Día de viento y nieve. Desde la madrugada caían espesos los copos. Primero se fueron cegando las veredas, las senditas que señalaban la ruta del monte entre las carrascas gigantes; después se fue igualando la superficie, que parecía una llanura de armiño, un bello campo de azúcar, una planicie esponjosa que invitaba a reposar como sobre blanca y suave pluma. Era así la ilusión mirando desde las ventanas encristaladas de la venta, en el recinto caliente cuyo hogar devoraba troncos resecos y gavillas de sarmientos elásticos. Pero a veces daba el viento de cara, vibraban los cristales de las ventanas y pasaba colérico sobre la techumbre, con su aullido amenazador, que se perdía en la distancia. La carretera estaba cubierta e igualada con los terraplenes laterales. No atrevíanse los más conocedores del camino, ni siquiera los mozos de la venta, a salir a caballo en busca de provisiones al poblado próximo. Cansados de manejar la pala para dejar libre la entrada, en pocos minutos volvía la nieve a cubrirlo e igualarlo todo. En los intervalos de silencio, cuando parecía contenido y suspenso el aliento del huracán, se oían voces lejanas, gritos terribles por su dramatismo desesperado, y veíanse en la dilatada extensión de purísima blancura manchas negras de caminantes que se hundían en la nieve,

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

de perros que buceaban desesperados y cabalgaduras caídas cuyos violentos esfuerzos se agotaban en nuevos tropiezos y golpes contra los ocultos obstáculos.

Desde la mañana habíase ido colmando de viajeros la posada, sin contar los numerosos gitanos, maleantes y pordioseros que se acogían al cobijo de sus porches y de sus cuadras. La diligencia de Balazote, el correo de Alcaraz y algunos peatones portadores de las valijas para aldeas circundantes alcanzaron casi milagrosamente el refugio de Julianón, luego de numerosas caídas y accidentes cuyo relato ahora tenía relieves cómicos al contarlo en el seguro de la posada. La noche cubría de mayor tristeza el paisaje y parecía hacer el silencio más fino y sutil. Y acaso por contagio, tal vez por el terror mismo, este silencio exterior se comunicaba e influía sobre el rebosante gentío, apagando la jarana del día, las conversaciones y gritos. La noche, como una viajera peligrosa y temida, propagaba el miedo, sellaba las bocas y dilataba las pupilas.

III

Los supervivientes que todavía recuerdan aquella noche son ya muy pocos. Sólo conozco a dos, ahora setentones, que pernoctaron allí detenidos por el temporal. Éstos recuerdan, sobre otros detalles, el frío, el espantoso frío que helaba el agua en las tinajas, que endureció la nieve afuera, permitiendo transitar sin peligro por la blanca superficie esteparia.

Hasta las once, despedía su aliento de humo negro la gran chimenea; pero después, entregados al reposo los criados, mozos de las cuadras, viajeros y el propio Julianón, sólo quedó en pie un rato la Juanona, la posadera: voluminoso y pesado ejemplar que se cubría de amarillos refajos y un oscuro mantón atado por sus puntas a la espalda. Dejó la Juanona extinguirse los últimos tizones, apagó los candiles y se acostó. Antes giró una breve visita a los cuartos de las mozas, a las cuadras (donde se cobijaban numerosos pordioseros y gitanos), al cuarto de las provisiones y la salida a la carretera, cuyas puertas se aseguraban con un cerrojo. En el fregadero estaban las sartenes, platos, cacerolas y calderos sin limpiar, a causa de haberse helado el agua. La Juanona había servido a la acogida pobretería una abundante sopa de ajo y torreznos con pan blanco.

> ***Donde ahora se fatiga el silencio en la ingrata compañía del huidizo reptil.***

Dormía la venta bajo la noche he-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

"Nunca faltan los arrieros mercaderes del aceite".

lada, en transitorio reposo del viento, pero amenazante de nubes oscuras. Gemían los chopos junto al río lastimero, y las horas lentas y asesinas marcaban sus pasos en el reloj redondo, grande y sonoro de la inmensa cocina. Después, a cierta hora, a esa «cierta hora» que no se precisa jamás, hubo furioso ladrido de perros en el corral; pero esto era ya función de todas las noches, y los mozos no prestaban atención, tal que oyesen el mugido de una vaca, algún solitario rebuzno o el matinal canto del gallo. La furia de los perros mezcló su algarabía a un exterior y amenazante coro de aullidos, con lo cual despertó Julianón, dando voces a los criados.

Fueron sus últimas voces y su último despertar éste que sobresaltó a los acogidos durmientes. Pero acabó de espabilar a todos un repentino y clamoroso toque de rebato procedente del campanario de Ventiella, según se supo luego. Ventiella dista tres kilómetros de la venta, pero también se le aproximan las aldeas de Losnos y de Picaza. El arrebatado repique sumó su zozobra a la cólera canina, y ésta se juntaba a las voces de Julianón, su mujer y los viajeros que se removían. Un bailoteo de sombras al encender los candiles au-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

mentaba el repentino terror, derivado luego hacia el pánico a causa de unos disparos de escopeta. Se hablaba de doscientos tiros, de trescientos, de mil, según el susto del narrador. Acaso sólo fueran veinte o treinta, pero hubo varios muertos y no pocos heridos. De aquéllos, Julianón y la Juanona; de los últimos, el mayoral del correo de Alcaraz y un conocido ganadero que iba a Albacete. El repique de campanas se prolongó durante media hora, pero en la venta hízose el silencio en seguida. La luz del alba descubrió a los huidos, a los enfermos del susto y a los muertos. Estaban abiertas todas las salidas delanteras y traseras de la posada, espantadas y libres las caballerías, sueltos los gallinazos, forzadas las valijas del correo, atados algunos mozos, acurrucado y medroso este o aquel mendigo cojitranco... Permanecían algunos viajeros escondidos en los rincones, detrás de los muebles, bajo las camas y hasta hubo quien se encaramaba a las vigas del techo, acurrucado y temblón, sin determinarse a descender.

> ***Casi todos los crímenes célebres de que hay memoria han dejado recuerdo de voces angustiadas clamando auxilio, gemidos, golpes, disparos...***

¡Cuánto se habló de este suceso entonces! Los ladrones se llevaron dinero y caballerías. A pesar de la dureza del hielo, se vio alguna huella de pasos en los caminos. Pero mientras se dio aviso a las autoridades y éstas comparecieron, pusiéronse a salvo los culpables.

¿Quiénes eran éstos? ¿Quién disparó sobre Julianón y su mujer? ¿Quiénes hicieron el robo de la valija, el de los baúles de la Juanona y el equipaje del rico ganadero? Y, sobre todo, ¿qué relación había entre el coro de aullidos y el toque de rebato? Porque esto fue lo que originó la confusión, por suponer relacionadas ambas alarmas. Parece que se oyeron voces lejanas y terribles gritos. Casi todos los crímenes célebres de que hay memoria han dejado recuerdo de voces angustiadas clamando auxilio, gemidos, golpes, disparos... A veces, un grito, un solo grito que lanza entre tinieblas su alarido como horrísono dardo, una voz potente y aterrada deja en el viento una vibración dramática, y en la memoria del vulgo persiste y persiste en el terco relato a través de años y años, repetido por generaciones y generaciones.

IV

De la venta, puede decirse que acabó su vida esa noche. Con la prisión de

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

los mozos y el entierro de los amos, nadie quedaba allí que se hiciera cargo del negocio. Acaso en circunstancias menos dramáticas y de escándalo no faltaran aspirantes; pero en esta ocasión el terror lo dominaba todo. Y ayudaba al espanto la inutilidad de las pesquisas, la falta de una pista, las prisiones de sospechosos; que raro era el día que la Guardia Civil no se llevaba atado a uno u otro de los vecinos de las aldeas inmediatas. Aumentaba también el miedo la continuidad del temporal, la cerrazón de los cortos días y el furor de las crudas y revueltas noches, que se poblaban de fantasmas. El viento fingía ayes lastimeros, quejidos de moribundos y lamentos de invisibles almas penantes.

Pasó un mes, pasaron dos meses. Cuerdas de presos transitaban por la carretera, traídos y llevados desde la cárcel a la venta y de la venta a la cárcel. De tiempo en tiempo se soltaba a unos y se prendía a otros. Circulaban rumores diversos. Culpábase a los gitanos, culpábase a los criados y culpábase a los hambrientos lobos. Probablemente el crimen fue obra conjunta y casual de unos y otros. Desde luego, hubo lucha con los mastines de la venta, y en derredor de ésta quedaron cadáveres caninos. Porque el alarmante repique del campanario de Ventiella fue para despertar a los vecinos por el imprevisto y súbito ataque de un centenar de lobos.

V

Con la aparición de la primavera se fue desvaneciendo el terror. Los detenidos como sospechosos recobraban su libertad por falta de pruebas. El retorno de las golondrinas y la hoja nueva de los árboles espantó los postreros fantasmas. Y la venta tuvo ahora otros amos, gentes diligentes y resueltas que recordaban la antigua prosperidad. La venta se blanqueó y se limpió. Hiciéronse reparaciones en las cuadras, en los dormitorios, en la cocina. Manos audaces habían robado puertas, muebles, cerrojos, maderos, cebada, ropas, a pesar de la vigilancia de las autoridades judiciales. Pero los nuevos administradores proponíanse reconquistar para la venta su antiguo crédito y se apresuraron a reparar los destrozos y poner rostro de fiesta al parador de Julianón. Algo lograron, porque el tiempo borra los recuerdos y el sol de estío infunde ánimos en las gentes medrosas. La costumbre, la rutina, la necesidad sobre todo, atrajo de nuevo a los carreteros, diligencias y caminantes. El sitio tenía un valor decisivo, porque era punto obligado para los relevos de caballos. Pero el pasado esplendor no había de volver. Por entonces apareció en las carreteras un raro carricoche, personaje metálico con pul-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

mones de acero y ruedas de caucho. Se alimentaba de petróleo y andaba solo. Este artefacto, y no los matadores de Julianón, fue el verdadero asesino de la venta y de todas las que se alzaban al borde de los caminos cada cuatro o cinco leguas. Los viajeros no se detenían ahora para renovar los arrastres ni hacer noche en estas posadas de la ruta. El coche inteligente y veloz pasaba raudo, con susto de labriegos y ladrido de perros. Y poco a poco fue muriendo la venta, abandonada a la rapiña de unos, refugio de húngaros y de la andante gitanería.

Cada año disminuía el tráfico y eran más escasos los huéspedes. Los dormitorios permanecían con sus lechos intactos meses y meses. Eran altos lechos con sus cuatro colchones y sus sábanas y colchas blanquísimas, como altares nupciales. En el hogar de la cocina no chirriaba el aceite, ni en las mesas humeaban las frituras, ni animaba la venta el griterío alegre de los viajeros. Poco a poco el silencio se fue señoreando del vasto edificio. Las cuadras parecían desmesuradas para el cobijo del borriquillo y una mula vieja, y los corrales eran cuadriláteros desiertos, donde picoteaban los pájaros y los lagartos asomábanse a las grietas de las dormidas paredes.

A medida que oscurecía se iba ensanchando el silencio, avanzando hacia la venta, cercándola en oleadas como una pleamar de terror mudo. Los posaderos estaban tristes, envejecían de prisa y veían en derredor una sombra mortal.

En cambio, la carretera se animaba de ruido, de esa bronca trompetería que anuncia el paso enloquecido y furioso del nuevo señor de los caminos, del artefacto de ruedas de caucho, verdadero asesino de ésta y de todas las ventas clásicas.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LA PEPONA. EL CUENTO DE LOS DUENDES

I

¿Os acordáis de la Pepona, aquella mujer enormemente gruesa que se ganaba la vida ayudando a los servicios domésticos en las casas acomodadas los días extraordinarios, tales como una boda, un bautizo, un cumpleaños?

¡Qué buen humor el suyo! ¡Cómo reía siempre, y qué emanación optimista desprendíase de aquella mujerona sanota, ya madura, bondadosa, solícita, ágil y agradable! Recuerdo que era viuda y que tenía una casita pequeña, muy blanca y muy limpia. Alguna vez —un domingo— que por acaso entré en la vivienda de la Pepona, gusté de sus golosinas, que nunca faltábanle para obsequiar a los niños.

II

El día que la Pepona prestaba sus servicios en mi casa, en la de Juan o en la de Miguel Ángel, nos apresurábamos a comunicárnoslo.

—La Pepona está hoy en mi casa.

—¿Sí?

—¿Vais a venir?

—Naturalmente.

—Después de cenar. No faltéis.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Al llegar la hora, mientras ella y las criadas fregaban los platos, rondaba yo por la cocina junto a las faldas de la bondadosa y opulenta mujer.

—¿Ya rondas? —decía mi madre. Mira, Pepona, creo que los vas a volver locos.

—¿Yo qué culpa tengo, señorita? replicaba ella riendo.

—Los volverás locos con tus cuentos. Luego el chico sueña y se despierta asustado. ¿Lo oyes? —exclamaba la

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

mujer, mirándome con blanda severidad—. Se acabaron los cuentos.

—No hay más cuentos.

—¡Sí, sí! Mamá, dile que sí.

—Que os cuente cosas alegres, y no esas narraciones de duendes y brujas.

—Pero, señorita, si son precisamente esas cosas de brujas lo que a los chicos emboba. ¿A que han venido ya tus amiguitos?

—Están en el comedor. Te aguardamos, Pepona.

—Pídele permiso a tu mamá.

—Ya se lo he pedido. ¡Anda no tardes!

III

—Pues esto era una casa muy grande, que no vivía nadie en ella, porque de noche se veían fantasmas, duendes, brujas, y oíanse gritos lastimeros, como de almas en pena —empezaba a contar la Pepona.

Estaba sentada junto al fuego, y la rodeábamos los tres amigos. Después se nos iban incorporando las criadas.

Recuerdo aquel gesto grave de la Pepona, cuando comenzaba su relato, y la recogida quietud de todos, oyéndola sin parpadear.

—Pues una noche, como hubiese llegado al pueblo un forastero y no hallase hospedaje en la fonda ni en la posada, le dijeron: «¿Quiere usted dormir en la casa de los duendes?»

—Y él, ¿qué contestó? —preguntamos, a una, repentinamente, cortando el hilo de su narración.

—¿Quiere usted dormir en la casa de los duendes? —le dijeron. Y el hombre, que tenía aire de ser un guerrero y no quería que le tuviesen por cobarde, dijo: «Sí; ¿dónde está la casa?»

—Aquélla es.

—Pues allá voy.

—¿Y qué pasó? —interrumpimos, aguijoneados por nuestra impaciencia.

—Pero —dijo la Pepona— sucedió que el hombre llegóse hasta la casa de los duendes, y entró fácilmente en ella, porque no había cerraduras, ni llaves, ni candados... Las puertas, siempre abiertas para que se albergase quien quisiera en la casa de los duendes. Las puertas, las ventanas, los balcones...

—¿Y qué mas?

—Pues, como digo, el hombre entró, y no cabe dudarlo, porque le vieron muchos..., pero no se le vio salir.

—¿En todo el día siguiente?

—Ni en el otro, ni en el otro, ni nunca. Pero otro día, pasada más de una semana, llegaron al pueblo unos titiriteros. Venían andrajosos, sucios, y traían con ellos un enfermo de gravedad, que era uno de los payasos... A causa de este enfermo, no les fue posible encontrar albergue, y, entonces, lo mismo que el caballero desaparecido, hubieron de refugiarse en el caserón abandonado.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

—¿Sin saber nada de...?

—Se reían ellos de todos los peligros, igual que el caballero. Se reían, y allá se albergó toda la numerosa tropa de payasos, gimnastas, bailarines y equilibristas..., todos.

—¿Y...?

—Que a la mañana siguiente no se les vio ni se halló el menor rastro de ellos.

—¡...!

—Pero otra vez, al mes de haber

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

desaparecido los titiriteros, llegaron al pueblo unos gitanos. Se decía que aquellos gitanos eran los autores del crimen de Pozoblanco; pero como la guardia civil los dejaba en paz, ellos dormían al raso, junto a los paredones que rodean el pueblo como murallas. Y la gente decía: «¿Son los asesinos?; ¿no son los asesinos?» Y había en todo el lugar un runrún por si eran los asesinos, y, sobre todo, porque a los gitanos nadie les tenía buena voluntad. Y en el pueblo pensaron un día que, para deshacerse de aquella gente, lo mejor era prohibirles acampar en las afueras y obligarles a pernoctar en la casa misteriosa.

—¿Y fueron?

—¡Ya lo creo! Y muy contentos, en cuanto se lo ofrecieron.

—¿Y qué pasó?

—Nada. No pasó nada.

—¿No los devoraron los duendes?

—No; porque, según dicen —y es verdad—, los gitanos son la peor tropa que existe, peor que las brujas y que los fantasmas y toda clase de apariciones nocturnas. Y digo que es verdad, porque aquella noche, a las dos horas de haber entrado la gitanería en la casa grande, mientras los curiosos rodeaban por fuera y a distancia el caserón para ver qué sucedía, vieron cómo, de pronto, cabalgando sobre escobas y sobre palos, salían por la chimenea hasta unas veinte visiones espantables, que huyeron velozmente por el espacio. Con lo cual el pueblo sufrió un perjuicio enorme, porque desde entonces los duendes se han repartido por todas las viviendas, que no hay ni una que carezca de ellos.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

A ORILLAS DEL MUNDO. EL MUCHACHO DE LIÉTOR

Figuraos un niño que parece un enanito, con su rostro serio y reflexivo, su quietud de chico preocupado, que mira a la vida con pensativos ojos, que tiene la seriedad de los mayores y parece, en fin, como que se ha detenido en su desarrollo, porque le suponemos en los once o doce años y sólo tiene siete.

Sentado al sol en una de las grandes piedras que forman en semicírculo la escalinata de la iglesia, teje el esparto con sus dedos pequeños y ennegrecidos, dedos de chico que sólo se lavará en verano, cuando vaya con otros pilletes a zambullirse en el río. Mientras él con las hebras duras del esparto va formando una lía larga, de muchos metros, cerca de él otros muchachos, sus iguales y aún mayores, juegan al sol, corren y asaltan, bulliciosos y malévolos, el automóvil que nos ha llevado a Liétor. En derredor de la plaza, en este luminoso domingo de otoño, los hombres se solazan, cambian algún monosílabo y se amodorran apoyados en las esquinas o en los carros que ahora descansan bajo el sol, estos carros en donde llevan a la ciudad la fruta o acarrean toda la obra de esterería que esta gente laboriosa va trenzando y tejiendo.

Liétor es un bello pueblecito que ha nacido a orillas del río Mundo y trepa sobre una roca alta; la aprieta con las cintas paralelas y oblicuas de sus callejas pinas y está todo él rodeado de árboles y de los bancales verdes que forman su huerta. Desde lo alto de la carretera, que se disloca en contorsiones curvadas y peligrosas, adviértese de pronto el pueblo como asomado al río y rodeado de las verdiamarillentas moreras, las higueras cenizosas, los manzanos. La línea de el Mundo, visible

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

desde aquí sólo en algunas zonas de su ruta, parece una faja de prismáticos cristales que relumbran al sol.

Hemos entrado en la plaza y dejamos allí el coche para visitar la iglesia. La plaza, regularmente ancha, y un poco inclinada, se forma por el ensanche de la carretera, que precisamente allí acaba, viniendo a ser por esto como el vestíbulo, la entrada y el zaguán de Liétor.

¡Como se asemejan entre sí todas estas plazas de la España rural! Ellas vienen a ser el ágora o foro, sitio de reunión, el más amplio e importante. En los momentos emocionales de la vida de los pueblos, la plaza recoge el latido colectivo, percibe la ondulación, el ritmo de la masa de los ciudadanos, lo mismo si se exalta y desborda de alegría que cuando, por desgracias o catástrofes locales, se encoge y oprime de estupor, de susto, de abatimiento.

—¿Qué les trae a ustedes por aquí? —pregunta, de entre el numeroso grupo de curiosos que nos mira, el más audaz.

—¿Qué les trae a este nido de águilas?

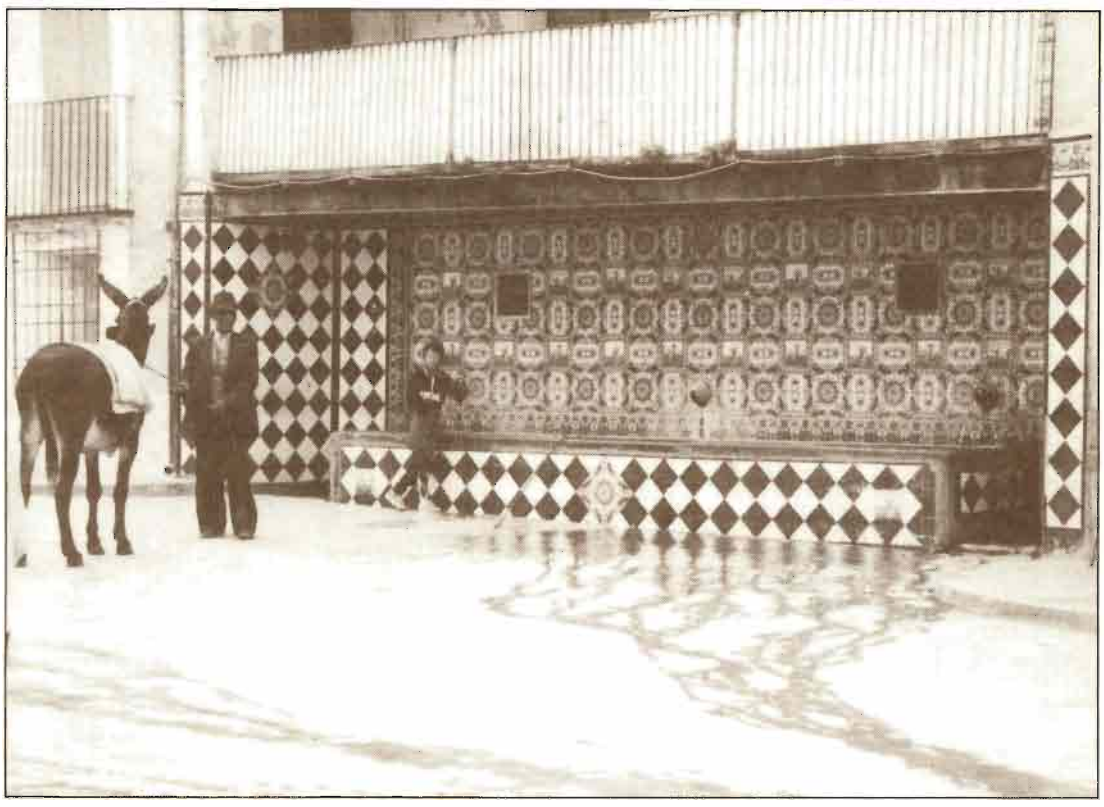
—Nada —respondemos. —El gusto de ver Liétor, de correr con el coche por esos campos en un día de sol como éste.

El aldeano preguntón recoge nuestras palabras con una sonrisa de incredulidad. El hecho de viajar sin una finalidad concreta, definida y práctica, no lo comprenden muchas gentes. Por esto mismo, la curiosidad es mayor y se nos observa y siguen nuestros pasos algunos ociosos. Las mujeres, recogidas en sus casas —que tienen unos balcones estrechos y unas ventanitas ahogadas para que la luz no entre con escándalo—, avizoran desde dentro y curiosean con sorpresa. Mirándolas de pronto, podemos recoger el tímido chispazo de unos ojos brillantes, medrosos y azorados.

¿Cuál es la vida de estos hombres que visten hoy su blusa nueva, su pantalón de pana y han trocado las ásperas abarcas de cuero, por unas blancas alpargatas? ¿Qué afanes, que angustias, qué deseos o qué alegrías ponen en vibración las almas de estos mozos endomingados, que hacen corro en torno de uno de los carros destartalados, que luego arrastran lentamente por las carreteras interminables los pacientes borricos? Estos animales filósofos merodean ahora pacíficos por la plaza, y de vez en cuando hunden el belfo blando en el pilón lleno de agua.

Comemos en Liétor. Damos una vuelta por el pueblo, nos saturamos de luz y de color, vemos el río Mundo, visitamos la iglesia. ¿Hay algo notable en ella? Y ¿qué importa? Tal vez hallamos un altar de extraordinario mérito, una Dolorosa de Salzillo, una pintura, un retablo... ¿Qué importa? Las iglesias de los pueblecitos españoles son siempre interesantes. Son pequeños museos, insospechados museos, que

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Plaza de Liétor. (VICO)

guardan meritísimas reliquias de todo un largo y glorioso pasado de arte. Rodando por los caminos se ve alzarse aquí y allá una ermita, un santuario, un tosco templo de piedra ennegrecida por los siglos. No desdeñéis su aparente pobreza. Tras de sus muros, si examináis con ávidos ojos curiosos, algo hallaréis que merezca vuestra atención. Precisamente, mirando así, con esta intención pesquisitiva, descubridora, un conocido informador gráfico, un batallador periodista y un escultor de renombre hallaron, hará cosa de un año, en la iglesia parroquial de El Bonillo, un Greco que estaba cubierto de polvo e ignorado de todos.

Son las dos de la tarde. El chico tejedor de lía sigue, lento y obstinado, su trabajo. Ahora lo han dejado completamente solo, y me acerco familiarmente a él.

—¿Qué edad tienes? —le pregunto.

—Siete años —me responde.

—¿Siete nada más?

—Nada más, señorito.

En efecto; puesto de pie para desvanecer mi incredulidad, es tan pequeño

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

que no tendrá más de los años que dice.

—¿Y qué te dan por tu trabajo?

—Una perra por cada vara —dice, volviéndose a sentar.

—¿Nada más?

—Nada más... y gracias.

Le doy unas monedas.

—Toma, ya tienes pagado el trabajo de algunas varas. Ahora, a jugar con los otros.

—¡Oh no, señor! —responde. —Me gusta más estar aquí, y hacer lía.

—Pero, ¿de veras te gusta más? —insisto. ¿No quieres jugar?

El muchacho me mira con ojos inteligentes, obstinados, y añade en voz baja:

—Jugar sí me gusta; pero aún no es tiempo, me ha dicho mi madre. Cuando sea mayor y gane mucho, entonces...

Yo creo que este chico, cuya voluntad de trabajo es manifiesta y cuyo entendimiento brilla en los ojos relucientes, merece ejercitarse en tarea de más porvenir que la de pasarse las horas del domingo tejiendo el esparto con sus deditos frágiles.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

LA MULA PERDIDA*

PRIMERA PARTE

EL ROBO DE QUINTINO

CAPÍTULO I

NEMESIO «EL SANTICO». LA VENTA DE TIBURCIO. LOS ARRIEROS MURCIANOS

Allá por el año 1836, una tarde de mayo, a la hora que el sol traspasa las cumbres del lejano monte de «Las Jaras», célebre en los anales de la manchega comarca que comprende los poblados de Tormillo, Losnos, Amaranto y Realengo, se acercó a la conocidísima venta de Tiburcio un hombre como de treinta y cinco años, muy moreno y de regular estatura, mirada de fuego, movimientos enérgicos y todo en él acusando al hombre de acción. Se apeó de la mula que montaba, y en la puerta de la misma venta, alzando la voz, dijo:

—¡Tiburcio! ¡Eh! ¿No hay «naide» por aquí? ¡Mozo! —Y mientras daba las voces estábase atando la mula a una reja del parador.

No había concluido de asegurar el ronzal, cuando apareció, todo despechugado y arremangado, el amo de la venta, Tiburcio, que dijo mirando recelosamente en torno y con fingida naturalidad y franqueza:

—¡Hola, Nemesio! ¿Tú por aquí? ¿«Ande» vas?

—Voy «pa» abajo. En derecho a Andalucía. ¿Tienes un rincón «pa» mis huesos?

—¡«Pa» ti tengo la venta, hombre! Pasa.

Al pasar Nemesio, el ventero le dió efusivamente la mano, y casi al oído, con disimulo, le dijo:

—Puedes hablar. No hay gente de «cuidao». Los otros no han «venío», pero ya vendrán.

—¿Estorba alguien? —preguntó en

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

el propio tono el recién llegado.

—No más que el mozo nuevo, que no es de confianza. Ya hablaremos.

Pasaron hacia dentro atravesando el patio, y luego, ya en la cocina, que era el salón principal de la venta, con su ancha chimenea de campana en el centro, poyos de piedra junto a las paredes, una mesita, la correspondiente alacena y, allá en el techo, unas tiras de chorizos curados al humo, Tiburcio acercóse al portalón del corral y dijo, gritando:

—¡Bastián!

—¡Voy! —contestó desde las cuadras el aludido, y salió a los pocos minutos—. ¿Manda el amo?

—Sí; allá afuera está la mula del señor. Llévatela a la cuadra y ponle medio de «cebá» y la paja que sea menester.

Partió el mozo a cumplir lo que se le ordenaba, y Nemesio dijo al ventero:

—¿Es éste el nuevo?

—Sí. Lo tengo hace una semana. No es de los nuestros.

—Entonces nos va a estorbar.

—No. Porque esta misma noche lo mando al Puente de Génave, y de allí no vuelve hasta pasado mañana por la tarde.

—¿No hay «naide» más?

—Unos arrieros que están aparejando para salir ahora.

—¿Qué camino llevan?

—Tomarán la carretera de Murcia. Van hacia tierras de Yecla. Son buena gente.

—Y los otros, los «comprometíos», ¿vendrán?

—Claro que sí; pero es temprano. Los mozos nuestros los tengo arriba. Ahora te sientas aquí, que voy a cobrar la cuenta a los arrieros. Luego mandaré que no descuiden la cena, y al avío. ¿Estás «animao»?

—¿Yo? ¡Que si estoy! Y dispuesto a saltarle la sesera al que se vuelva «pa» atrás —dijo Nemesio, con fiero gesto de amenaza.

—¡Vamos, tú! —replicó Tiburcio con una risotada, poniéndole familiarmente la mano en el hombro—. Mal vino traes. No olvides que antes del golpe tenemos que hablar «tos» muy serenos «pa» entendernos mejor. Voy allá dentro.

Quedóse solo Nemesio haciendo un cigarro, y al poco rato apareció Bastián con un candil encendido, que dejó colgado de un gancho que pendía del techo. Nemesio, viendo al mozo, le dijo:

—¿Has «aviao» la mula?

—Sí, señor. «Cebá» la he puesto más de medio.

—¿Eres solo en la venta?

—No, señor; que «semos» lo menos ocho —dijo el criado, ignorante del oscuro negocio en que todos (menos él) se hallaban comprometidos—. Pero da el casual —añadió con rústica ingenuidad— que ahora estoy solo, porque los

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

otros andan por ahí: unos, en los pajares; otros han ido a Tormillo... Y alguno tendrá que «golver» pronto; que el amo me ha dicho que tengo «de dir» al Puente Génave esta «mesma» noche.

En esto salieron unos arrieros hasta el número de cuatro, y en viendo a Nemesio dieron las buenas noches. Sentáronse bajo la chimenea, y uno de ellos gritó:

—¡Mozo!

—¡Aquí «mesmo» estoy, hombre! —dijo el interesado.

—¡Ah! No «t'había» visto. «Traite» media azumbre de tinto, que remojemos el gaznate antes de tomar la carretera.

—¡Vaya un «diíca» de calor! —exclamó uno de los arrieros.

—Así están de «crecías» las siembras, que parece que el agosto se adelanta hogaño —añadió otro.

—¡Buen año tenemos, buen año! Yo pienso mercar una «partía» de candeal. La alfalfa no irá muy cara tampoco, y «pa» los muletos, no hay cosa más rica.

—Ya veremos lo que pasa —dijo un tercero mirando a Nemesio como si le invitase a intervenir en la conversación—. Ya veremos lo que pasa, porque la guerra no lleva camino de «arrematarse», y a lo mejor, cuando están las «cebás» y los trigos hechos, que arden como yesca, viene la «partía» de «Frasquito» o la del cura «Bolao» u otra y le prende fuego a «to».

—¡Qué guerra maldita! Ni se sabe lo que va a durar esto.

—Por ahora no se cuenta «na» de que nos ronde «denguno». ¿Se dice algo, amigo? —preguntó uno a Nemesio.

—En Tormillo oí decir ayer que la partida del «Frasquito» estaba detrás de «Los Cortijares», al «lao» del monte del Ronzal.

Al oír esto, los cuatro arrieros quedáronse en suspenso y rodearon a Nemesio con interés.

—Sí —añadió éste—. Decían que tuvo una miaja de refriega con las tropas del coronel Hernández Salas, y salieron de «naja». Estarán ahí hasta que les traigan refuerzos. Con estas cosas no se puede ir seguro a parte ninguna. ¿Hacia dónde van los amigos?

—Hacia tierra de Murcia. «Los Cortijares» quedan a la izquierda, si no me equivoco...

—Ustedes no pueden tener «cuidao» por el camino que llevan —dijo Nemesio—, y menos si van de noche. «Frasquito», si es verdad que está, no sale del campo de «Los Cortijares» en una semana.

—Ya es pena que se maten así unos hombres con otros.

—Y «yo digo que lo que yo digo» es que no soy ni de éstos ni de aquéllos, pero que no me parece bien que se maten españoles con españoles. ¿No es cierto? Porque si fuera contra el

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

francés o contra el inglés, que se hubiera «metío» en casa, santo y «güeno»; ¡pero la guerra civil...!

—Y que no puede ir uno seguro por los caminos...

—¡Alabado sea Dios! ¿Y qué remedio le queda al «probe», que seguir trajinando en lo que sale? Si me coge «Frasquito», ya sé que a lo mejor se le pone en la cabeza «afusilarme» y me «afusila». ¡Alabado sea Dios! Pero si me arrincono en mi casa y no tengo qué comer, me «afusila» el hambre. ¿No es esto, muchachos?

Todos afirmaron con un movimiento de cabeza y quedaron un rato silenciosos. Había oscurecido por completo, y uno de los arrieros dijo:

—Qué, ¿emprendemos la marcha o qué?

—Sí; vamos andando.

—¿Dice usted, amigo, que detrás de «Los Cortijares»?

—Sí, por la izquierda. Ustedes llevan camino contrario.

—Sea lo que Dios quiera.

—Buena noche hace. Va a refrescar un poco.

—El día ha sido como de julio.

—De noche se anda mejor por las carreteras. Hasta las bestias agradecen que no se las haga caminar con sol.

—Qué, ¿ya en marcha? —dijo Tiburcio, saliendo.

—Ya. Mañana, antes de las diez, en la «Venta de los Gitanos», a este «lao» de Villarrobledo.

—Pues a ver cuándo nos vemos por aquí otra vez...

—Allá, allá, antes de la uva.

***

Partieron los arrieros, y Tiburcio dijo a media voz a Nemesio:

—Ahora métete en ese cuarto, no sea el demonio que venga gente...

Luego llamó a Bastián, diciéndole:

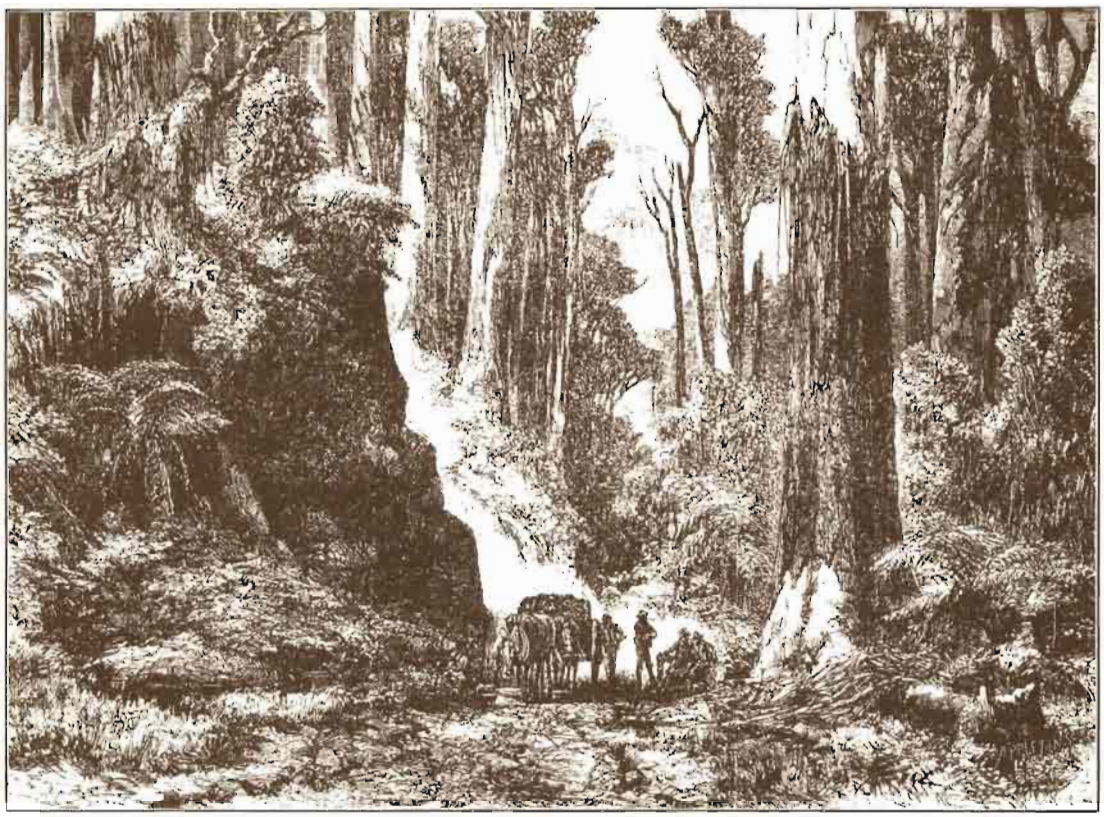
—¿Has «cenao»? Toma unos chorizos y apareja presto la yegua. Ahora, con la fresca, el camino se hace bien. Das la carta y te traes lo que sea. Si dice que no tiene cuartos, que te dé azafrán, que también es dinero. ¡Anda!

CAPÍTULO II

«LA SAYONA». LA CANASTA DE BOINAS ROJAS. DOROTEO «EL PANCHO». AGUSTÍN «TERRÓN». RUFO «EL LAGARTO». «EL PITAZO». LA PARTIDA DE «FRASQUITO».

Nemesio «el Santico» entró en el cuarto que le señalara Tiburcio y se dejó caer en un catre de madera comido de chinches. Venía de Tormillo, donde tenía su residencia y su poca hacienda, consistente en unos pobres terrenos de secano que apenas le daban para mal comer. Era hombre ambicioso y temerario, soltero, muy conocido en todas las ferias de la manchega comarca, poco amigo del trabajo, algo jugador, bas-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



"Trasiego de carreteros por sierras y llanuras..."

tante mujeriego, hombre de «cuidao», según se murmuraba.

Años atrás estuvo en la cárcel unos meses, por suponérsele complicado en cierto robo; y aunque salió a la calle, libre, por falta de pruebas, la opinión popular no dejaba de acusarle en secreto, y le temía y era tratado con recelosa desconfianza por unos y con mucho respeto por todos, y todos creíanlo capaz de dar un disgusto al primero que «le plantase cara».

Aquella mañana, cuando salió de Tormillo, unos vecinos le preguntaron:

—¿«Ande» se va, Nemesio?

—Voy «pa» la Andalucía.

—¿Qué viaje llevas?

—Un asuntillo de aceites. A ver si me arreglo. Aquí está esto muerto. Cosa de dos días. Como no hace uno «na»...

—Te va a dar mucho el sol. Hace un día de verano.

—Sí; pica bastante, pero está uno hecho a «tó»...

Partió a eso de las once, tomando el camino que justificaba la afirmación de su viaje; pero a la hora de marcha, torció por un atajo para salir a la carretera, a cuyo costado, tres leguas más allá, alzábase la venta de Tiburcio.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Éste, en el momento en que Bastián hubo salido, estúvose en la puerta oyendo el trote de la yegua, y cuando ya dejó de oírlo, fue adentro, cerró las grandes puertas del parador y subió hasta las cámaras, donde hallábanse ocultos entre unos sacos de trigo unos hombres hasta el número de ocho, y dijo:

—¡Eh, muchachos! Abajo, pronto, que ahí está «El Santico».

Una vez abajo, el ventero dió con los nudillos en la puerta del cuarto de Nemesio:

—¡Eh, Nemesio, sal ya!

Apareció éste desperezándose, un poco desgreñado, guiñando los ojos heridos por la luz de tres candiles.

—¡Hola, muchachos! ¿Hay valor, eh? ¿Cuántos somos?

—Un «puñao» —contestaron, estrechándole la mano con afecto—. Es temprano aún.

Sentáronse en unos taburetes de madera, bajo la redonda chimenea de campana. Tiburcio dijo:

—Mientras tomamos un «bocao», es menester que tres de éstos salgan por las puertas de los corrales y se alleguen hasta el pinar y den el pitazo. ¿No te parece, tú?

—Sí, y a escape. Tenemos que andar casi una legua, y no conviene que entremos en el pueblo a las tantas.

Partieron tres a cumplimentar lo que se les había ordenado, y mientras tanto los otros echaron en la sartén como obra de tres docenas de chorizos y tajadas de lomo. Luego aparecieron Tiburcio y otro trayendo una brazada de carabinas, escopetas y trabucos. Detrás venía «La Sayona», que así llamaban a la ventera, con una gran canasta repleta de boinas rojas. Cuando puso en el suelo la canasta, Tiburcio le dijo:

—Tú vete allá arriba otra vez. Ya te avisaré cuando sea hora, y mucho «cuidao» con lo que se hace.

Reinaba en toda la pieza un silencio solemne, interrumpido por el chirriar del aceite en la lumbre. «El Santico», mascullando los restos de un cigarro, estábase silencioso, sentado en un poyo mirando al suelo.

En el silencio se oyó cierto rumor por la parte de las cuadras, y dos de los mocetones que trajinaban al lado de la sartén se alzaron dando un soplo a los candiles. En seguida, uno de ellos, que habíase aproximado al portalón, regresó a tientas y dijo:

—Encender a escape. Son ellos.

Y a continuación, acompañados de Tiburcio, que les guiaba, entraron unos veinte hombres, entre los que no faltaban algunos de justísimo renombre y accidentada historia, como por ejemplo, Doroteo «El Pancho», avecindado en Losnos; Agustín «Terrón», vecino de Realengo y Rufo «El Lagarto», otro chico procedente de la misma aldea que su amigo Agustín.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

—¿Estamos todos? —dijo «El Santico».

Se hizo un rápido recuento y contestaron:

—Sí.

—Pues a no perder tiempo —replicó Nemesio.

—Esto está ya —dijeron los que hacían el oficio de cocineros; y acto seguido, pinchando con las respectivas facas chorizos como puños, hallábanse todos cenando, y era de ver aquel concurso de hombres, sentados unos, otros en cuclillas y de pie los demás, hinchados los carrillos y chorreando pringue las bocas.

—Se ha puesto «nublao» —dijo uno.

—Mejor; así daremos el golpe con menos peligro.

—Parece que habrá truenos y agua.

—El oro no pierde aunque se moje —murmuró otro.

Tiburcio preguntó a Nemesio:

—¿Es verdad eso de la partida del «Frasquito» que les has dicho a los arrieros? Tendría gracia...

—¡Qué va a ser «verdá»! Eso lo he dicho con intención, por lo que venga luego.

Al poco rato, acabada la cena, «El Santico» se adelantó hasta colocarse en el centro del corro, junto a una luz, y dijo:

—Amigos, no será menester que os diga otra vez lo que «tós» sabemos. Nosotros ahora somos la partida del «Frasquito». Yo soy el cabecilla, y por esta noche, mientras demos el golpe, si alguno se desmanda lo «pimplo» de un escopetazo. Las caballerías «cargás» vendrán aquí todas, sin que «naide» toque ni una onza. Y ahora, aunque pocos nos conocerán en Amaranto (a lo menos Quintino nunca me ha visto a mí ni a ninguno de vosotros), no estará de más que cambiéis las chaquetas y os desfiguréis un poco las caras, aunque sea con unas miajas de tizne. ¡Conque vivos presto y al avío! Que me traigan la mula o un caballo.

Y a continuación cada uno se puso una boina de las que había en la canasta, y luego de tiznarse el rostro algunos, bien provistos de la correspondiente arma de fuego, por las puertas de la cuadra salieron al campo.

Tiburcio habló brevemente con Nemesio:

—Aquí aguardo. Estaré al acecho hasta que vengáis. Las puertas del corralón quedan sin cerrar. Si tan y mientras cae alguien por aquí lo «empapiolo». Ánimo y venga lo que Dios quiera.

Luego, cuando hubieron salido, el ventero acercose a una puertecita que comunicaba con el sobrado de la venta, y haciendo bocina con ambas manos, gritó con voz hueca y ruda:

—¡Raimunda! «Bajar» ya.

Y acto seguido apareció «La Sayona», que era una mujer como de cua-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

renta y cinco años, y le seguía su hija, la Antoñica, muchacha de veinte abriles, lista y feúcha. Pusiéronse a trajinar por la venta como si no hubiese sucedido nada ni tuvieran de nada noticia alguna. Un farolillo de aceite que pendía de una alcayata en el portalón del parador, frente a la carretera, fue encendido. Tiburcio dio unos pasos fuera, hasta el camino. La noche refrescaba, y el cielo tenía grandes nubarrones negros.

Al regresar a la cocina dijo:

—Esos muchachos se van a mojar; y no lo siento por ellos, sino por si algún carretero, temiéndole a la tormenta, le da la mala idea de caer por aquí esta noche.

«La Sayona» no contestó. Antoñica, atizando el fuego, dijo:

—¿Qué hago, madre? ¿Patatas fritas con torreznos o frío chorizos?

—Lo que más presto esté. Chorizos. Nos vamos a acostar a escape.

CAPÍTULO III

ENTRADA EN AMARANTO. EL MAYORDOMO DE QUINTINO. LAS TRÉBEDES. EL CRISTO DEL SALÓN. LOS ENAMORADOS.

En la época que acaecieron los acontecimientos que referimos, ardía en todo su horror la primera guerra carlista, y algunas partidas tenían su centro de operaciones no lejos de los lugares mencionados, y si caían de improviso en un poblado, lo asolaban todo, consumiendo las menguadas provisiones de boca que poseían los aldeanos.

Del conocido cabecilla «Frasquito» y del no menos célebre «Bolao» se contaban horrores, actos de crueldad inaudita, devastaciones, saqueos, incendios y atropellos. Estos capitanes de las tropas del Pretendiente no habían llegado a entrar en Amaranto, Tormillo ni otras aldeas de que hemos hecho referencia en los comienzos de la presente narración, pero andábanse por las cercanías de dichos lugares, y se esperaba y se temía su aparición en cualquier momento.

Distinguíanse unos pueblos de otros en esta famosísima comarca manchega por el matiz político, que era causa de que se odiaran los vecinos, alejándose miles de leguas idealmente; porque mientras Tormillo y Losnos se perecían por los liberales, Amaranto y Realengo, en cambio, eran furibundos carlistas, y hasta decíase que muchos de sus hijos habían ido a engrosar las filas de ciertos cabecillas de fama.

Vivía en Amaranto, a la sombra de su prestigio de hombre rico y descansado de la fatiga de sus sesenta años de edad, Quintino, de quien, en punto a tener oro enterrado, se contaban cosas que parecían de leyenda árabe, porque era general la opinión de que todo el cimiento de la casa estaba repleto de onzas, como asimismo las bodegas y un famosísimo sótano que decían haber

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

visto algunos, cosa muy poco verosímil, tenida en cuenta la avaricia del ricachón y la recelosa vigilancia constante de su mujer, Quintina.

De esta señora, que habiendo enviudado muy joven (y ya inmensamente rica), casó con el actual marido, tomó éste el nombre de Quintino con que le bautizaron espontáneamente en Amaranto, dando al olvido su verdadero nombre.

Gozaba Quintino en Amaranto y todos sus caseríos y poblados inmediatos fama de ser uno de los más decididos y fervorosos partidarios de Don Carlos, cuyo retrato, colgado en el lugar preferente de la sala de más respeto de la casa, se veneraba en ella como imagen bendita, y hasta se decía que, en más de una ocasión, el acaudalado manchego había contribuido con su oro al levantamiento y sostén de varias partidas.

Una noche, a eso de las diez, cuando ya en Amaranto todo el mundo dormía, despertáronse sobresaltados algunos vecinos, porque habían oído tiros, gran alboroto de voces como de soldadesca y militar repique de tambor, que turbó el silencio y reposo de los aldeanos, dando motivo a no pocos sustos e inquietudes.

Echáronse a la calle los más atrevidos, cayendo inmediatamente en manos de los invasores, que los llevaban a presencia de Nemesio (que ellos creían que era «Frasquito»), cuyo alojamiento y cuartel general acababa de ser dispuesto en la primera posada que hallaron, y el capitán, cuando tuvo delante a cinco o seis de los mozos presos, dijo a sus soldados:

—«Soltar» a estos hombres, que me consta que en Amaranto son «tós» de los nuestros. Aquí vive un gran señor que se llama Quintino, a quien he de visitar en «seguía». Muchachos, «iros» a vuestras casas. Que no se diga que «Frasquito» se porta mal con los suyos. Pero ojo con que «naide» salga de puertas «pa» fuera, que lo «afusilo» sin remedio.

Partieron, como alma que lleva el diablo, los libertados y curiosos mozos, y ya en esto, conmovida y despierta toda la aldea, sabían la novedad, el nombre del cabecilla y hasta el número de soldados carlistas, multiplicados por diez o por ciento, según el susto de los vecinos calculadores. Y súpolo también, y no de los últimos, Quintino, e inmediatamente, extrañándole que el capitán no honrase su casa, mandó al mayordomo para invitarle a descansar y disponer de ella. Cuando «El Santico» se enteró del recado, dijo:

—Precisamente esta «mesma» noche pensaba ir a verlo. Traigo del general un «recao» muy importante para él. Que nos preparen cena, que en «seguía» vamos yo y mis oficiales.

Partió contentísimo el mayordomo,

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

y entonces Nemesio hizo seña a diez de los más decididos, entre los que se contaban, desde luego, Doroteo «Terrón» y Rufo «El Lagarto». Nombró una ronda que vigilase el pueblo, con orden de no consentir que nadie abandonara su domicilio, y bien tranquilo de que ya era completamente dueño de Amaranto, partió con su estado mayor a casa de Quintino, que salió a recibirle a la puerta, acompañado de su señora y del mayordomo, alumbrándose con faroles, según era costumbre antaño en las noches oscuras.

Entraron en la casa siguiendo a Quintino, que iba delante guiándolos y los condujo al salón de respeto, donde se acomodaron todos en sendos butacones. El anciano señor no cabía en sí de satisfacción por la llegada de tan ilustres huéspedes, y mientras se sentaban, la señora fuese a ultimar con las criadas la cena, que a toda prisa estaban preparando.

Sentados estaban «El Santico» y los oficiales de la supuesta partida de facciosos, y Quintino, algo aturdido por su preocupación de agasajarles cumplidamente, se removía en el sillón diciendo que si él hubiera sabido que tanto honor le estaba reservado para aquella noche, no les faltara alojamiento más cómodo y una cena más digna de ellos; pero que así y a pesar de todo, tenía, gracias a Dios, bien abastecida la casa y esperaba dejarles satisfechos.

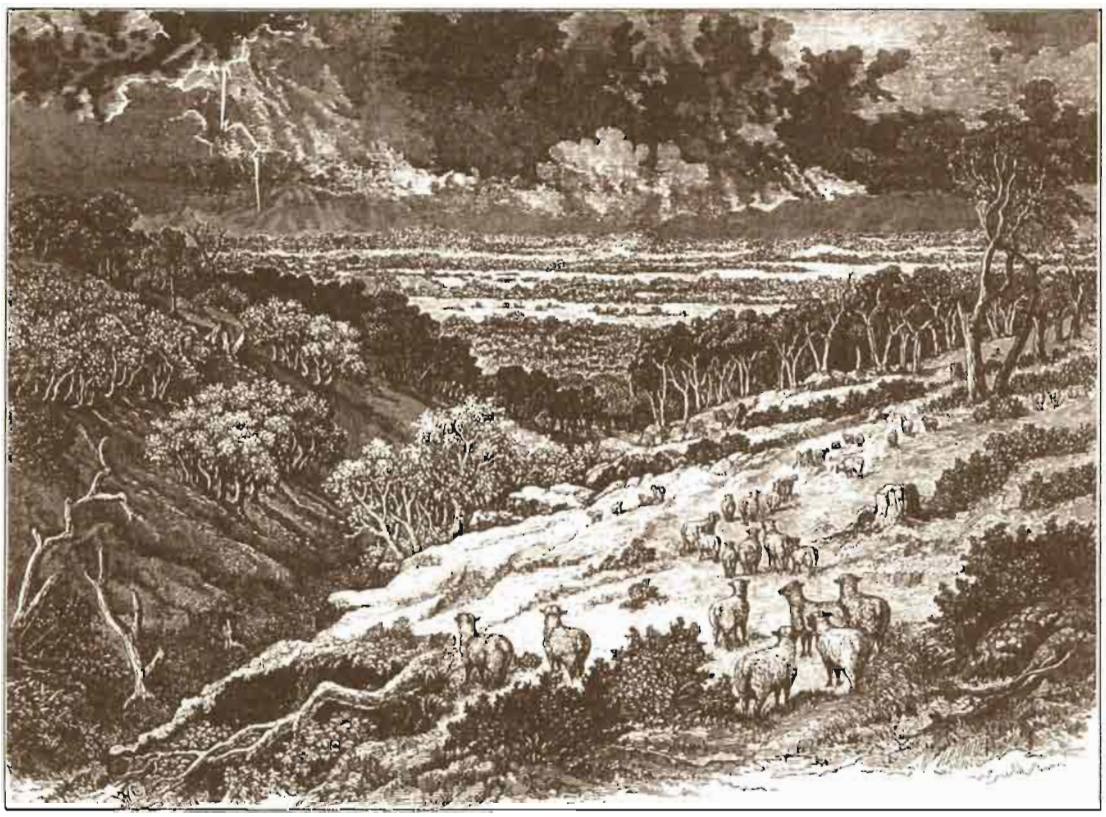
Nemesio dijo que ellos se contentaban con reparar un poco las fuerzas, y con cierta filosofía que no parecía hija de aquel hombre oscuro, dijo que en la guerra hay que huir del excesivo regalo, porque enerva, y los soldados, cuando toman las armas para salvar a su patria, ya aceptan como un honor toda suerte de penalidades, como son no dormir, o, a lo sumo, reposar sobre la dura tierra, siempre con un ojo vigilante; comer mal y ejercitarse en el ayuno, y a continuación, como si se hallase inspirado, dijo (con asombro de sus oficiales) que la misión de un capitán era muy difícil, porque había de saber sostener en las tropas el espíritu de sacrificio; el buen humor, para no caer en desaliento, y la idea del honor siempre, para que el soldado, por respeto a su honor, sofocara las momentáneas debilidades, el pánico ante el ataque, el miedo a la muerte y las penalidades del hambre y de la sed.

Todo esto, en su lenguaje aldeano y rudo, iba explicando «El Santico», y si bien Quintino le oía con suma atención y complacencia, los otros le miraban con cierto asombro y con ira, porque todos sabían cuánto les interesaba concluir aquel oscuro negocio. Al fin, «El Lagarto» interrumpió diciendo:

—Bueno, Don Quintino, ¿y cómo vive usted tan solo? Porque creo que no tiene usted hijos...

—A todo se acostumbra uno —dijo

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



"Se había desencadenado la tormenta".

el anciano—. Se me murió el que tenía cuando ya era un zagalejo.

—¿De manera que están «ustés» solos, el ama, el mayordomo y «usté»?

—Además tendrá mozos —comentó Doroteo con intención de sonsacar y precisar el número de hombres con que tenían que habérselas.

—Hoy precisamente no —contestó Quintino—, porque están en el cortijo, que los mandé esta tarde.

Al oír esto se miraron entre sí los ladrones, y Nemesio dijo levantándose:

—Pues ya sabéis, muchachos... —Y cayó sobre Quintino de improviso, y en el acto echáronse sobre él otros tres más, amarrándolo al sillón fuertemente y tapándole la boca con un pañuelo.

Hecha esta operación a toda prisa, quedose uno de centinela en la puerta de la sala, y la mitad de los otros fueron a la cocina, prendiendo de la misma suerte a la descuidada señora y a la vieja sirvienta, mientras los restantes sorprendían del mismo modo al mayordomo, que precisamente entonces estaba en su cuarto poniéndose una chaquetilla nueva y un pañuelo de seda al cuello para sentarse a la mesa mejor adecentado, ya que así lo exigía y lo

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

merecía la calidad de los visitantes.

Prendidos así tan rápidamente los tres, condujéronlos al comedor, y mientras unos los intimaban a que permaneciesen mudos, amenazándoles con degollarlos en el acto, los otros aseguran bien las puertas de la calle, girando de paso una visita a toda la casa, por si en ella había más criados a quienes maniatar.

Visto que no, y de retorno ya en el comedor, Nemesio dijo a dos de sus camaradas:

—Traeros de la cocina esos avíos, que tomemos algo. —Y luego, volviéndose al rincón donde Quintino estaba bien sujeto y tendido en el suelo, dijo: —Amigo, aquí no se hará mal a «naide» si «usté» canta y dice ande están las onzas. Si no canta, encomiéndese a Dios.

Y sin hablar más palabra, pusiéronse a cenar con excelente apetito y alegría todos, como hombres que tienen la conciencia limpia y no temen a nada.

Estaban, como digo, Quintino, el mayordomo y las dos mujeres en tierra y bien atados, que no se podían remover, y aquél, algo repuesto del susto, miraba atentamente a los comensales y maldecía de su generosidad y de su torpeza, por no asegurarse bien de si eran guerrilleros o si eran bandidos aquellos hombres a quienes invitaba, y entonces reparó en que Nemesio carecía de toda insignia que le señalase como capitán, porque sólo de los demás le distinguía un viejo sable tocado de orín, sin más estrellas ni galones, y los otros, que él llamaba sus oficiales, vestían extraños trajes de labriegos, llamativas boinas rojas y, como armamento, sendas escopetas de caza.

El acaudalado anciano era hombre de los de pelo en pecho, como suele decirse, y a pesar del trance en que estaba, pasada la primera impresión y sobresalto, cobró ánimos y se propuso dejarse matar antes de descubrir a los ladrones la secreta entrada del sótano, que solamente él y su mujer sabían.

Acabada la cena, dejaron la mesa los bandidos y Doroteo dijo a Nemesio:

—«Arrepara» que son más de las once.

—Vamos a acabar presto —contestó «El Santico»; y volviéndose a Quintino, habló así, sacándole de la boca el pañuelo: —Señor Quintino, «usté» es muy rico y nosotros «semos» muy pobres. El mundo está mal «repartío», y vamos a ver si lo podemos arreglar. Díganos dónde guarda las onzas, y no haremos mal a «naide». Tampoco le vamos a dejar a «usté» como quien dice pidiendo limosna, porque además del cortijo y de las huertas, le dejaremos un buen taleguito de oro. Conque al avío, amigo, que es tarde.

Quintino no contestó. La señora y la vieja criada sollozaban, y el mayordomo estaba muerto de terror, pálido y

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tembloroso.

«El Lagarto» dijo a Nemesio:

—Este hombre no canta. Que traigan las trébedes.

—Aguarda, hombre. El cantará. Vamos, señor Quintino —dijo volviéndose cortésmente, cara al viejo—. ¿Qué nos dice «usté»?

El anciano, entonces, tuvo un estremecimiento de cólera y se agitó un instante, arqueándose, como para romper las ligaduras.

—¡Quieto! —exclamó Doroteo, poniéndole el pie en el pecho.

—¡Bandidos! —rugió Quintino—. ¡Bandidos!... Aunque me hagáis pedazos no hablaré. ¡Ladrones, criminales, canallas! —Y se agitaba en violentas convulsiones.

«El Santico» dijo entonces:

—Que traigan las trébedes.

Trajéronlas entre dos, bien agarradas con largas tenazas, porque venían hechas ascua, y las dejaron en el suelo. Otros dos desabrocharon a Quintino los pantalones para sentarle sobre las trébedes. La señora Quintina, que vio lo que iban a hacer, comenzó a gemir, pidiendo por Dios que no quemaran a su pobrecito viejo, y éste, volviéndose iracundo hacia ella, rugió:

—¡Cállate tú, grandísima cobarde! Esto me lo hacen porque me tienen bien atado. ¡Bandidos, criminales, ladrones!

Pero la señora, a pesar de las protestas de su marido, cuando vio que le iban a sentar, se agitó gritando:

—¡No, no lo sienten, por Dios! ¡Yo lo diré todo, yo lo diré!

Y entonces Nemesio, suspendida la maniobra, dijo:

—«Quedaros» tres al «cuidao». —Y a los otros dos ordenó: —«Desatar» a la señora y que se venga con nosotros.

Y luego de cruzar varias salas, pasillos y escaleras, halláronse en una pieza húmeda y honda. La señora Quintina dijo:

—Que derriben ese tabique.

«Terrón» cogió un pico, y en menos que se cuenta hizo un boquete capaz de dar paso a dos hombres. Aquél era el «sótano» y dentro del sótano había hasta media docena de arcas repletas de oro. Ansiosamente, febrilmente, los hombres sacaron las arcas. Luego, puesto aquel oro en sacos y dentro de unos serones de hortalizas, cargaron hasta veinte mulas de las que en sus cuadras tenía Quintino.

Partieron. Estaba el cielo anubarrado, en amenaza de tormenta. Soplaba un airecillo frío y húmedo. Oíase el rumor sordo de los truenos lejanos, y a intervalos un relámpago iluminaba el oscuro camino.

Cuando la señora comprendió que los bandidos estaban fuera de la casa, subió al comedor.

—¿Les has dicho el sótano? —preguntó Quintino.

—Sí —contestó ella mientras lo

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

desataba—. Se lo han llevado todo.

—¿Y el Cristo del salón? —dijo Quintino a su mujer, al oído, con palabra emocionada y balbuciente—. ¿Se lo han llevado también?

—No —dijo ella.

—Entonces estamos salvados —replicó él, dando un fortísimo suspiro.

El famoso Cristo del salón estaba hueco y repleto de onzas, así como la peana sobre la que descansaba, que contenía una fortuna.

* * *

A las dos de la madrugada entraban por la entreabierta portada del corralón «El Santico» y los suyos, acarreando las veinte mulas cargadas de oro. Tiburcio salió al encuentro, alumbrándoles. Colocados bajo el cobertizo, empezó la descarga de los serones. «Terrón» dijo, de pronto, con la voz alterada por la emoción:

—¡Muchachos, falta una mula!

—¿A ver? —respondieron todos, y se hizo entonces un recuento minucioso.

Efectivamente, faltaba una mula. Sin duda, se había extraviado en el camino, a causa de la precipitación de la huida y la oscuridad de la noche.

Salieron dos fuera del corralón, por si se había quedado rezagada. En aquella hora la tormenta descargaba con toda furia.

—¡Condenada mula! —exclamaron.

—¡En buenas manos caiga la maldita!

—El ladrón que la pesque, buena carga de oro se lleva.

—Que buen provecho le haga, y que sea lejos de aquí, para evitar sospechas... —dijo Tiburcio.

Descargadas las diecinueve mulas, transportaron a la cocina los serones y comenzó la precipitación febril del reparto, que se hacía con las boinas repletas de monedas. Unos candiles de luz amarilla y vacilante alumbraban la escena, y las figuras borrosas y las sombras mal dibujadas tenían, bajo la amplia chimenea, unos contornos dantescos. Reinaba un silencio siniestro, turbado por los truenos que resonaban sobre el crujiente techo de la antiquísima venta, y por la lluvia que furiosa azotaba las puertas y estremecía los ventanales carcomidos.

De pronto quedáronse todos paralizados de espanto, porque habían oído afuera golpes, como de caminantes que demandasen auxilio.

—¿Llaman? —dijo «El Santico», deteniéndose en la faena de repartir boinas de oro.

—¡Llaman! —contestó Tiburcio, requiriendo instintivamente una carabina.

Y la puerta del parador crujía estremecida por los soberbios aldabonazos de los nocturnos caminantes.

Los conjurados miráronse como in-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

terrogándose.

—¿Qué hacemos?

«El Santico» dijo:

—¡Abre! —y salió con Tiburcio, quedándose oculto en el rincón del patio, mientras abría.

Apagados en el acto los candiles, Tiburcio abrió, y por la amplia entrada una violenta ráfaga de aire empapado en lluvia penetró rociando el empedrado y la cara fosca de Tiburcio.

—¿Quién es? —dijo éste en voz alta.

Nadie contestaba. Estúvose quedo un rato, aguardando, y luego salió afuera hasta el camino. En aquel instante la tormenta se alejaba y la lluvia iba cesando. Un relámpago alumbró toda la llanura, y Tiburcio entonces dijo:

—¡Ah! No han tenido paciencia. Mejor «pa» ellos.

—¿Quién era? —interrogó «El Santico» a media voz.

—Ya no los veo. Por la carretera van dos a caballo. Son una mujer y un hombre. Su suerte les valió.

Efectivamente, camino adelante cabalgaban dos jóvenes enamorados. Iban a la ventura, huyendo de la posible persecución paterna. Era él vecino de Tormillo, y había raptado a su novia, porque habiéndola pedido en matrimonio a su padre, se la negaron. En mitad de la carretera sorprendióles la tempestad y acercáronse hasta la venta, en busca de refugio. Ella se resistía:

—¡No, no, Miguel, que aquí nos conocen!

—Pero, mujer, ¿adónde nos refugiamos? No hay otro lugar próximo. Es preciso.

Miguel aporreaba la puerta. Ángela negábase y gemía:

—¿Qué hemos hecho, Miguel? Aquí nos conocerán. ¡Qué vergüenza!

—No contestan. Estarán dormidos— dijo Miguel.

—Déjalos. Ya se va la nube. Llueve menos. ¡Vámonos, vámonos! Quiero verme en Salitreno antes de que amanezca.

Y se marcharon.

Y este femenino temor de ser conocidos los salvó. Nemesio dijo, guardándose el cuchillo:

—Su suerte les ha «valío». Por esta vez no hago yo sangre. Cierra la puerta.

SEGUNDA PARTE

EL ATAQUE A «LAS JARAS»

CAPÍTULO 1

EL ATAQUE A «LAS JARAS». LUCAS REDONDO, «EL RIONDO». LOS LIBERALES DE TORMILLO Y LOSNOS. ¡LOS CARLISTAS, LOS CARLISTAS!. LA PARTIDA LIBERAL DE «EL RIONDO».

Por una de esas raras coincidencias que más parecen invención fantástica que obra de realidad, mientras los ladrones operaban en casa de Quintino, la par-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

tida carlista del cabecilla «Frasquito», el auténtico, rehuyendo el encuentro con la columna del comandante Fernández Olariaga, habíase refugiado en el caserío de la Cienciella, a tres leguas de Amaranto y al pie del monte llamado de «Las Jaras».

Vivía en Amaranto, dedicado a su oficio de guarnicionero, Amós, «El Sargento», denominado así porque en su juventud, cuando fue militar, había lucido en su chaquetilla azul de infantería los dorados galones, y éste, como liberal furibundo que era, vivía como sobre ascuas entre sus convecinos de Amaranto, porque ellos eran, como hemos dicho, decididos partidarios del Pretendiente.

La noche del robo, él, como todos, creyó que, efectivamente, los inesperados invasores eran «Frasquito» y sus secuaces, y temeroso de que por el delito de ser quien era le fusilaran los facciosos, estúvose escondido en lo más recóndito de su casa, más despierto que liebre, atento el oído y temblando.

Estábase así, como quien dice, sin respirar, cuando a eso de las doce y media de aquella noche oyó grandes voces y gritos de «¡ladrones, ladrones!», y su mujer —menos asustada y curiosa— aventuróse a entreabrir un ventanillo, y ya entonces iba la gente asomándose y preguntando, con lo cual tardó bien poco en enterarse de la verdad de cuanto sucedía.

Lo que sucedía era que Quintino, luego de librar una batalla con su mujer y con el mayordomo, logró desasirse de ellos y salir a la calle, bien armado con su escopeta; pero ya en esto «El Santico» y los suyos habíanse alejado a buen paso, perdiéndose entre las sombras, y hasta diré que protegidos por la tormenta, ya que empezó ésta a descargar sobre Amaranto, obligando a una forzosa retirada a los primeros curiosos que acercáronse al anciano y lastimado señor de la villa.

No fue de los últimos «El Sargento», y no hay que contar el torbellino de ideas que sacudió la pereza de su cerebro aletargado, porque al conocer el robo y tener noticia de que iban por aquellos campos veinte mulas cargadas de oro, pensó en que jamás acción de armas podría ofrecer más soberbio botín al victorioso, y considerando que —contra el parecer de Quintino— los ladrones no eran otros que «Frasquito» y sus soldados, estimulado con más vigor el odio a los de la boina roja, concibió el pensamiento de organizar a toda prisa una partida liberal que diera caza a los fugitivos, y pensó entonces en su amigo Lucas Redondo, vecino del Tormillo, pueblo liberal, en donde nunca faltarían cien hombres decididos a empuñar las armas.

Lucas Redondo, conocido en toda la comarca por el remoquete de «El Riondo» (porque, efectivamente, re-

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

dondo era como una bola, y, para que sea más justa la frase, diré que era panzudo como una tinaja —reducido de base y de cabeza, amplio de vientre—), vivía, como digo, en Tormillo, sin que nadie acertase a explicar cómo ni de qué, no siendo rico, careciendo de profesión y sin poseer terrenos ni otra propiedad.

Lucas Redondo, cuya edad frisaba en los cuarenta y cinco años, había sido, entre otras cosas, recaudador de contribuciones, cronista militar unas veces y político otras, en un diario de la capital, y gozaba por todo eso fama de hombre leído y de gran estratega, dado el éxito que obtenía siempre entre sus convecinos, explicando el porqué y cómo de los avances y retrocesos de las fuerzas que peleaban en el norte.

Dormía tranquilamente Redondo, cuando a la hora del alba oyó que llamaban insistentemente a la puerta, y no era otro que Amós. Abrióle aquél, recibiendo a su amigo con la extrañeza que es de suponer, y «El Sargento» le contó las poderosas razones que tenía para hacer aquél viaje hasta Tormillo, de noche, y despertarle tan de madrugada.

Admirado quedó Redondo cuando supo lo que aconteció en Amaranto, y con el estímulo del tentador bagaje que llevaba «Frasquito», el belicoso espíritu de Lucas sintióse como inflamado de súbita inspiración, y dijo a su amigo:

—¿Cuántos hombres lleva «Frasquito»?

—No pasan de cincuenta -contestó «El Sargento».

—Entonces si nos reunimos un puñado de valientes, no más de doscientos o trescientos, los derrotamos.

—¡Ya lo creo! Aunque sean ciento cincuenta.

—Y dices que llevan unas cargas de oro...

—Veinte mulas.

—¡Veinte tiros! —replicó vivamente Redondo—. Veinte tiros le pego yo a «Frasquito». ¡Ladrones! ¡Eso no se hace! Ya nos lo dirán esta misma tarde ¡Ánimo amigo! Yo soy el jefe y tú mi segundo. A dar la voz ahora mismo. Los tormillenses están deseosos de quemar su pólvora. Es menester darles alcance... ¡Veinte mulas!

—Convendría también avisar a los vecinos de Losnos.

—¡Ya lo creo! —dijo Redondo—. Mientras yo organizo esta misma mañana a mis hombres, tú debes hacer lo propio en Losnos. Y para no perder tiempo, lárgate ahora mismo, y nos reunimos a la entrada de las eras. Supongo —añadió, luego de reflexionar un momento—, supongo que «Frasquito» y los suyos no andarán precisamente por estas cercanías...

—Hombre, creo que no. Sabiendo que somos liberales...

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

—Naturalmente. Hay que impedir a toda costa que se nos escape. Menudo susto les vamos a dar.

***

A las ocho de la mañana todos los desocupados de Tormillo (como quien dice todos los varones) estaban alborotados, exhumando en los rincones de sus viviendas míseras las armas viejas y entelarañadas que tenían. Algunos al principio hallábanse un tanto reacios, porque carecían del necesario espíritu guerrero para lanzarse a semejante aventura, pero en cuanto «El Riondo» les daba cuenta del posible botín, se animaban al punto y eran ya los más valientes guerrilleros, los más intrépidos, temerarios y «liberales».

Improvisado así el heterogéneo batallón, armado de tan diversas armas, los colocó en fila por orden de aquéllas, yendo delante los escopeteros, que eran unos cincuenta; detrás, los que poseían pistolas y trabucos, y, por último, la columna de los llamados cuchilleros, porque sus armas eran largos cuchillos bien sujetos en forma de bayoneta a unos durísimos palos de carrasca.

Formados en la plaza —que la ocupaban toda—, «El Riondo» pronunció una a manera de arenga, exaltando el patriotismo de todos y diciendo que ellos eran los defensores de Tormillo, que iban a impedir a todo trance la entrada de «Frasquito», muy de temer, puesto que hallábase a dos leguas del pueblo.

Iban ya a ponerse en marcha, cuando «El Riondo» advirtió la deserción de uno, y dijo, encolerizado, con la autoridad que tenía ya como capitán de la partida:

—¿Y Luis el de la «Cacha»?

—No está —contestaron—. Se conoce que tiene miedo.

—¡Ah, cobarde! ¡Haber! ¡Un cabo y cuatro números! ¡Que me lo traigan en el acto!

Este muchacho, que contaría dieciséis años a lo sumo, era un joven labrador, tímido y muy laborioso. Lucas Redondo teníale cierta ojeriza, porque el tal estaba para casarse con una acaudalada viuda a quien Redondo había cortejado sin fortuna. Al poco rato trajéronlo bien sujeto, como si fuese un delincuente, y el capitán tuvo para él frases muy duras y le dio en la columna un lugar entre cuatro de los que más adictos le eran.

—Vosotros cuidaréis de que ese niño no se escape. ¿Es qué no eres ya de los nuestros? A ver si resulta ahora que te has hecho faccioso.

El joven contestó que el no era de los unos ni de los otros, sino de su trabajo, y que siento aquella leva completamente voluntaria el obligarle a la incorporación constituía un atropello.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Tan atinada observación encendió más la cólera de «El Riondo», pero supo astutamente disimularla, y tocó entonces el punto de honor, con unas cuantas parrafadas líricas, sublimando la gloria militar, sin que en su breve, hueca y atropellada perorata faltasen frases como «el laurel de la victoria», «la corona del triunfo», «la planta del invasor hollando el sagrado suelo de la madre patria», etc.

Las mujeres escuchaban pasmadas de admiración. Los ancianos estaban atónitos.

—¡Lo que sabe y lo que vale este hombre!

Al partir una voz dijo:

—¡Viva el general «Riondo»!...

—¡Vivaaa!

—¡Viva la partida de «El Riondo»!

—¡Vivaaa!

Y durante largo rato todo el pueblo estúvose callado, emocionado, viéndolos marchar por el camino de Losnos.

Las mujeres agitaban sus pañuelos, llorando.

CAPÍTULO II

EL DESASTRE DE «LAS JARAS». LA MULA PERDIDA.

A las once de la mañana, la columna de «El Riondo» se unió al numeroso pelotón que en Losnos había logrado reclutar Amós, «El Sargento», haciéndose Lucas cargo de toda la fuerza, según estaba convenido. Conferenciaron brevemente ambos jefes, y Amós dijo a su capitán:

—Aquí se sabe que los carlistas se encuentran en Cienciella, al otro lado de «Las Jaras». Dicen que son unos dos mil, cuando a mi me consta que no pasan de cincuenta. ¡Si tendrán miedo!

—Los copamos —contestó «El Riondo».

Puestos en marcha nuevamente los guerrilleros, y cuando habían andado poco más de media legua, hubo un conato de rebelión, porque los hombres reclutados en Losnos estimaban temeraria la empresa comenzada, dado el escaso número de combatientes liberales (unos ciento veinte) para luchar contra los dos mil a que las fuerzas de «Frasquito» ascendían; pero entonces Redondo alzó la voz para decirles que la columna de facciosos componíanla unos cuarenta hombres derrotados y desmoralizados, que esto le constaba a él y por eso les llevaba a una victoria completísima y provechosa.

—Ahora bien —dijo—, si hay alguno tan cobarde que no tenga en sus venas sangre manchega, puede romper filas.

Supo Redondo dar con sus palabras en lo vivo, porque aunque no uno, sino todos andaban a remolque, bastante reacios, asustados y pensativos, por ese puntillo de honor que levanta el ánimo de los apocados, y por no señalarse

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

como cobardes, resignáronse todos, y hasta algunos lograron sacar de no se sabe dónde un valor temerario, porque se oyeron voces animosas que sobre el murmullo de las protestas se alzaban; voces de impaciencia, jactanciosas voces que decían: «¡A ellos! ¡Yo valgo por veinte! ¡Duro con los facciosos! ¡No va a quedar ni uno! ¡Vamos con ellos!»

Y esto se decía, precisamente, cuando dieron vista al famosísimo monte de «Las Jaras», detrás del cual estaban los carlistas acampados.

Las dos de la tarde serían en aquel momento solemne en que «El Riondo» y Amós detuviéronse para deliberar. Caía un sol de justicia, y con el polvo del camino, el sudor, el cansancio y la sed, más que para entrar en batalla estaban para tumbarse a la sombra los voluntarios, acaudillados por el cronista militar; pero el instinto de conservación estimuló a los decaídos guerrilleros, porque lo mismo «El Riondo» que «el Sargento» les dijeron y les convencieron de la necesidad de tomar inmediatamente la colina y dejar la llanura para no ser atacados a campo raso.

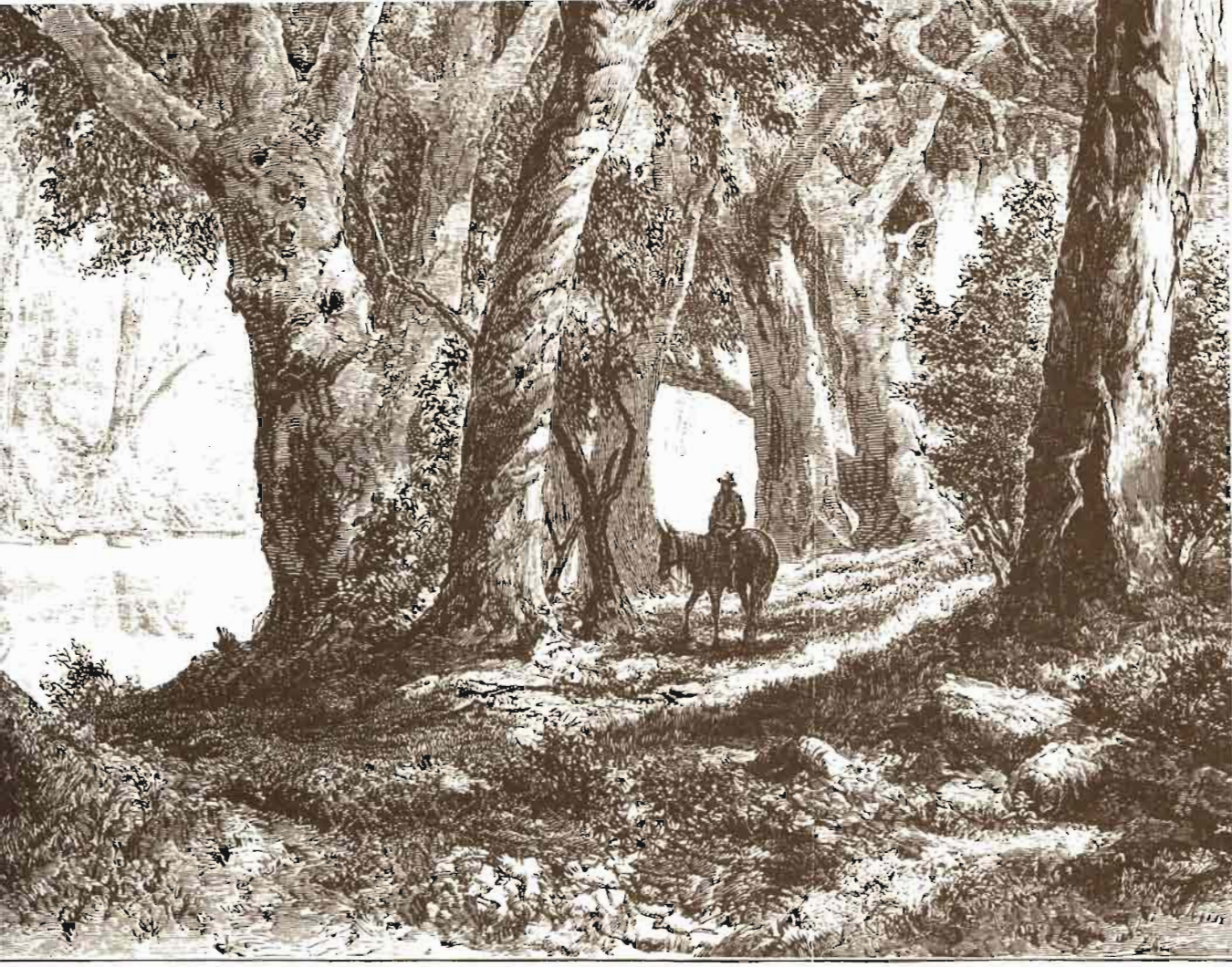
Con una agilidad no sospechada en aquellos hombres encorvados y sudorosos, ascendieron a toda prisa por las ásperas cuestas de la colina, cuyos pelados peñascales quemaban. Una vez arriba, vieron al otro lado el caserío de Cienciella, y por sus calles y por los campos, y al pie mismo de la montaña, una muchedumbre de boinas rojas que confirmaron el temor y el aserto de los vecinos de Losnos, y dejó a todos sobrecogidos del susto, y más que a todos al «Sargento», que ya no supo qué responder a la mirada interrogante y acusadora de Lucas Redondo.

Hubieran disputado sin duda el capitán y Amós, y de algunos grupos de los guerrilleros salieron las voces de «¡traición, traición!»; pero no era ocasión entonces de perder en explicaciones un tiempo que para la propia y desesperada defensa les era necesario, porque estaban viendo cómo rodeaban el monte varios pelotones de facciosos.

No es para contado ahora el susto de los pobres aldeanos, arrastrados a semejante aventura por la codicia unos y por su irreflexión y poca edad otros; porque se apoderó de ellos tal pánico, que si hubieran podido huir, todos escaparan entonces; pero como se vieron en tan breve espacio cercados, «el Sargento» alzó la voz animándolos, y dijo que con un poco de valor y serenidad se defenderían admirablemente, ya que el lugar que pisaban era casi inexpugnable.

Efectivamente, la meseta de la colina, coronada de rocas, era una excelente trinchera, y agachados tras de las peñas, a la voz del «Sargento» hicieron fuego. Redondo, cuyo ánimo parecía haber sufrido mermas con el peligro, se dejaba dirigir por Amós, que ahora

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



"Alguien había de encontrar la mula perdida".

los mandaba a todos, y mientras los escopeteros disparaban, los cuchilleros y cuantos carecían de carabinas de largo alcance estábanse tendidos para ofrecer menos blanco.

Por entre las peñas, los guerrilleros veían con asombro y con temor a los carlistas al pie de la montaña, que semejaban puntitos negros; y el chasquido contra las rocas de los primeros balazos del enemigo les sobrecogió tanto, que algunos quedáronse como anhelados, encogidos, quietos, la escopeta en el suelo, con un estúpido gesto de terror, peligrosísimo en aquellos instantes.

Amós, entonces, se puso en pie, exclamando:

—¡Fuego con ellos, amigos míos! Con un poco de valor los rechazamos.

Y él mismo, apuntando a los dos enemigos más próximos, dejóles fuera de combate; acierto que tuvo la virtud de operar una reacción en los guerrilleros, porque todos entonces cobraron ánimo, y uno de los que se distinguían más era Luisito el de «la Cacha».

—¡Bravo, muchachos! —exclamaba Amós—. Si resistimos una hora, estamos salvados.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Entonces generalizose el fuego con tal furia, que parecía que sobre el monte de «Las Jaras» estaba descargando una horrorosa tormenta. El humo de los fogonazos flotaba sobre la colina como blancas nubecillas, y en todas las direcciones se veía cruzar a los asustados pajarillos que sesteaban sobre los arbustos.

«Frasquito», el auténtico, que desde abajo dirigía el ataque contra los guerrilleros, sorprendido por la valerosa resistencia que ofrecían, ideó una estratagema y fue a ordenar a toda prisa la retirada, dejándose abandonadas al pie de la colina dos mulas cargadas de municiones y unos fusiles en el suelo.

Esto que vieron los inexpertos hijos de Tormillo y Losnos les dio tanto ánimo, que se determinaban ya a seguir a los facciosos, contra el parecer de Amós, que con «El Riondo» discutía acaloradamente, porque éste también ahora pensaba como todos, y no era la codicia lo que menos le enardecía; la codicia de apoderarse de aquellas mulas que suponía cobardemente abandonadas por «Frasquito».

Pero «Frasquito», al simular la vergonzosa huida, hízolo dejándose al otro lado de Cienciella, oculta, una sección de caballería. Y, efectivamente, transcurrida como cosa de media hora, los guerrilleros de «Riondo» descendieron hasta donde hallábanse las bestias, y Amós, desesperado, hubo de seguirles también, por no quedarse solo arriba.

¡Válgame Dios, qué carnicería! Veloces como el rayo, dividida en dos partes la sección montada de «Frasquito», sorprendiéronlos por la derecha y por la izquierda. Los infelices aldeanos, abandonando las armas para escapar más desembarazadamente, huían en dirección a Losnos. ¡Cuántos cayeron bajo los sables de los facciosos de «Frasquito»! Uno de los primeros desgraciados fue Amós, cuyo cuerpo pisotearon cien caballos y quedó sobre el campo, muerto, con infinitas heridas, rotos los miembros y el cráneo a golpes de sable. Los infelices guerrilleros daban alaridos de angustia. Desde Cienciella les oían los horrorizados vecinos. Hubo dos (Luisito y el zapatero de Losnos) que, habiéndose alejado un buen trecho, inadvertidos por los carlistas en la confusión y la furia de la matanza, tomaron por la parte del río, subiéndose a los chopos de la ribera. Desde aquella altura contemplaban espantados las innumerables escenas del sangriento desastre. La asfixia mató a muchos de los fugitivos, que sobre el camino caían desmayados o muertos. Otros perecían ahogados en el río, y no pocos que entre las crecidas siembras se escondieron, fueron bárbaramente macheteados por el ene-migo. ¡Oh el desastre de «Las Jaras»! ¡Fecha luctuosa y memorable, tristemente célebre en los anales de la manchega

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

comarca! ¡Cuántas mujeres de luto, cuántos niños huérfanos; qué dolor y desolación en las humildes aldeas aquella noche, cuando supieron la derrota! En Amaranto, Quintino lo decía:

—Los que me robaron no eran los de «Frasquito». Aquéllos no pasaban de cuarenta ladrones en cuadrilla, y la columna de «Frasquito» son más de dos mil hombres.

¡Qué peregrinación de ambos pueblos aquella noche y la siguiente, a lo largo del triste camino, alumbrándose con faroles en busca de los despojos de sus seres queridos!

***

Cuando ya anochecía y retirábase hacia Cienciella el escuadrón carlista, un soldado faccioso alcanzó a ver en lo alto de un chopo a un hombre. Era el zapatero de Losnos. En seguida diéronle voces para que descendiese; pero el zapatero agarrábase más y más a las ramas, porque era tal su temblor que sentía que las fuerzas le abandonaban. Luisico el de «la Cacha», que estaba próximo, hacíase un ovillo, ocultándose lo posible. Los soldados, viendo la negativa del zapatero, enfilaron hacia él los fusiles. Rodeando el árbol unos cuantos, ejercitábanse en disparar como en alegre juego de mozos. El zapatero, encomendándose a Dios, rezaba por su alma y sus hijos.

—¡Dios mío, perdóname! ¡Dios mío, ampara a mi mujer y a mis hijos! ¡Padre nuestro, que estás en los cielos...!

Reíanse unos soldados de la mala puntería de los otros. La noche se acercaba a toda prisa, y el jefe de aquella sección dijo con voz destemplada:

—¡Acabad presto, muchachos! ¡Voto va! Que hagan fuego todos y acabemos.

Entonces, más de veinte soldados apuntaron al pobre zapatero. Y éste gemía, exclamando:

—¡Dios mío, ampárame! ¡Dios mío, no abandones a mis hijos! Señor mío Jesucristo...

No acabó la oración. Luisico oyó la horrorosa descarga y vió luego cómo caía el cuerpo y detrás de él flotaban y descendían lentamente una nube de hojas y pequeñas ramas...

Fuéronse los soldados, se hizo la noche y cuando el hijo de «la Cacha» se creyó seguro, atrevióse a poner en tierra los pies. Tomando el camino de su pueblo, emprendió la marcha. Era un noche clara y azul, sin luna. Oíase el canto de los grillos, el croar de las ranas en los cenagales, y el cuco, y esa música de las siembras crecidas cuando el viento las remueve. Todo su afán era avanzar, avanzar hasta hallarse muy lejos de «Las Jaras». Tenía sed, hambre, fiebre, dolores de miembros, vahidos... Algunos ratos dormía sin

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

detenerse en la marcha, y luego, al despertar, miraba en torno, espantado. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora sería ya?

De pronto, al llegar a una empalizada, al lado del puente, junto a los setos de espinos que rodeaban una huerta, se detuvo, ocultándose. Había oído algo. Efectivamente, en el fondo oscuro vio removerse un bulto de gran tamaño. Era una mula. El fugitivo permaneció aún quieto un largo rato. No había hombres. Sólo la mula removíase en la sombra, tal vez mordiendo la crecida hierba abundante.

Luisico acercóse cauteloso y lento hasta la bestia. El animal dejose acariciar y pareció alegrarse de ver al joven, como si el hombre aquel fuera su compañero y su amo. Asimismo, Luisico, perdiendo ahora el miedo a la soledad, sentose a descansar sobre la hierba y se durmió.

¡Qué sorpresa guardaban para Luisico las primeras luces de la nueva mañana! Al despertar vio que la mula estaba cargada. Bien amarrado por la cincha, tenía sobre la albarda un costal pequeño. Lo tocó y rasgó por un extremo con su cuchillo. ¡Oh sorpresa! Eran onzas de oro.

¡Cómo daba ahora al olvido toda la tremenda tragedia de la víspera! Iba a buen paso tirando del ramal, y a propio intento dejábase el camino para cruzar a través de las siembras y de los barbechos. Y como un cuarto de legua más allá, todavía no salido el sol, oyó que le llamaban débilmente, con voz desfallecida. Era Lucas Redondo. ¡Oh! «El Riondo» allí. Parecíale increíble que aquel hombre pesado y gordo hubiera podido salvarse huyendo. Y se había salvado. Le contó cómo, ya de noche y sin saber a qué hora, fatigado de tanto correr, habíale tomado un desmayo y cayó sin sentido. Media hora hacía que estaba despierto.

—No sé cómo vivo, Luisico —dijo—. Hace un momento he bebido agua y me ha resucitado. Me moría de sed.

Luisico refirió brevemente algo de lo que a él habíale acontecido.

—Y mire usted cómo —dijo Luisico, enseñándole inocentemente lo que en la mano llevaba—, mire usted cómo esta desgracia me ha traído una fortuna.

Entonces «el Riondo», recordando cuanto sabía del robo de Quintino, sintió que la codicia le daba fuerzas para todo, y exclamó, quitándole el ramal al joven:

—Esta mula es mía, muchacho.

Y éste, con tono conciliador, replicó:

—Ni mía ni de usted. Vamos a partir esto «pa» los dos.

Y como tampoco aceptara «el Riondo» la proposición de Luisico, trabáronse de palabras primero, y luego, peleando cuerpo a cuerpo, sacaron los cuchillos. Breves momentos después

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

«el Riondo» caía en tierra, con una profunda herida en el vientre.

Salía el sol. Luisico empujó a Lucas hacia el puente y lo dejó caer al agua. Alejándose entonces como obra de un kilómetro, descargó la mula y ocultó la carga entre unos espinosos zarzales. Y abandonada la bestia a la ventura, Luisico, otra vez camino de Tormillo, rompió a llorar. Él no había querido matar a «Riondo»... Bien lo sabía Dios que no...

EPÍLOGO

LOS HIJOS DE LOS HIJOS

Sesenta años después, en una lujosa finca de recreo, unos caballeros jóvenes, acaudalados y elegantes, festejaban con una cacería y un espléndido almuerzo al aire libre el triunfo electoral alcanzado por uno de ellos. El novel diputado, a los postres, habló brindando por la grandeza de la patria, por el resurgimiento interior del país, por el honor nacional y por otras cosas. Empeñaba su palabra de obtener en breve plazo un ramal de ferrocarril que, pasando por Tormillo, Losnos, Amaranto, Realengo y Cienciella, diera fácil salida a la riqueza vinícola de estos poblados.

—Son la cuna de nuestros abuelos —decía, con voz emocionada—. Éste es un país de trabajadores honrados y merece como ningún otro la protección de los Gobiernos. El trabajo es la única fuente de prosperidad y de riqueza, señores. Mi abuelo era un pobre labrador; lo eran también los vuestros, señores. Con el sudor de sus frentes arrancaron a la madre tierra el bienestar para ellos, para sus hijos y para los hijos de sus hijos... Si entonces pudieron hacer tanto unos hombres de buena voluntad, ¿qué no es de esperar que realice este pueblo laborioso y noble cuando posea un ramal que lleve la rica sangre de la tierra pródiga hasta la misma gran arteria central de la Península?...

Una muchedumbre de labriegos que escuchaba batió palmas.

—¡Viva el «diputao»!

Y un viejecito muy viejecito dijo al oído de otro viejecito:

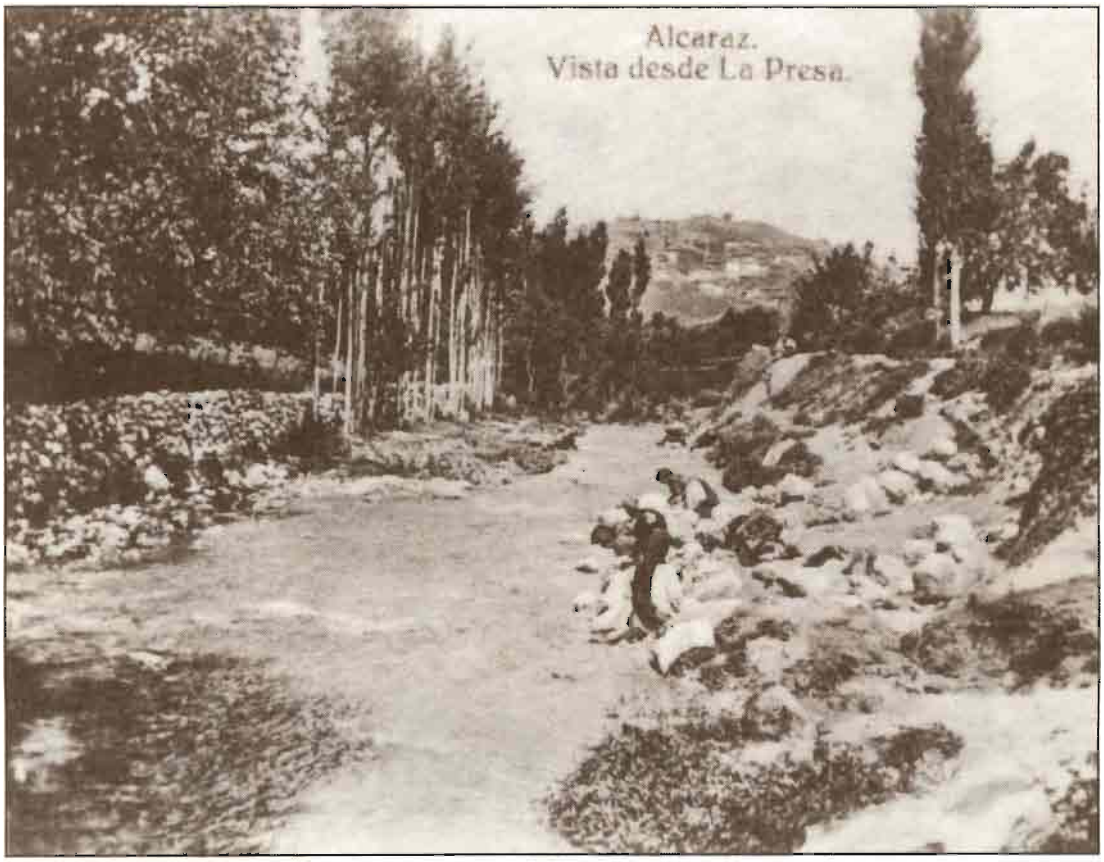
—¿Qué te «paece» a ti esto? ¡Con el sudor de sus frentes! ¡Como si nosotros no supiéramos!... Mira desde aquí: el «diputao» es nieto de Nemesio «el Santico». Aquel de más edad, don Hipólito, nieto de Tiburcio el ventero; éste de la izquierda, nieto de Agustín «Terrón»; éste otro, y éste, y éste...

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

*La mula perdida es conocido como cuento de tradición oral, basado en hechos reales, en la comarca de Alcaraz. Una versión parecida a esta la hemos oído en El Ballestero a doña Rufina Alarcón Ruiz, pero situando la acción del robo en la Torre de Juan Abad (Ciudad Real), población no muy lejana de Alcaraz, y protagonizando el suceso personas de varios pueblos de la comarca.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

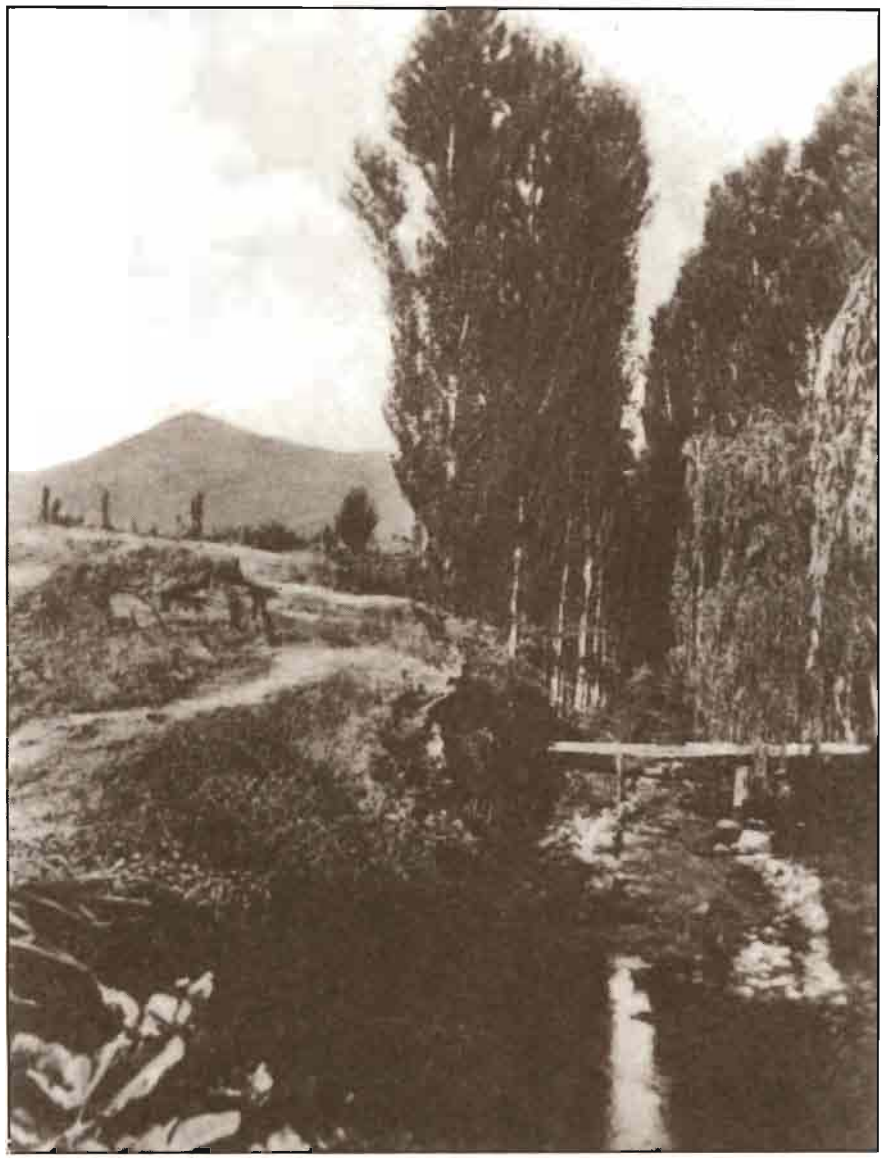
EL ALCARAZ DE ROBERTO MOLINA FOTOGRAFIADO POR ROMÁN



Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

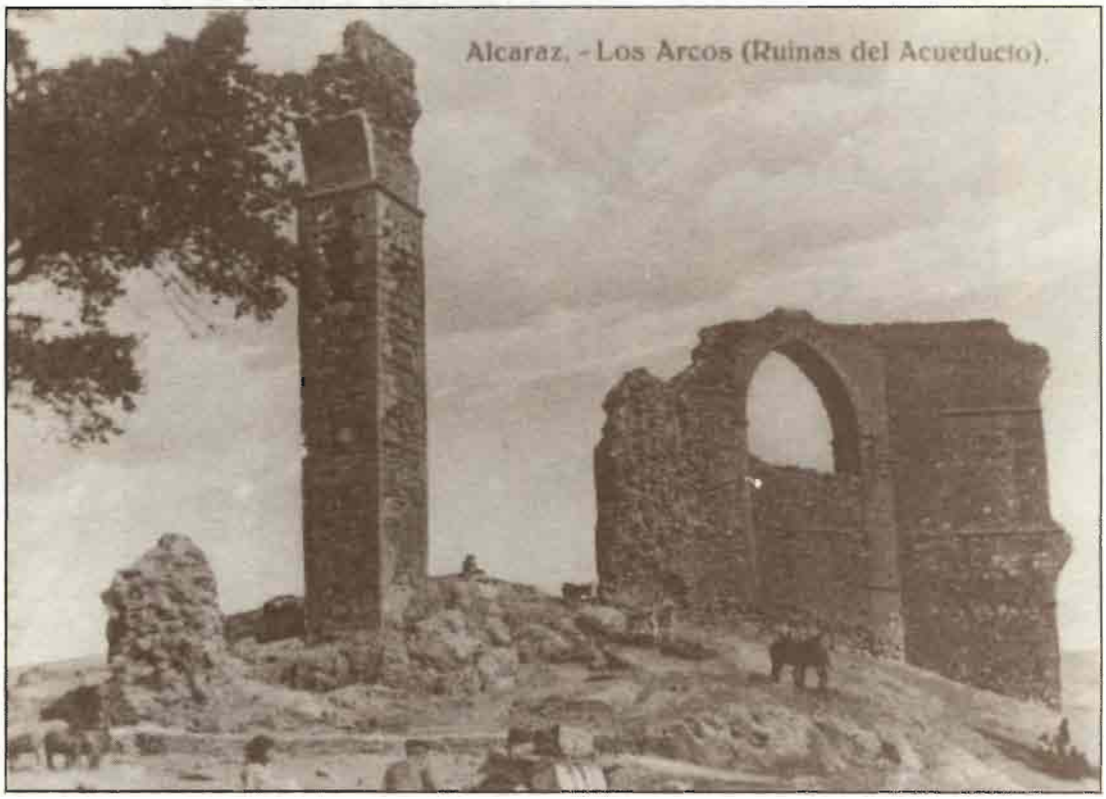
Subida al Cantón.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



La Potrera.

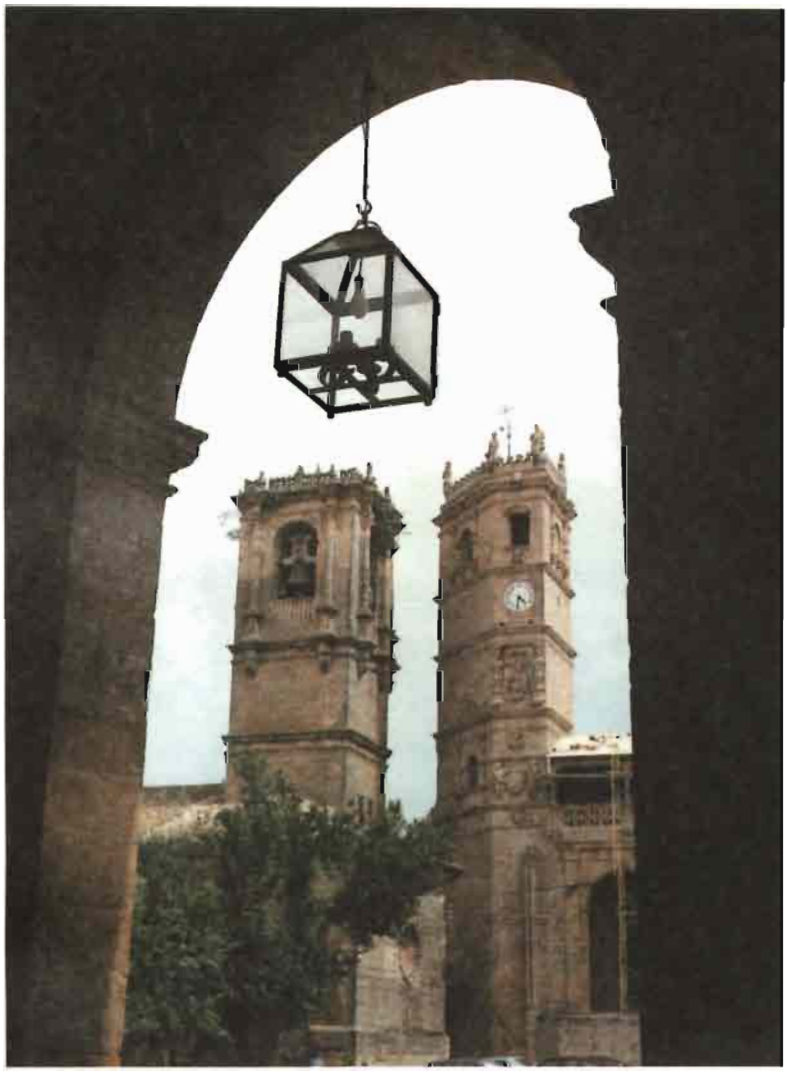
Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»

Subida a los castillos.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»



ESTE NÚMERO 18 DE LA REVISTA *ZAHORA*, DEDICADO A ROBERTO MOLINA, SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 6 DE AGOSTO DE 1993, FESTIVIDAD DE LOS SANTOS FELICÍSIMO, JENARO Y ESTEBAN, EN GRÁFICAS COLOMER, ALBACETE.

Biblioteca Digital de Albacete «Tomás Navarro Tomás»